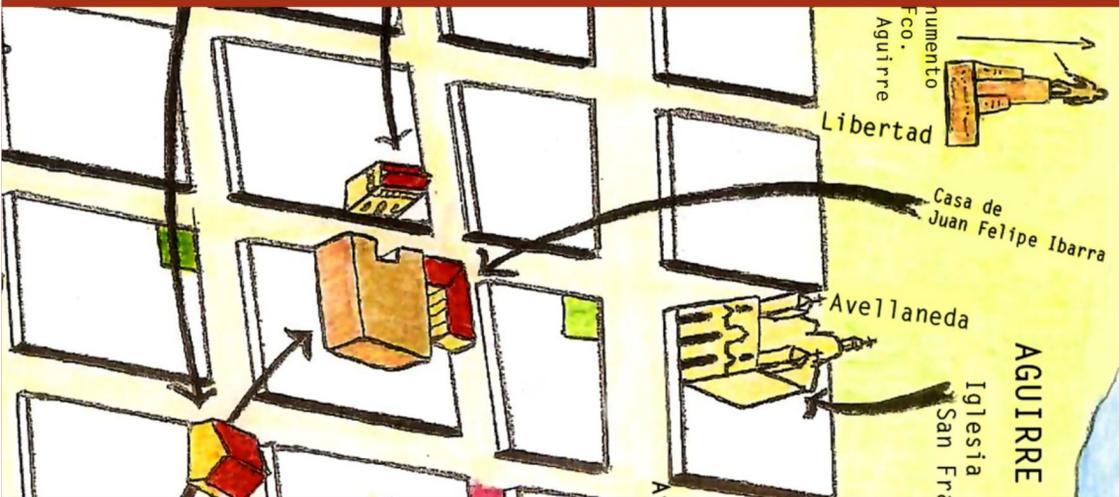


RAÚL LIMA

CIUDAD CON DUENDE

CUENTOS DE LA MUY NOBLE CIUDAD DE SANTIAGO DEL ESTERO





Dr. Gerardo Zamora

Gobernador

Dr. Carlos Silva Neder

Vicegobernador

Sr. Elías Miguel Suárez

Jefe de Gabinete de Ministros

Lic. Juan A. Leguizamón

Subsecretario de Cultura

Presentamos las ediciones digitales de la BIBLIOTECA DE AUTORES SANTIAGUEÑOS en el convencimiento de que es una de las mejores formas de garantizar el acceso público e irrestricto a la palabra de aquellos que la historia, los lectores e investigadores han reconocido como parte del acervo intelectual de nuestra provincia.

En una época atípica, difícil y llena de desafíos para la cultura y sus manifestaciones, es la palabra escrita un sostén y una fuente de saber que siempre debe estar a disposición para todos y todas, como rasgo de una política cultural que favorezca la circulación de las obras literarias.

Lic. Juan Anselmo Leguizamón
Subsecretario de Cultura

Raúl Lima

CIUDAD CON DUENDE

*Cuentos de la Muy Noble
Ciudad de Santiago del Estero*



BIBLIOTECA DIGITAL SANTIAGUEÑA
Subsecretaría de Cultura
Provincia de Santiago del Estero

Lima, Raúl Jorge

Ciudad con duende : cuentos de la muy noble Ciudad de Santiago del Estero / Raúl Jorge Lima ; ilustrado por Virginio Cacciolatti. - 1a ed - Santiago del Estero : Subsecretaría de Cultura de la Provincia de Santiago del Estero, 2020.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-3964-34-3

1. Literatura Argentina. 2. Literatura Regional. I. Cacciolatti, Virginio, ilus. II. Título.
CDD 863

Primera edición:

Ciudad con duende. Cuentos de la Muy Noble Ciudad de Santiago del Estero.
Santiago del Estero, 2001.

Segunda edición:

Ciudad con duende. Cuentos de la Muy Noble Ciudad de Santiago del Estero.
Santiago del Estero: Subsecretaría de Cultura de la Provincia, 2016.

Provincia de Santiago del Estero

Subsecretario de Cultura: Lic. Juan Anselmo Leguizamón

Cuidado de la edición: Marta Graciela Terrera

Ilustraciones: Virginio Cacciolatti / José Pallares

Diagramación y diseño de tapa: DCV Mario A. López

Digitalización: Macarena Lima

Adaptación a libro digital: Noelia Achával Montenegro

© 2016 y 2020 Raúl Jorge Lima

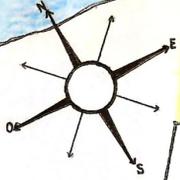
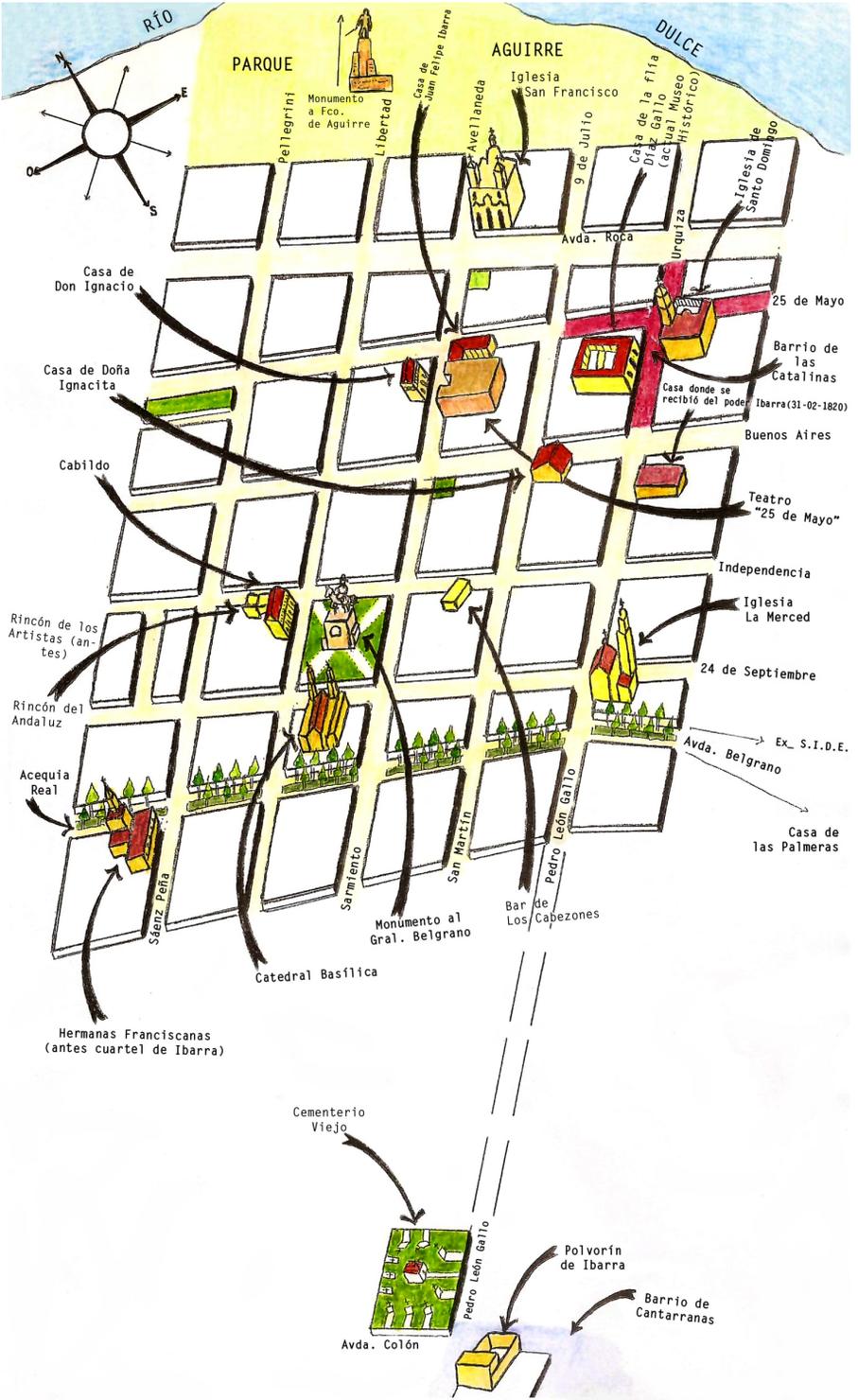
© 2016 y 2020 Subsecretaría de Cultura de la Provincia de Santiago del Estero

Av. Belgrano (s) 555 / 4200 Santiago del Estero / 54 385 422 5385

ISBN 978-987-3964-34-3

IMPRESO EN LA ARGENTINA / PRINTED IN ARGENTINA

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723



PARQUE

AGUIRRE

DULCE

Pellegriñi

Monumento a Fco. de Aguirre

Libertad

Casa de Juan Felipe Ibarra

Ave. Tamedia

Iglesia San Francisco

9 de Julio

Casa de la flifa

Dr. Leon Gallo (actual Museo Histórico)

Iglesia de Santo Domingo

Avda. Roca

Urquiza

Casa de Don Ignacio

Casa de Doña Ignacia

Cabildo

25 de Mayo

Barrio de las Catalinas

Casa donde se recibió del poder Ibarra (31-02-1820)

Buenos Aires

Teatro "25 de Mayo"

Independencia

Iglesia La Merced

24 de Septiembre

Rincón de los Artistas (antes)

Rincón del Andalúz

Acequia Real

Sáenz Peña

Sarmiento

San Martín

Pedro León Gallo

Monumento al Gral. Belgrano

Bar de Los Cabezones

Avda. Belgrano

Ex. S.I.D.E.

Casa de las Palmeras

Hermanas Franciscanas (antes cuartel de Ibarra)

Cementerio Viejo

Avda. Colón

Pedro León Gallo

Polvorín de Ibarra

Barrio de Cantarranas

*A la ciudad de Santiago del Estero.
A sus moradores de ayer, de hoy y de mañana.*

Prólogo

La idea de escribir es como la idea de añadir al infinito.

PAUL VALÉRY

Hacia mediados de los 60 yo trabajaba en un juzgado de campaña. Un caserón decrepito y lóbrego, húmedo y con las paredes descascaradas, sobre una calle de tierra que cada vez que llovía se ponía intransitable, contribuía diligentemente al indefinible desgano que, lenta, sigilosamente, iba conquistando mi ánimo a medida que pasaban las horas. La parsimoniosa y pulcra rutina de los días no alcanzaba a ser turbada ni siquiera por el énfasis de episodios, más o menos truculentos, que matizaban la gris tarea.

En aquellos tiempos, ya lejanos, lo único que aventaba esa umbrátil monotonía era el viaje de ida y vuelta. Y digo esto porque durante esas travesías, llevando siempre un libro conmigo, pude leer, con inexpressible felicidad y enteramente ajeno al sordo bullicio que me rodeaba, *Rayuela*, *La muerte de Virgilio*, *Bajo el volcán*, *Adán Buenosayres*, *Gran Sertao* y otras novelas inolvidables.

Fue por esos años en que conocí a Raúl Lima. Porteño, compuesto y de digno porte, ya en aquella época usaba de esa afable cortesía total-

mente exenta de envaramiento que hasta hoy le conocemos. Conversar con él me era sumamente grato, pues, aunque era su modalidad alternar el juicio sereno con breves remates de brillante ingenio y mordaz ironía, en toda circunstancia ejercía invariablemente ese difícil arte que consiste en hacer sentir bien a quienes lo trataban.

Por cierto que a poco de conocernos apareció el tema de nuestras preferencias literarias. Fatigábamos las tardes con el incesante desfile de los libros que amábamos y en esas morosas conversaciones se le delataban las vastas lecturas que, bajo la gravitación acogedora de la silenciosa biblioteca paterna, lo habían arrebatado en sus mocedades y que aún lo cautivaban.

Los 60 fueron tiempos de fugacidad y dispersión, en los que la literatura, siguiéndoles el compás, resignó el interés por la narración, por una historia válidamente contada, para ceder lugar a los variados e inagotables juegos del lenguaje y a las disgregaciones y fracturas que estos provocan, sin embargo, él, lo que para en ese entonces era un extraño anacronismo, seguía siendo fiel a escritores que, ya casi olvidados, pertenecían al *Gran Estilo* del que habla Claudio Magris. Me resultaba incomprensible el entusiasmo que lo ganaba cuando hablaba sobre novelistas y cuentistas cuyos nombres ya ni recordábamos: Chesterton, Dickens, Wodehouse, Stevenson, Saki, entre los ingleses, Pereda, Alarcón, Valera, Pardo Bazán, entre los españoles, Alphonse Daudet, entre los franceses, Eça de Queiroz, entre los portugueses. Bierce, Hawthorne, Melville y London, entre los norteamericanos, Ricardo Palma, entre los latinoamericanos y Hugo Wast, entre los nuestros.

Recuerdo especialmente que cuando una de nuestras conversaciones recayó sobre las *Aguafuertes porteñas* y le expresé la admiración que sentía por el penetrante ingenio de sus observaciones y el modo despreocupado que Arlt se apartaba de la gramática, él interrumpió mi elogio y sentenció categórico, sin convencerme pero tampoco admitiendo apelación, que mi querido Arlt no tenía nada hacer con Enrique Loncán, escritor por el cual guardaba un fervoroso aprecio y de quien en esa época yo no tenía la menor noticia.

Cada época de nuestra vida tiene sus clásicos y el tiempo, que fluye pausada y silenciosamente entre una y otra, cumple con su imperturbable faena mudando el horizonte de nuestras preferencias. Al cabo, can-

sado de los abusivos experimentos verbales, dejé de leer a escritores que antaño me habían encandilado con sus novedosos inventos formales y, debo confiarles, volví a disfrutar de aquellos que, con difícil sencillez, sin renunciar al rigor clásico, privilegiaban el interés narrativo por sobre esas incómodas infracciones. Hoy, inclusive, al tomar un libro de Loncán y releer su plácida prosa me veo apoderado por un indecible regocijo que, también he de reconocerlo, Arlt ya no lo provoca.

Pasaron los años y Raúl Lima devino primero abogado y, más aquí, escritor. Creo que hoy, y para nuestra felicidad, es más que nada escritor. O, si ustedes prefieren, un escritor que además es abogado.

Llevando vividos en esta ciudad casi cuarenta años –la mitad de la cifra de su propia vida no alcanza esta suma– aprendió a quererla entrañablemente. Como aquel que descubre que el sabor de los frutos de un árbol no depende del aspecto del paisaje que lo rodea, sino de la invisible riqueza del terreno. De ese inasible vínculo amoroso nació primero una atrapante curiosidad por su historia y ahora este libro perdurable.

La segunda mitad del siglo que pasó vio transformarse la sociedad, el lenguaje, el clima intelectual y emotivo, y, como decía al comienzo, propendió, injustamente, a relegar a los escritores claros y rigurosos.

Tras este irresponsable desdén, olvidó que la prosa debe parecerse a la conversación de un hombre educado, pues escribir buena prosa es cuestión de buenas maneras. *Escribir sencillamente es tan difícil como ser bueno*, solía decir Somerset Maughan.

Creo que es muy raro el lenguaje literario que guarde relación con el lenguaje hablado, Valéry enunció la indemostrable postulación de que si las Parcas le dieran a un hombre cualquiera la libertad de elegir entre todos los siglos conocidos habría señalado el de Montesquieu, en el que incluso los comerciantes sabían construir una frase. Hoy, en cambio, la conversación pretende ser cualquier cosa menos un género elegante, y gusta más un vasto y desbocado hablar plebeyo que una serie de frases bien torneadas. De ahí que, en una época donde no son frecuentes los grupos sociales en los que un decir inteligible y sutil sea corriente, resulta debidamente asombroso descubrir en los reposados y discretos registros que guarda la exacta escritura de Raúl Lima el encanto de una sobria y apacible conversación.

Es verdad que el hombre que es celoso y poderosamente personal se forja un lenguaje propio. Ya una vez dije que son pocos, muy pocos los escritores nuestros que leo con placer parejo. Uno de ellos es Raúl Lima. Y lo leo así, deleitándome en cada una de sus frases, porque merced un lenguaje depurado y terso (¿es que hay algo máspreciado que la ilusión de la claridad?), que rehúsa la cómoda y ventajosa tentación del color local, ha sabido emplazar esta tierra en la vasta variedad del mundo y hacerla copartícipe de las dudas y certezas con que el hombre viene enfrentando desde siempre los grandes problemas morales. Sin la más mínima concesión a la estridencia, todo se hace familiar a la primera ojeada, como si nos hablara del mundo del que esa parcela singular también es parte. Cuadros de una tierra dulce, un poco cansada y aparentemente desilusionada, que hoy es también su tierra natal, como siempre fue la mía, la de todos, y de aquellos hombres y mujeres, palabras y gestos, colores y sabores, paisajes y cosas, fortunas y desdichas que alguna vez el tiempo borraré, como a nosotros, pero que, inmune a esa desaprensiva impiedad, como también quizás la aplastante nitidez de sus cielos, perdurará en las memorias venideras.

Según Borges, un buen cuento consiste en una nítida formulación del comienzo y del final. Cada uno de los cuentos que Raúl Lima ha reunido en este volumen de cortés formato surten comedidamente a esta tradición. Escritos con precisión y elegancia, la argumentación es inexorablemente gentil y racional, memoriosa e inteligente.

En sus páginas encontramos venturosas sorpresas: la maravillosa ciudad portátil de Núñez de Prado, el encuentro de los cuerpos súbitamente corrompido por el espanto, una prisión ominosa que adventiciamente viaja por el tiempo, las irrecuperables glorias en las que se ensueña un viejo guerrero, el bonancible verdugo ajusticiado por el fantasma fiestero de sus víctimas, un denario y la traición que se repite, un glotón alférez real transportado al futuro por un reloj insensato, la profecía que se cumple a través de las dos caras de una medalla, la mirada que ablanda el corazón montaraz de un miliciano ibarrista, el circunspecto e inflexible bastón de estoque que vindica el honor de su dueño y varios más. En unos relatos el espacio y el tiempo, hechos y personajes son más o menos reales y en otros, imaginarios, cuando no rectamente fantásticos. Pero, cualquiera sea su índole, invariablemente proveen al goce estético, que, como también decía Borges, debe ser siempre despreocupado.

Al favor de esos episodios, en los que percibimos, curiosamente distribuidos como en un palimpsesto, lo patético, lo irónico y hasta lo humorístico, Raúl Lima ha levantado, albergándolo en la variada geografía de la ciudad que ama, un vasto y tangible universo moral varias veces secular donde se hombrean la codicia, la felicidad, el amor, la traición, la amistad, la crueldad, la infidelidad, la venganza, el coraje, la desdicha y la piedad.

La literatura, según Bachelard, es un asombro, un asombro de palabras. Como con otros libros de Raúl Lima, y siguiendo el consejo del mismo Bachelard, he leído éste varias veces. Siempre pensándolo y, a la vez, ensoñándome con él. Y, gratamente perplejo, en cada lectura he escuchado sus palabras como si me llegaran por primera vez.

He leído muchos libros en mi vida. De todos ellos, éste es uno de esos pocos que no habitará el olvido.

Juan Carlos Rímini

Santiago del Estero, marzo del 2001

Introducción

Innecesario es, tratándose de un trabajo *literario*, aclarar que las opiniones vertidas por los personajes o las que se desprendan de su accionar no comprometen la del autor; por cierto que tampoco el juicio del *narrador* omnisciente (ese socorrido comodín que permite narrar sin estar limitado por lo que conocen u obran sus personajes) tiene porqué ser el juicio del *autor*, sea sobre hechos o sobre personajes. El *narrador* es un elemento de la ficción, creado por el *autor* para relatar los hechos; y ese *narrador* los cuenta desde un determinado punto de vista, que no tiene porqué ser el punto vista del *autor*. El *narrador* puede tener uno, el *autor* otro. Valga la aclaración para amigos muy estimados, el uno bisnieto y el otro tataranieta de Juan Felipe Ibarra, que se molestaron un tanto por cómo trataba el *narrador* a su ascendiente en algunos de estos cuentos. Si alguna vez escribo un trabajo *histórico* sobre el caudillo, el juicio que en él emita será entonces sí del *autor*, ya que en un ensayo histórico no hay un *narrador*. (Y creo que de ese juicio surgiría una figura con traje de arlequín, y no por entero blanca o por entero negra; se trata de un hombre, con su bagaje de aciertos y errores, y no creo en la divinización ni en la demonización de las figuras históricas o políticas). Valga también esta aclaración para los demás personajes aludidos en estos cuentos.

Varias veces me han preguntado quién fue en la realidad don Ignacio o don Manuel o don Baltasar; o en quién me basé para crear a

esos personajes. Tratándose los nombrados de personajes imaginarios, podría contestar que no han existido; pero creo más probable que varios *Ignacios*, *Manueles* y *Baltasares* han “comido pan”, como solía decir don Ricardo Palma en la ciudad con duende, no importa con qué nombre fueron llamados. Idéntica reflexión cabe para otros personajes que, al publicarse algunos de estos cuentos en la página cultural de *El Liberal*, suscitaron alguna curiosidad por conocer su identidad.

En otros casos, “El verdugo”, “El reloj desquiciado”, “El viaje”, “Doña Ignacita”, “La presencia”, un hecho real les sirvió de sustento, hecho al que se le dio un tratamiento literario.

En la mayoría de estos cuentos he intentado conciliar dos de mis más caras aficiones, la *Literatura* y la *Historia*. Confieso que es penosa tarea. El exceso de datos históricos conspira contra el mérito literario, por lo que he debido seguir el consejo de Kipling: “Lo que quito es más importante que lo que dejo”. Empero, en la poda obligada para obtener la versión definitiva, he dejado jirones de alma al tirar por la borda, para salvar el bote, datos históricos obtenidos con tiempo y esfuerzo.

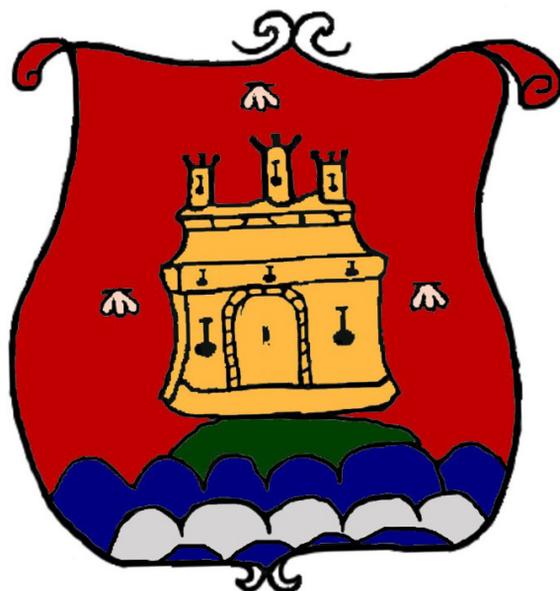
Agradezco a mis amigos. A Juan Carlos Rímini, por su entusiasta aliento y por el generoso prólogo. A José Andrés Rivas, por tantas veces que lo he importunado con inquietudes y consultas. A Luis Alén Lascano, por nuestras charlas, para mí enriquecedoras, sobre la historia de la ciudad con duende. A los contertulios del bar de Los Cabezones (esa especie de Valderrama santiagueño), por las fotocopias que les infligí con la tinta del cuento aún fresca. A Martín Bunge, por la difusión radial y su cuidadosa lectura personal. Y, sobre todo, a mi esposa, por su constante apoyo, por el plano de la ciudad con duende, por su paciencia, su santa paciencia...

A pesar de que, tratándose de un trabajo literario, hubiera sido lícito incurrir en anacronismos o inexactitudes históricas, he procurado no caer en ellos y creo haberlo logrado.

Finalmente, otra vez he comprobado la verdad del aserto: “Escribir es fácil; ponés el papel en la máquina y sangrás”. Lector amigo: en la computadora se sangra igual.

Raúl Lima

**Antiguo Escudo de la Ciudad
de Santiago del Estero**



En sus pendones Escudos sellos banderolas y Estan-
dartes. Edificios puentes y otros lugares publicos
y en las demas partes y lugares que quisieren y por
bien fuere segun como las ponien y traen las otras
ciudades de mis reynos a quien tenemos dadas armas.
y deuisas y por esta nra carta encargamos al ser-
uissimo principe don fernando nro muy caro amado
hijo y a los reyes que despus de nos fueren y mandamos
a los Infantes príncipes duques marqueses condes
ricos hombres mayores de las fronteras. Comendadores
y subcomendadores alcaides de los castillos y castafuertes
y llanas. y a los del nro consejo presidentes e oydores.
de las nras audiencias reales a los alcaides y alguaciles.
del nra cámara y corte y chancillerias y a todos los condes.
corregidores. assistentes gouernadores Reynes y quales sergi-
dors jurados caualleros e scuderos oficiales y hombres
Buenos de todas las ciudades villas y lugares de nros
Reynos y son oviros y de las dhas nras Indias y las etierros
firmes del mar oceano assialos que agora son como ellos.
que a de lante fueron y a cada vno qualquier de ellos en
su jurisdiccion. que guarden y cumplan y hagan guardar
y cumplir lo que quisiere si sabemos a la dha ciudad de
Santiago de letero de las dhas armas y como tales las
dejen poner y traer en las partes y lugares que quisieren
y por bien fuieren como dho es y que en lo que ni en parte de ello
en bargo ni contrario al dho se pongan ni consentan poner
a ora ni en tiempo alguno. **S**opena de la nra merced y de
diez miserrimas para cada vno a cada vno que lo conti-
nuiere dada en sant lorenzo a diez y nuebe dias
de el mes de julio de mill e quinientos e setenta e siete años
yo el Rey yo ant de el Rey secretario de sumaga. So-
lica la fize scriuir por su mandado firmada de otalua
Santillan e spades cum sig. Lope de sarría

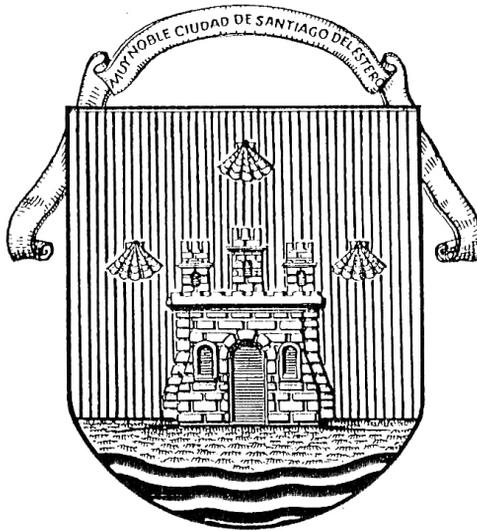
Concesión del Escudo de Armas y del título de “Muy Noble” a la Ciudad de Santiago del Estero

Que se le dé a Santiago del Estero de la Gobernación del Tucumán, título de ciudad y de MUY NOBLE, a la que se le da por Armas un castillo, y con él tres veneras y un río, y que goce en la dicha ciudad de las preheminiencias y libertades que como tal ciudad puede y debe gozar y como la gozan todas las demás ciudades de las provincias del Perú.

(DEL DICTAMEN DEL FISCAL, LICENCIADO VAÑOS, DADO EN MADRID EL 1º DE FEBRERO DE 1577, A REQUISITORIA DEL REY FELIPE II).

... para que lo pueda traer y trayga y ponga en sus pendones, escudos, sellos, banderas, y estandartes, edificios, puentes y otros lugares públicos y en las demás partes y lugares que quisiere y por bien tuviere según y como las ponen y traen las cibdades de mis rreynos aquien tenemos dadas armas y divisas.

(REAL PROVISIÓN DE FELIPE II, DESDE SAN LORENZO, ESCORIAL, EL 19 DE FEBRERO DE 1577, CONCEDIENDO EL ESCUDO DE ARMAS A SANTIAGO DEL ESTERO).



ESCUDO DE ARMAS DE
SANTIAGO DEL ESTERO

El hidalgo azorado

(1557)

“y cuando el azor se cierne sobre su presa y ésta lo avista, su presencia la fascina y aterroriza al extremo de que, si escapa, ya no volverá a volar. De esa ave se dice que ha quedado ‘azorada’”.

GASTÓN PHOEBUS, MESTER DE CETRERÍA,
(MANUSCRITO DEL SIGLO XII).

¡Dos años! Dos largos años ha demorado la Real Audiencia de Lima en dar su fallo. Por fin, los graves oidores de la ciudad de los Reyes sentenciaron: *“Conbiene que el dicho Juan Nuñez de Prado que al presente esta en nuestra corte vuelva a gobernar y administrar como antes lo solía hazer la ciudad del Barco que el hizo poblar en la dicha provincia del Tucumán...”*.

El fallo le ha sido favorable y lo ha hecho conocer, por voz de pregonero, en la plaza principal de Santiago de Chile; pero él no ha ido, él ha permanecido en la ciudad de los Reyes. Ahora debe hacerse cargo del gobierno de su ciudad del Barco, de la ciudad que, tras el largo pleito, le ha sido devuelta, y de la que es Capitán y Justicia Mayor.

Vacila el extremeño. El derecho le ha sido reconocido, pero ¿aceptará Aguirre el fallo? Si hay resistencia a su acatamiento ¿con qué tropas se impondrá? Sabe que no puede contar con los vecinos del Barco, ante quienes ha perdido prestigio cuando se rindió a Villagra, entregándole rodilla en tierra su espada, tomada por la hoja, al tiempo que reconocía –¿qué remedio?– la jurisdicción de Chile.

Villagra, Aguirre... ¿de qué están hechos estos hombres que no atienden derechos y todo quieren resolverlo por la espada? Él no es un guerrero, sino un honrado Alcalde de minas de Potosí, al que pusieron en el brete de poblar un pueblo en el Tucumán y, para colmo, un pueblo con jurisdicción discutida. Cincuenta mil pesos, cincuenta mil pesos oro de su peculio, ha gastado en la empresa, y ahora se encuentra casi en la indigencia. Maldice el comedimiento de Polo de Ondegardo y Pedro

de Hinojosa, quienes, desde Charcas y sin consultarlo, lo recomendaron, por carta a Lima, al Licenciado Pedro La Gasca –el Pacificador– para esa misión, “*por ser hombre cuerdo y tenido de bondad y con quien holgaría de ir gente*”. Como en otras coyunturas de su vida, no supo decir que no.

Ha fundado y dos veces ha trasladado la ciudad del Barco, a la que llamó así en honor a La Gasca, nacido en el Barco de Ávila. Dos veces, siempre alejándola de los límites de la jurisdicción de Chile para no soportar nuevas afrentas. Y, sin embargo, por más que se alejaba, iban tras él, como lebreles acosando al ciervo, como azores cerniéndose sobre su presa. Por último, lo encontró Aguirre en su tercer asentamiento, en los llanos de los Jurés; irrumpió de noche en la ciudad, se apoderó del gobierno y lo envió detenido y con custodia a Santiago de Chile, a disposición de Valdivia. Aún se estremece cuando recuerda la mirada de Aguirre, dura como el pedernal, y su nariz aguileña como el pico de las aves rapaces que, allá en Extremadura, aún llevaban los nobles posados sobre su guante, como emblema de su condición. Dormido, sueña con ese encuentro; despierto, como una idea fija, lo obsesiona su recuerdo.

A pesar del fallo a su favor ¿Aguirre no volverá a apoderarse de su ciudad? ¿Acaso no es proverbial su audacia? ¿Quién le asegura que esta vez salvará la vida? Y su ciudad del Barco, su ciudad del Barco en el Nuevo Maestrazgo de Santiago (que le cuentan que Aguirre ha trasladado a una distancia de tres tiros de arcabuz hacia el norte, siempre a orillas del río y cambiado su nombre por el de Santiago del Estero), queda tan lejos, tan lejos de la Real Audiencia de Lima, tan lejos de las autoridades que lo podrían amparar en caso de no acatarse el fallo... Mientras que Aguirre, mucho más cercano, es en la ciudad de La Serena y en sus tierras de los valles de Copiapó y Coquimbo, poderoso señor de vidas y haciendas, ante cuya voluntad hasta los más valerosos guerreros doblan, sumisos, la cerviz. No, no lo salvará la cordillera, que Aguirre atraviesa una y otra vez, como si volara sobre ella, como si fuera una más de las aves rapaces que anidan en sus riscos.

Pero esta mañana, esta misma fría mañana de mayo, en la ciudad de Lima, cuando paseaba sumido en sus cavilaciones cerca del Tajamar de los Alguaciles, ocurrió lo que acaba de alterarlo, el encuentro con dos vecinos de su ciudad del Barco, recuerda sus nombres: Baltazar Hernández y Nicolás de Dios. Ellos le informan que en *su* ciudad los vecinos



han preparado un petitorio en el cual ruegan a la Audiencia de Lima que él no vuelva, que se designe a Aguirre en su lugar, que si Aguirre desampara a la ciudad, esta se despoblará, pues es el caudillo más entendido en guerra de indios y el único capaz de socorrerla desde La Serena. Además, le cuentan que Aguirre sigue enviando bastimentos, como si la ciudad siguiera siendo suya, como si el fallo de la Audiencia jamás se hubiera dictado. Se solazan los ingratos con las noticias de que son portadores. Al hidalgo lo ahoga el despecho, en tanto trata de esconder, a los ojos indiscretos de los dos vecinos de Santiago del Estero, los remiendos en su capa de paño de Segovia, los remiendos delatores de su actual pobreza.

Al hombre, alto, magro de carnes, de tez pálida, pelo cobrizo y barbataheño, lo rodea un aura de misterio. Ha llegado una noche de borrasca al convento ubicado en las afueras de Lima y solicitado alojamiento y comida, como tantos otros. Nada ha dicho sobre su origen. Participa en los rezos de los monjes de clausura, pero no habla con nadie, a menos que le pregunten algo, y, aun así, contesta solo con monosílabos. En su mirada hay algo extraño que los monjes no alcanzan a precisar; es mirada de alucinado, como si aún no se hubiera repuesto de algún suceso que lo desquiciara. Llegó hace un par de semanas y día a día ha ido despojándose de su escaso equipaje, regalándolo a los mendigos que acuden al monasterio. Ahora expresa su voluntad de ingresar en la congregación religiosa, en calidad de hermano lego, con el nombre de Hermano Juan.

El Padre Abad, que acaba de recibir la petición, repara en la dignidad que, pese a sus ropas raídas, se desprende del desconocido.

—¿Quién eres? ¿Quién eres en verdad?

—Soy un forastero que solo busca la paz del Señor.

En la ciudad de los Reyes, las puertas del convento, las puertas que el Hermano Juan jamás volverá a transponer, se cierran tras Juan Núñez de Prado, el hidalgo azorado.



La estatua velada

(1580)

Otra vez el sueño recurrente ¿de quién es la estatua que el velo cubre junto al río del Estero, en la ciudad tras la cordillera nevada, la ciudad a la que ya no podrá volver?

Aquella noche de diciembre, una brisa fría que venía del Pacífico llegaba a San Bartolomé de la Serena en el Nuevo Extremo, la ciudad por él fundada hace más de tres décadas. El viejo guerrero se arrebujaba entre las mantas, desdeña las comodidades de su gran casa fortificada y prefiere dormir al sereno, como miles de noches en su vida de campamento.

¿Recuerda o sueña? Más de medio siglo ha batallado y en su mente se mezclan las que librara a este y al otro lado del mar. Los soldados franceses, contra los que luchara en Pavía, y los saqueadores del convento de monjas, a las que defendiera tan valientemente en Roma (hazaña que le valió su ascenso a capitán y el cargo de Corregidor de su ciudad natal, Talavera de la Reina), toman el aspecto de los incas con los que luchara en Perú a las órdenes de Francisco Pizarro, o el de los charcas, cuyo cerco rompiera en el Alto Perú en auxilio de Gonzalo Pizarro; otras noches, las larguísimas espadas de los lansquenets que viera en el saqueo de Roma se confunden con las flechas de los indomables araucanos contra los que combatiera en Chile junto a su amigo Valdivia, o con las de los juríes a los que sujetara en la gobernación de Tucumán, Juríes y Diaguitas, cuya capital es la ciudad de Santiago del Estero, la ciudad a la que le ha sido prohibido volver.

También las caras de sus enemigos se desdibujan y mezclan en su duermevela. Ahora, sobre los hombros del severo gobernador del Alto

Perú y presidente de la Real Audiencia de los charcas, Don Pedro Ramírez de Quiñones, se ha encaramado una cabeza rubia, carirroja y mofletuda, la cabeza del pirata inglés Sir Francis Drake, al que ha rechazado al frente de los vecinos tan solo dos años antes, cuando intentara saquear su ciudad de La Serena, tal como acababa de hacerlo con Valparaíso. ¿Habría imaginado el pirata que él ya no podría vestir su enmohecida armadura o que, a los setenta y ocho años, no tendría fuerzas para alzar su gran espada de guerra?

Otras veces le parece que su cuerpo está cubierto de heridas, como ocurriera después del ataque sorpresivo de los indios a la ciudad de Santiago de Chile (más de veinticuatro horas estuvo inconsciente y, al despertar, su puño de hierro, herido y agarrotado, sostenía aún el trozo de lanza que debieron aserrar por ambas partes: cuando lo desmontaron del caballo y le quitaron la armadura para curar sus heridas, nadie pudo abrir su mano derecha, ni con aceites y ungüentos; tal la firmeza con que sostenía la lanza en batalla). A partir de aquel día fue considerado por todos como la primera lanza de Chile.

Esa misma mano, esa misma mano férrea, tuvo que sostener, por dos veces, una vela de llama temblorosa, en forma de penitente, de pie y descubierta la cabeza, en la misa mayor de las catedrales de Chuquisaca y de Lima, mientras abjuraba de sus expresiones imprudentes en materia religiosa. Pero siempre supo que esos procesos fueron solo pretextos utilizados por sus enemigos –ese enconado Ramírez de quiñones, ese rencoroso oidor Antonio López de Haro, respaldados por el Virrey Toledo–, quienes a toda costa se empeñaron en frustrar su sueño de “poblar hasta la Mar del Norte”. Si lo hubieran dejado hacer, a él se habrían debido las fundaciones de Santa Fe de la Veracruz, de Córdoba de Comechingones y la nueva fundación de la ciudad de la Santísima Trinidad y puerto de Santa María de los Buenos Aires. Otros se llevaron la gloria. ¡Ingratos! Bien que recurrieron a él cuando, tras la desastrosa gobernación del Tucumán por el capitán Gregorio de Castañeda, la indiada destruyó las tres ciudades que fundara Juan Pérez de Zurita, y Santiago del Estero volvió a ser el único baluarte español en la región. Su Santiago del Estero, la misma ciudad cuyo gobierno con malas artes le han quitado, suelo que le está vedado volver a pisar...

En ratos de vigilia que el sueño interrumpe, el viejo soldado pasa re-



vista a su azarosa vida. Luego de su heroica actuación en Chile, cruzó la cordillera y tomó prisionero al bravo cacique Juan Calchaquí. Después, como azor tras su presa, siguió las huellas de Juan Núñez de Prado y de su errante ciudad del “Barco del Nuevo Maestrazgo de Santiago”. La encontró en los Juríes y, con poder de Valdivia, se apoderó de ella una noche de mayo de 1553. El 25 de julio de ese mismo año la trasladó casi media legua al norte de su tercer emplazamiento, con el nombre de “Santiago del Estero”. En tres oportunidades rigió, desde esta ciudad, los destinos de la gobernación del Tucumán ¿con qué derecho lo han desterrado para siempre de ella?

Y la ciudad de San Miguel de Tucumán ¿no fue fundada por su orden, para lo que envió a su sobrino Diego de Villarreal como su Teniente de Gobernador? Salió la expedición fundadora –como tantas otras– desde la ciudad de Santiago del Estero, llevando cincuenta hombres, caballos, armas, ganado y provisiones y, en el lugar que llamaban los indios Ybatín, el treinta y uno de mayo de 1565, erigieron la ciudad.

Santiago del Estero... el recuerdo de esa ciudad –a la que le está prohibido volver– es una obsesión para él ¿acaso, aun estando del otro lado de la cordillera y en medio de sus disputas con Villagra por la gobernación de Chile, no la sustentó en varias oportunidades con hombres, armas, caballos, pólvora, herrajes, semillas, árboles frutales y todo tipo de bastimentos? Y ya no podrá volver a ella...

De pronto, el recuerdo de otra felonía enardece al hidalgo: también le fue birlada la gobernación de Chile (a la que tenía derecho como sucesor de Valdivia), por el imberbe García Hurtado de Mendoza, enviado por su padre, el marqués de Cañete, virrey del Perú.

Más de diez años duraron, en total, sus tres injustas prisiones (tenía setenta y seis cuando lo liberaron de la última, desterrado de por vida de la gobernación del Tucumán, Juríes y Diaguitas). ¡Ese traidor Jerónimo de Holguín! Obra fue de sus enemigos, sí; pero muy en el fondo reconoce que su principal enemigo siempre ha sido su carácter altanero, que no le permitió aceptar otra voluntad –emanada de poder espiritual o temporal– opuesta a la suya.

Vino a América rico, dejando su familia amada y un cargo codiciado, en pos de una gloria que presentía le estaba destinada. Lo acompañó

su hijo Hernando, de solo seis años. También trajo sus armas, caballos, criados españoles que le servían y esclavos de su propiedad. Nadie más rumboso. Más de trescientos mil pesos de su fortuna personal gastó en estos cuarenta años de guerrear en América, de ganar tierras para la Corona. En esta empresa ha perdido tres hijos y un yerno, un hermano y tres sobrinos, todos al servicio del Rey. Cuando por fin pudo hacer venir a su familia de España, después de veintitrés años de separación, él estaba preso en Lima, despojado de todos sus derechos por el virrey Cañete y su ambicioso hijo.

Recién ahora, a los ochenta años, luego de recuperar algo la salud quebrantada y rehacer en parte su fortuna, con la ayuda de su hijo Hernando, está gozando de merecido reposo. Sus tierras de laboreo en los valles de Coquimbo y Copiapó son fértiles. A Hernando le ha cedido las minas de oro y a su nieta Bérnaba –que acaba de casarse– ha dado en dote la casa, el solar, la viña y el molino de Copiapó. Ahora solo quiere descansar y disfrutar de sus nietos. Pero sabe que las seiscientas leguas que, detenido y a lomo de mula, desde Santiago del Estero hasta Lima lo obligaron a recorrer –ya setentón– y los cinco años de su última prisión en poder de la Inquisición no le permitirán hacerlo por mucho tiempo. Hoy mismo, ese dolor, ese dolor agudo en el pecho... Pero está en paz con Dios –esa mañana ha confesado y comulgado–, y a la muerte hace ya más de medio siglo que la viene desafiando.

El guerrero ha vuelto a dormirse y sueña; sueña con la ciudad de Santiago del Estero, a la que, después de su última gobernación, en razón de la traición y el juicio amañado, le es imposible volver, pues ha sido desterrado de por vida de la Gobernación del Tucumán. En su sueño, el río es el mismo, solo que ahora un gran puente de hierro lo cruza; pero a su vera se encuentra una ciudad desconocida, una ciudad que parece venir del futuro. Junto al río, una gran estatua de bronce sobre un pedestal de piedra deja ver solo una espada, pues un velo la cubre. Otra vez el mismo sueño ¿de quién es la estatua que el velo cubre?

Es ya de mañana y su nieta Doña Bérnaba, que ha ido a despertarlo, corre hacia la casa, corre a avisar que su abuelo ya no despertará. Inclínada la venerable cabeza, la expresión del viejo guerrero es plácida, serena; el velo por fin ha caído y la estatua ha quedado descubierta. Don Francisco de Aguirre, que ha alcanzado a reconocerse en ella, se ha dor-

mido sabedor de que, a pesar de haber sido conminado a no hacerlo, él volverá, vestido de bronce, a su ciudad de Santiago del Estero.

Desde la Avenida Costanera, los vecinos se vuelcan hacia el parque Aguirre, aquel tibio mediodía del veinticuatro de julio de 1969. Una nube fisgona que se ha asomado a presenciar la inauguración del monumento se retira ya, rumbo al oeste, conservando su forma caprichosa que semeja la cabeza de un guerrero prolongada en lengua barba blanca.

El velo ha sido quitado: la ceremonia ha llegado a su fin. Ante el llanto desconsolado de su nieta Bérnaba, acude su hijo Hernando, presuroso, en aquella noche de diciembre del año de Gracia de 1580, cuando el conquistador Francisco de Aguirre moría a orillas del Pacífico, en su ciudad de San Bartolomé de la Serena en el Nuevo Extremo.



El compañero de celda

(1581)

“... e lerma hizo harina las muñecas de sus manos e rompio las venas en el cuerpo e des-encajó todos los miembros... e le vino a matar como lo dio a entender andres de artiaga medico, que dixo habia sido persuadido del dicho licenciado lerma a que dixese que habia sido muerto de beneno...”.

ALONSO DE TULACERBÍN, TESTIGO

Gonzalo de Abreu yace sobre el piso de tierra apisonada y procura que el fresco del suelo mitigue la temperatura de su cuerpo calenturiento. Sabe que dentro de poco ellos volverán a darle tormento, a aumentar la cantidad de arrobos que colgarán de sus pies y de sus muñecas, a ensañarse con su cuerpo quebrantado que ya está al límite de su resistencia. Hace diez meses que el cruel Hernando Lerma lo tomó prisionero y desde entonces la tortura diaria ha hecho estragos en su cuerpo, otrora robusto y fuerte y ahora casi translúcido, debilitado hasta lo indecible. A veces viene el mismo Lerma, el aire arrogante y la mirada torva, a solazarse con su sufrimiento.

En sus largas noches solitarias, en la cárcel de extramuros frente a la flamante acequia, el hidalgo piensa. Seis años, seis años y tres meses ha gobernado el Tucumán. ¿Acaso no cumplió con la voluntad del virrey Toledo, fundando San Clemente de la nueva Sevilla y repoblándola por dos veces, en los valles de Calchaquí y Salta, lo que no hizo su antecesor Jerónimo Luis de Cabrera, pese a la orden recibida? ¿Acaso no luchó con denuedo contra los indios para mantener la ciudad fundada, aunque su propósito resultara infructuoso? Quizá, si no hubiera ordenado la ejecución de Cabrera, si no le hubiera hecho dar garrote en su propio lecho... Pero sabe que esa no es la causa, ni esa ni el cargo de haber instigado la conjura de los criollos contra Garay en Santa Fe, como ha pretendido hacerse creer en el amañado Juicio de Residencia. Sospecha que el malvado Lerma ya pensaba en la venganza antes de salir de la ciudad de los Reyes, quizá antes de embarcarse en España; sabe ahora que a sus oídos habían llegado las imprudentes expresiones que profiriera

sobre su oscura cuna y su indudable sangre judía. Sabe también ahora, por uno de sus torturadores, que sus bienes han sido subastados y que el mismo Lerma ha comprado, a precio vil, la mayor parte de ellos. Ahora mora en su casa y duerme en su lecho. También piensa el hidalgo en su amigo Pedro Sotelo de Narváez, quien se presentó a prestarle asistencia legal: le quebraron los brazos y lo dejaron preso. Sí, debió resistirse, no entregar el mando, esperar el fallo favorable del Rey, esperar, ganar tiempo, esperar..

El taimado Lerma tendió bien la trampa, fraguando una rebelión inexistente. Recuerda con claridad la escena: él, aún orgulloso Gobernador del Tucumán, Juríes y Diaguitas, es anoticiado de la llegada del nuevo Gobernador y su gente a la cabeza de la Gobernación, a la ciudad de Santiago del Estero. El engañoso mensaje de paz que le entrega Hernán Mejía de Miraval lo tranquiliza. Mientras tanto, el licenciado Lerma, en el sol del invierno santiagueño, avanzaba con su tropa por la calle principal de la ciudad, las cotas descubiertas y las mechas de los arcabuces encendidas. Un disparo les avisa que la trampa se ha cerrado: los inesperados insultos de los secuaces de Lerma, la daga que él saca airado, la oportuna llegada de la soldadesca, la detención por una supuesta rebelión para no entregar el mando al nuevo Gobernador que llegaba de la ciudad de los Reyes... En seguida, los dos pares de grillos y su detención en la cuadra de los puercos, en casa de su enemigo Juan Pérez Moreno. Luego, esta prisión, esta lóbrega prisión y su soledad solo interrumpida por los esbirros que, diariamente, vienen a darle tan cruel tormento, en la garrucha improvisada, colgado del montante de las puertas de la cuadra.

El cuerpo dolorido, los miembros desencajados le impiden conciliar el sueño. Pero cree estar soñando cuando advierte, sentado a pocos pasos, con la espalda reclinada contra el muro, al nuevo prisionero. A nadie ha visto. ¿Cuándo lo habrán hecho entrar los cancerberos? Es solo un mancebo, poco más que un niño. Está seguro de no haber visto nunca ese rostro pálido que le recuerda la pintura del Apóstol Juan Adolescente, que ornaba la Iglesia de San Lúcar la Mayor, allá en Alxarafe, en su Sevilla natal, en la misma Sevilla del despiadado Lerma. Si fuera hijo de algún vecino, lo reconocería. Quizá ha venido la tropa de Lerma. Quizá es algún mendigo llegado de San Miguel de Tucumán o de Nuestra Señora de Talavera. Sus ropas, pobres y extravagantes, parecen



confirmarlo. Mejor, eso evita la humillación de que alguien que lo conoció como omnipotente Gobernador, lo viera en su actual estado. El muchacho saca de entre sus ropas un pequeño rollito blanco, lo parte con sus dedos delgados y, en silencio, le ofrece la mitad, mientras pone en su boca la restante. Al mismo tiempo, produce lumbre con un insólito yesquero, un yesquero como jamás han visto sus ojos. Temeroso de un maleficio, se vuelve contra la pared de barro para no ver a su acompañante, para no ver a ese ser misterioso que ahora arroja humo por su boca en grandes bocanadas, como un endriago del infierno.

En los días siguientes, la desconfianza ha ido desapareciendo. El muchacho es quien, siempre en silencio, le presta auxilio cuando después de cada sesión de tortura es devuelto a su celda. Cuando su compañero le pone el pañuelo húmedo en la frente ardorosa, los ojos del hidalgo se llenan de lágrimas, pensando en Juan, su único hijo –un niño de trece años– a quien sabe detenido por Lerma y enviado a San Miguel de Tucumán en un fuste sin estribos, mezclado con mulatos y negros, pasando por tierra de indios. ¿Qué suerte habrá corrido? No lo volverá a ver, está convencido de que ya no lo volverá a ver. Si al menos supiera si ha sobrevivido al maltrato y a los peligros del viaje...

El hidalgo oye los pasos que se acercan y las carnes le tiemblan. Otra vez, otra vez el cuerpo colgando de la garrucha, otra vez el peso insoportable, aumentado día a día, que va a pender de sus piernas y de sus muñecas. Mil veces, en estos diez meses, ha deseado que le llegue la muerte; mil veces, en estos diez meses, se la habría dado, si tuviera con qué hacerlo o fuerzas para ello.

Ahora han entrado a la celda dos hombres de extraño hablar y más extraño atavío. Una vez más, el hidalgo cree estar soñando; jamás, en sus largas andanzas por Europa y América, ha visto esos disparatados uniformes verdes, ni los objetos raros –como pequeños arcabuces negros– que cuelgan de sus cinturas. Pero no hacen caso de él, como si no lo vieran. Aliviado, ve que esta vez es al muchacho a quien se llevan. Al salir, este vuelve la cabeza: *“Morirás en la tortura y mentirán que te han envenenado. Tu hijo Juan será tronco de una familia que se extenderá por estas tierras durante incontables generaciones. Él demandará a tu verdugo, que morirá en una cárcel de Madrid. Si logro huir, contaré la verdad sobre tu muerte”*.

El muchacho no ha sido devuelto. Gonzalo de Abreu está otra vez solo, pensando en el singular vaticinio de su compañero de celda, del compañero que cuatro siglos después será prisionero exactamente en ese mismo lugar, frente a la acequia que han construido los indios y que cruza de norte a sur la naciente ciudad de Santiago del Estero.

He salvado mi vida. Cuando intentaba escapar del edificio del Servicio de Informaciones –ahora comprendo que todo estaba preparado para la ejecución tras la engañosa fuga inducida–, en mi desesperada huida alcancé a columbrar, al final de cada corredor, la figura espectral de barba entrecana y ropas anticuadas que me iba señalando el camino hasta hacerme transponer la última, inexpugnable puerta, ante la mirada azorada de mis burlados verdugos. Los otros dos prisioneros tuvieron menos suerte: aún resuenan en mis oídos los secos pistoletazos. En la madrugada, tras la persecución frustrada, mi corazón parece estallar por el esfuerzo realizado. Mientras descanso y procuro tranquilizarme, contemplo la ancha avenida aún sin tránsito y recuerdo cuando en mi niñez jugaba en la antiquísima acequia, a la que desde hace unos años han entubado y despojado de sus añosos álamos. Me alejo pensando que ahora debo cumplir mi promesa a Gonzalo de Abreu, a mi compañero de celda. Yo, Carlos Abregú –su descendiente– le debo este relato desde hace cuatro siglos.



El pueblo viejo

(1608)

Pedro Flores cierra su tienda, en la calle de los merceros, y se dirige a la taberna del Rey; hace solo unos minutos que ella se ha ido y el corazón aún parece saltarle en el pecho. Van para tres meses que Doña Mencía, la hija del Encomendero de apellido sonoro, entrara en su modesto establecimiento y desde entonces no hace sino soñar con ella, dormido y despierto. La visita se ha repetido con grata frecuencia, la niña siempre acompañada por una criada joven, casi tan joven como ella, pero ¡qué contraste! Lo que en Mencía es gracia y belleza, en su criada es fealdad repulsiva, con un rostro donde están retratados todos los vicios que trajera de Asunción, junto con una enfermedad vergonzante, de la que todos hablan en esta capital de la Gobernación de Tucumán, Juríes y Diaguitas; se dice que los dos soldados que han muerto hace poco, en medio de atroces dolores, han sido contagiados por ella.

Pedro, al cruzar frente a la modestísima Iglesia Catedral de adobe y al no menos modesto Ayuntamiento, pasa junto al Encomendero, que conversa con el Alcalde de segundo voto y el Alférez Real. Sus severas ropas negras contrastan con el polvo blancuzco de la plaza, que el viento caliente del verano levanta en remolinos. Los capitulares, enfrascados en una discusión sobre el censo dispuesto en la ciudad de los Reyes por el señor Virrey y que en esos días llega a su fin, esperan la llegada del Gobernador Alonso de Ribera. Por su parte, el Encomendero, preocupado por la carta que el señor Gobernador acaba de enviar al Rey denunciando los excesos cometidos con los indios en las Encomiendas, también lo espera ansioso y apenas contesta el saludo deferente, casi servil, con el que Pedro intenta congraciarse con el padre de su amada.

El mozo siente que una punzada de odio le lacera el pecho. ¿Acaso es su sangre de moros o judíos? ¿No es tan limpia como la de él? Y, al fin, ¿no provenimos todos de Adán? ¡Ah, si tuviera fortuna, esa fortuna que ha venido a buscar tan lejos! Ya en la fonda, ni el espeso vino carlón, ni la conversación con sus amigos, ni el partido de naipes logran expulsar a Doña Mencía de su pensamiento.

Es la madrugada y Pedro se revuelve en su lecho solitario; aún no ha conseguido conciliar el sueño. Pero cada momento que pasa se convence más. Sí, ella también lo ama. Acaso cuando se probó aquella tela, aquella hermosa tela traída trabajosamente de Flandes ¿no tomó su mano y la colocó sobre el pecho tibio, turgente, con el pretexto de ceñir el género? Cierto es que fue solo un instante, pero se aferra a él como náufrago a una tabla. Además, sus habituales visitas, las sonrisas que le dedica, sus coquetos mohines, el modo de pedirle su parecer: ¿cómo me queda esta falda, mi seor Don Pedro? *Agora no dirá usted que soy tan fea.* Ella es la única que lo trata con el codiciado “Don”; algún día será suyo el derecho de usarlo y también la fortuna y el cargo en el Cabildo y la Encomienda de indios y el cuerpo de Mencía tan deseado...

Pedro, mal dormido, abre su tienda ¿vendrá ella también hoy? Al abrir la puerta, sus ojos tropiezan con el papel cuidadosamente doblado, que resalta sobre el piso de tierra apisonada. En él, con infantil grafía, su amada, en dos únicas líneas, le indica el lugar y la hora del encuentro, esa noche, en el Pueblo Viejo, el que fundara el capitán Juan Núñez de Prado a una distancia de tres tiros de arcabuz de esta ciudad de Santiago del Estero. Pedro aún no puede creerlo. Besa con arrobó el nombre puesto al pie del mensaje y ese día las horas se le hacen eternas.

Esa noche, Pedro cabalga rumbo al sur, enfundado en su jubón nuevo; en su cintura asoma el puñal con cabo de bronce que le regalara su padre, allá en España. Su mente es un torbellino ¿Podrá estar a solas con ella? Después de todo, la esquivia fortuna le ha sonreído: niña tan bella, de familia principal, encapricharse así con el pobre mercero... Si su padre se enterara ¿adónde quedaría el empaque del señor Encomendero? A su izquierda, rielan las aguas del río, desde el que una brisa fresca pretende compensar a los sufridos vecinos del Pueblo Nuevo por los rigores del estío santiagueño.

Pedro ha llegado al solar donde se levantaba el Cabildo de la ciudad



del Barco del Nuevo Maestrazgo; solo un par de horcones de quebracho quedan en pie, ya que todo lo demás ha sido utilizado en el traslado dispuesto por el capitán Francisco de Aguirre hace cincuenta y cinco años, según le han contado los vecinos más viejos.

A través de una enramada, se filtra la luz de un candil, la que, al acercarse, se apaga con discreción. ¡Mejor! A él, que en su Sevilla natal pasaba por mozo despejado y ocurrente; a él, acostumbrado a gozar del favor de las mujeres andaluzas desde su adolescencia, lo cohibe esta niña, con su cabellera rubia y sus ojos inocentes. Ve un solo caballo, el de su enamorada, ricamente enjaezado. Le place que se haya atrevido a venir sola, sin la compañía del ser monstruoso cuya cercanía lo espanta. Aguijoneado por la pasión que lo invade como una fiebre, entra en la precaria choza y llega hasta el cuerpo que, anhelante, lo espera sobre un jergón improvisado. A Pedro las palabras le salen a borbotones, en una declaración de amor urgida por el deseo, que aumenta al advertir, bajo la manta, el cuerpo ya desnudo. Pedro se va despojando de sus ropas y ella, sin decir palabra, responde a sus caricias con idéntico arrebató. Los cuerpos jóvenes se entrelazan, se estrechan en un abrazo en el que ambos concentran el antojo que los domina desde que se conocieron.

Una jauría de perros cimarrones le ladra a una luna redonda que los ignora y que, al asomarse entre nubes, baña con luz espectral los últimos vestigios del Pueblo Viejo. Un poco más allá, casi llegando al río caprichoso que los indios llaman Mishky Mayu y los españoles del Estero, algarrobos y chañares que a su vera se encuentran, ven pasar, corriendo, desnudo, al mancebo burlado, todavía restallando en sus oídos la carcajada de la sifilítica de Asunción. En tanto, el puñal andaluz, clavado hasta el puño, brota como una extraña flor roja y gualda, del cuerpo lascivo, desmadejado, muerto.



Mi niña de Ibatín

(1660)

A la destacada historiadora Teresa Piossek Prebisch, quien contribuyó a evitar que el aguamanil que narra este cuento se perdiera para Tucumán y para nuestra patria.

¡Silencio! Si quieren que les cuente, hagan silencio. Aprovechemos ahora, que hay pocos visitantes en esta casa museo que fue del gobernador José Manuel Silva; lleva el nombre de su nieto Nicolás, un tucumano que llegó a Presidente de la República y nació aquí. ¿Saben que este fue hijo de Marco, el *Mártir de Metán*? Él también vivió en esta casa; algunas noches he percibido su desdichada presencia. Pero vamos a la historia que me pidieron sobre mi niña Leonora, la que fue asesinada en Ibatín.

Para los que no me conocen, me presentaré, en cuanto calle esa joven carbonilla de Lola Mora, que no se muestra muy respetuosa de mis años y de mis achaques. ¡Ahora sí! Nací en Toledo en el siglo XVI, en el taller de Giuseppe Calvancanti, tercera generación de armeros procedentes de Milán. Mientras estuve en la casa de mi padre, solo hice migas con uno de mis hermanos: un bastón de estoque ¡cómo me gustaría volver a verlo! Supe que anduvo por Potosí y Santiago del Estero, dos ciudades donde también yo estuve. Mis otros hermanos –todos frutos del mismo padre– me intimidaban con su presencia: espadas, sables, puñales, misericordias... Yo, un pacífico aguamanil destinado a la cortesía y a la buena mesa, poco tenía que ver con ellos.

Nunca me quisieron; me despreciaban porque yo no estaba hecho para el duelo o la guerra. Capricho de orfebre, fui la *magnum opus* de mi padre, la que, una vez aprobada por el tribunal de maestros plateros, le permitió ser maestro él también. En el fondo, sé que me envidiaban: yo era –pueden ver que aún lo soy– bello como Narciso (es cierto que estoy algo deteriorado, ya les diré por qué). Siempre me he mirado en

los cristales de las vitrinas que reflejan la gracia de mis formas esculpidas en plata y mi elegante asa (por algo me han hurtado dos veces y las dos me rescataron; la última estuve a punto de ser subastado por un anticuario de Madrid). Pero no confundan mi sexo llamándome *jarra*: soy un aguamanil y mi soberbio pico en mascarón sugiere un rostro con aire a Neptuno. Vean lo que son las cosas: el destino de mis hermanos era matar y ¡cuántos de esos fanfarrones no habrán salido jamás de sus vainas! Pero quiso la fatalidad que yo, que siento horror por los hechos de sangre, fuera testigo de la muerte de Leonora, mi niña de Ibatín. Ese recuerdo amarga mi vejez.

Era yo el predilecto de mi padre, así que ya se imaginarán ustedes el dolor con el que se desprendió de mí. Me vendió a un hidalgo toledano con solar en Villafranca del Puente del Arzobispo, D. Diego de Villarroel, fundador de esta ciudad de *San Miguel de Tucumán y nueva tierra de promisión*, el 31 de Mayo del Año del Señor de 1565; su madre era hermana de D. Francisco de Aguirre, quien le encomendó la misión. La expedición fundadora partió de la ciudad de Santiago del Estero, capital de la Gobernación del Tucumán, Juríes y Diaguítas; viví un tiempo allí.

¿Saben ustedes que los primeros ciento veinte años de San Miguel transcurrieron en el lugar que los indios llamaban *Ibatín*? Cerca de sus ruinas me encontraron muchos años después del traslado y me trajeron aquí, donde a diario pueden apreciar mi belleza. Viendo mi brillo, nadie diría que estuve tres siglos bajo tierra; la cicatriz en mi costado señala el golpe de la pala puntera que me descubrió.

D. Diego me había comprado para su esposa, Dña. María Maldonado de Torres. Con ellos crucé la mar océano en el frágil barquichuelo; así figura en el Registro de Pasajeros a Indias. Estuvimos en Lima, en Potosí, en Santiago de Chile, en Santiago del Estero y por último en San Miguel de Tucumán, en Ibatín; con orgullo puedo decir que estuve en la jornada fundadora. Cuando mis dueños murieron, pasé a manos de una de sus hijas, Catalina, quien vivió en Ibatín hasta que se mudó a Córdoba de la Nueva Andalucía. Yo fui parte del pago de una carreta, que adquirió su marido para trasladarse con familia y enseres a su nuevo destino.

¡Qué cambio! De los modales señoriales de la familia Villarroel, de sus manteles de tela de Castilla y vajilla de cerámica de Talavera, pasé

Allí la única que me
aloraba era Leonora. La
hija quinceañera, una
flor delicada con el pelo
del color del trigo
maduro y los ojos ce-
lestes, heredados de su
madre. Esta había
muerto siendo ella una
niña, luego de una
existencia a la sombra
del marido brutal. El
te padre



a manos de Nuño, el zafio fabricante de carretas que solo me apreciaba por lo que yo pesaba en plata. Corpulento, vociferante, vivía pagado de su astucia para los negocios. Allí, la única que me valoraba era Leonora, la hija quinceañera, una flor delicada con el pelo del color del trigo maduro y los ojos celestes heredados de su madre. Esta había muerto siendo ella muy niña, luego de una triste existencia a la sombra del marido brutal. ¡Qué contraste entre padre e hija! Huérfana también de afecto, se había encaprichado conmigo. No tenía amigas en Ibatín (al rústico Nuño le parecía que, por su riqueza, las demás niñas no estaban a su nivel). Yo era su consentido; a diario me tomaba entre sus brazos y me acariciaba hasta darme brillo, mucho brillo. Por las noches dormía conmigo entre sus brazos. A una edad en la que algunas niñas estaban casadas o comprometidas en matrimonio, Leonor solo pensaba en sus solitarios juegos infantiles o soñaba con las consejas que le narraba Isabel *La sevillana*, su ama de leche, recogidas durante su infancia en Andalucía. Nuño aspiraba a casar a Leonora, algún día, con un buen partido que acrecentara su riqueza.

Pese al padre poco afectuoso, Leonora era feliz y yo con ella; esa felicidad duró hasta que apareció en nuestras vidas Felipe, el nuevo postillón empleado por Nuño, recién llegado de La Serena, en Chile. Alto y desgarrado, nunca me gustaron sus modales descomedidos ni la mirada de sus grandes ojos verdes, lascivos. En la ciudad ya lo conocían por *El Gitano*. Un runrún de oscuros crímenes nunca probados lo acompañaba.

Los domingos, la misa principal era en la Iglesia Mayor. Orgullo de Ibatín, no había otra igual en toda la Gobernación, con sus tres naves, su techo de tejas y alfarjías, su púlpito de quebracho labrado y su piso de baldosas cerámicas. Allí comenzó a ir Felipe para ver a mi Leonora y procurar su cercanía. Luego, con el pretexto de recibir las órdenes de su patrón, ingresaba en el hogar, donde a la niña le era difícil evitar el encuentro. Leonora no se atrevía a poner fin a los requiebros del mozo, que la turbaban. Intentó decírselo a su padre, pero este nunca tenía tiempo para hablar con ella, absorbido por sus ocupaciones.

Nuño era ya rico, muy rico. A su fábrica de carretas (famosas en todo el virreinato), había agregado una fábrica de tejas *musleras*, levantada cerca del río *Pueblo Viejo*, que baja por la *Quebrada del Portugués*; en-

tonces se llamaba río *Del Tejar* y de su lecho sacaban los vecinos de San Miguel la *pedra bola* para los edificios que le dieron fama. Nuño solo tenía ojos para sus dos prósperos establecimientos; así, Leonora creció sin el amor de su madre y sin los consejos del padre, ausente la mayor parte del día.

Todo ocurrió un Domingo de Pascua de Resurrección del Año del Señor de 1660. Entonces, el río estaba cambiando su cauce; el agua lamía ya las paredes de la fábrica de tejas de Nuño y entraba, osado, en la ciudad; había aislado la ermita de los Santos Judas y Simón y amenazaba hacer lo mismo con las manzanas del extremo norte. Nuño concurrió a misa con su hija y después se fue a su fábrica, sin saber cómo contener el avance de las aguas que un cuarto de siglo más tarde, durante el gobierno de D. Fernando Mendoza Mate de Luna, motivaría el traslado de la ciudad a este lugar, que entonces conocían como *La Toma*.

Pero volvamos a mi Leonora. Celebrada la misa, con su misal y la mantilla que cubría su cabeza, recorrió de vuelta esa mañana la cuadra que separaba la Iglesia Mayor de su casa, ubicada sobre la calle *Del Calchaquí*. Felipe la siguió a prudente distancia; un lobo que siguiera a una oveja alejada de su rebaño no habría sido más sigiloso. Los vecinos que salían de misa no sospecharon nada.

Los dos esclavos negros habían acompañado a Nuño. El ama Isabel pasaba la Pascua en Salta, con su hermana. Los carpinteros no trabajaban ese día. Mi niña estaba sola.

El postillón golpeó el llamador. Leonora se turbó, adivinando quién era. ¿Atendería, no habiendo nadie más en la casa? ¡Ay!, si yo hubiera podido advertirle... Por fin, entreabrió la gruesa puerta:

—*Mi padre no está; ha ido a la fábrica.*

—*No es a él a quien vengo a ver.*

—*No puedo dejarlo entrar ahora.*

—*Solo quiero entregarle un regalo que le traje de San Salvador. Después me iré.*

—*Ya le dije que no me traiga regalos. Y le ruego que se retire.*

Felipe, despechado, se arrojó con furia contra la puerta; la frágil Leo-

nora no pudo resistir su embate. Ya adentro, la arrastró hasta su alcoba. Allí la golpeó brutalmente y le arrancó las ropas. Sus esfuerzos desesperados no pudieron evitar que el desalmado la desflorara. Luego apretó su cuello con sus manos fuertes hasta que Leonora no se movió más. Repetía así un crimen cometido en Lima, por el que tuvo que escapar a Chile. El cuerpo todavía infantil de mi niña quedó sobre la cama, desnudo, desmadejado, quebrado su cuello fino.

Los intentos de Felipe por forzar el cofre donde Nuño guardaba su fortuna fueron vanos. Abrió el cajón del escritorio y se apoderó de los pocos cuartillos que allí había. Cuando salía presuroso, lo deslumbró mi brillo en la alacena y me escondió entre sus ropas ¡Pasar a esas manos! Me estremecí, asqueado.

Se dirigió a la cuadra en busca del caballo de Nuño; lo ensilló con apuro, apartando a los bueyes que se interponían con su pesada torpeza. Temía Felipe el regreso de Nuño y sus esclavos. La prisa lo perdió: la cincha quedó mal ajustada. Cuando tomaba a escape el nuevo Camino Real rumbo a Salta, se aflojó la montura y cayó del caballo; su cabeza golpeó contra una piedra. Yo me deslicé de su bolsillo y rodé hasta unas malezas. Cuando el Alguacil del Cabildo y sus ayudantes detuvieron al mozo todavía aturdido por el golpe, nadie reparó en mi presencia. ¡Qué impotencia no poder hablar con los seres humanos!; ellos nos llaman *cosas* y no saben que sufrimos y gozamos igual que ellos.

¡Tres siglos! Tres largos siglos permanecí a la vera de ese camino, hundiéndome cada vez más, tapado por la espesura que después se apoderó de Ibatín.

Cuando la maleza aún no me había cubierto, un día de 1685 vi pasar la procesión fantasmal: San Miguel de Tucumán se trasladaba. Allí iba la Cruz fundadora, seguida por el Alférez con el Estandarte Real; luego, el arcón con las actas capitulares que graves cabildantes custodiaban, símbolo de que la propia ciudad viajaba con ellos. Allí iban vecinos, artesanos, indios, esclavos. Allí iban las carretas tiradas por los bueyes cansinos, varios jinetes y muchos a pie. Vi pasar a un anciano a caballo, agobiado, vencido: era Nuño. Vi pasar a quienes había conocido de chicuelos y ahora –veinticinco años después– llevaban hijos sobre sus hombros. Vi pasar el rollo de justicia en el que después supe que fue ajusticiado Felipe. Marchaban en silencio, cabizbajos como en acom-

pañamiento fúnebre. Iban tristes por Ibatín, la perla del Tucumán; la abandonaban y con ella a sus muertos (los restos de Leonora bajo el atrio de su Iglesia Mayor), a sus templos, a sus hogares, al edificio del Cabildo, a sus encomiendas cercanas. Atrás quedaba un pueblo espectral cuyas orgullosas construcciones se desmoronarían como castillos de arena ante el oleaje implacable del tiempo. Pero nadie volvió la vista atrás; marchaban esperanzados en el lugar escogido doce leguas hacia el norte sobre el nuevo Camino Real que, al oriente del antiguo y más seguro frente al peligro calchaquí, era ya mucho más transitado. Algo les decía que un destino de grandeza los aguardaba. La vieja San Miguel, la de Ibatín, estaba destinada al olvido. Y con ella yo, sin poder gritarles que no me dejaran allí porque los tentáculos voraces del monte día a día se me acercaban.

Por fin, la selva me engulló. Despertado por el milagroso golpe de pala de mi sueño de trescientos años, supe que Felipe, sometido a tormento en la cárcel del Cabildo, había confesado su crimen. Conducido *en bestia de albarda* hasta el rollo de justicia (el mismo que yo había visto pasar) con la soga al cuello, pendió de ella hasta que dejó de existir. En la picota quedó exhibida su cabeza para escarmiento de violadores y asesinos. Así pagó su crimen.

Ahora ya conocen la historia de Leonora; también la mía, la pieza más preciada en esta *casa de las cien puertas*. Peregrino que la visitas, aguza tus oídos y –por una vez– escucha mi ruego: si un día llegas hasta las ruinas de la ciudad vieja, detén tus pasos sobre el sitio donde se erigió su Iglesia Mayor y eleva una plegaria por el alma de la que allí reposa, por el alma de mi niña de Ibatín.



¡Parió doña Violante!

(1710)

La noticia cayó como un rayo sobre Nuño Roldán, el Alférez Real de Santiago del Estero. Allá en Salta, parió Doña Violante, la declarada impotente absoluta.

Cinco años atrás el matrimonio de Nuño y Violante fue anulado por padecer ella de *obstrucción del vaso*, una estrechez de conducto que impedía consumarlo. A los pocos días de casado Nuño solicitó la anulación, autorizada por *Las Partidas de Alfonso el Sabio*: “... cuando la mujer ha su natura cerrada, que non puede el varon yazer con ella”.

Reconoció Doña Violante que así era. El Juzgado había ordenado el examen de dos matronas, designadas “... atendiendo a su calidad y honestidad y por la experiencia que tienen de semejantes pericias, constaten si Doña Violante permanece virgen e incorrupta”. Las matronas informaron: “... habiendo hecho la inspección en la casa de la susodicha, de sus partes ocultas a la luz, pudimos conocer que Doña Violante se halla incapaz de la cohabitación con cualquiera hombre, por tener el dicho conducto cerrado de naturaleza”.

Este informe y otro de una comadrona con vasta experiencia en partos fueron agregados al expediente. El Tribunal sentenció: “*Fallamos que el matrimonio es desde su principio nulo e inválido, por ser la dicha Doña Violante Sánchez de Albornoz, inhábil cerrada sin aquella forma de perfecta mujer de su naturaleza en el uso matrimonial, atento a lo cual les debemos dar por libres de dicho matrimonio y licencia para que cada uno de ellos pueda disponer de su persona, aunque la dicha Doña Violante no pueda contraer matrimonio por ser incapaz e inepta para ello...*”.

Nuño Roldán había recuperado su soltería.

Un año después conoció a Josefa Rodríguez, doncella honesta, con la que contrajo matrimonio con licencia eclesiástica. Un matrimonio feliz, alegrado por tres hijos.

A Josefa la ama; no como a Doña Violante, quien lo atrapó con su dote, su derecho al uso del *Doña* por ser hija y nieta de encomenderos y sus moditos cortesanos, que se volvieron groseros apenas celebrado el matrimonio. A la dote Nuño la devolvió con gusto cuando logró la anhelada anulación.

¡Y después de cinco años, parió la declarada impotente absoluta! Allá en Salta, había parido un crío llorón, saludable, ¡hasta rollizo!; de piel oscura como el *cholo* peruano que, según dicen, lo engendró.

¿Qué pasará ahora con su feliz matrimonio? Nuño, que ha sido Escribano del Cabildo, conoce la dura legislación que data del siglo XIII, las mismas *Partidas* que él invocó y se aplican con rigor en España y en las Indias: *“Recuperada la potencia de la mujer por haberle nacido un hijo, corresponde retrotraer las cosas a su estado anterior, aun en el caso de que el marido se hubiere casado en uso de su derecho”*.

En consecuencia, su actual mujer se ha convertido en adúltera; el fruto de su amor, en hijos adulterinos.

Él deberá volver a cohabitar con Doña Violante, la del recuerdo odiado. Y criar al hijo del *cholo* vigoroso, del que logró con más empuje lo que él no pudo, por más que lo intentara...

No importa que tampoco Doña Violante lo quiera. *Dura lex sed lex*, y por la fuerza se impone; bien lo sabe Nuño, que una vez fue Alcalde de primer voto y recitaba el adagio a los justiciables descontentos con sus fallos.

Desea que el diablo confunda al entrometido portador de la noticia, llegado de Salta. Es un antiguo vecino, que vino a visitar a sus familiares y se quedará hasta la festividad de Santiago Apóstol, en este año del Señor de 1710.

Apenas conocido el hecho, el Provisor ordena: *“Conviniendo atajar el delito que comete el dicho Nuño Roldán haciendo vida maridable con la dicha Josefa Rodríguez, mando a los susodichos que sin dilación alguna, se separen y aparten, entendiendo no están casados, y en consecuencia el*



Al gr. Lima con
gran admiración...
Jose Pallares
2012

dicho Nuño Roldán salga de la casa de la dicha Josefa Rodríguez y no entre en ella con motivo ni pretexto alguno y la dicha Josefa Rodríguez, no sea osada admitirle en ella...”

Se evita así que continúe lo que ahora es delito de escandaloso adulterio. Durante el largo juicio que tiene por delante, con apelación ante la Audiencia de Charcas, Nuño deberá permanecer alejado de su familia.

No sabe Nuño cómo afrontar el costo del pleito. Además, no cree que pueda ganarlo: los dos abogados que consultó se negaron a aceptar el caso. Tendrá que ir a San Miguel de Tucumán a buscar uno o pedir un Defensor Oficial.

Se le ocurre una idea salvadora: “... ignoro la causa por la que pudiera haber cometido delito, y que si ahora se ha corrompido el impedimento de mi mujer, esto probaría también su adulterio, motivo que me excusa la vida en común con ella... Y que si esto no basta, me reservo otras dos causas graves, que no expreso ahora por honestidad y decoro a sus deudos...”

Doña Violante, a la que corren traslado de las actuaciones, se limita a decir que no quiere pleitos; que vive tranquila en Salta, con la ayuda de su hermano encomendero. Que su alumbramiento se debió a una relación ocasional con un viajero del Perú, de quien se había prendado y la abandonó una vez que logró poseerla. Y que este “... parexía hábil en materia de medicina y se valió de un bisturí y una moneda de oro, con los que previo al acto, liberó el conducto que por natura aparecía cerrado”.

Una criada agregó que: “... al abrir la puerta al cholo, percibí olor a azufre y alcancé a ver que por debajo le asomaban unas pezuñas de chivo”. A Nuño, las carnes le tiemblan bajo las ropas sucias. Si toma intervención el Santo Oficio, terminarán todos en Lima, en las mazmorras de la Inquisición, torturados hasta que confiesen el supuesto hechizo.

Penado de acercarse a su familia a una distancia menor a un tiro de arcabuz, se desestima su argumento y se lo intima a exponer las dos razones que antes se reservó.

Son las últimas cartas. Nuño las juega:

“Con Doña Violante, además del que motivó la disolución de su matrimonio, había otros dos impedimentos. Uno, el de afinidad en primer grado, porque ha mucho, en Córdoba de la Nueva Andalucía, estuve

amancebado con una hermana de ella durante más de tres años. El otro: Doña Violante, es nieta de Simón de Noronha, judío juzgado en Lima por la Santa Inquisición, su abuelo por vía de ombligo; que allí vistió el sambenito por haber judaizado, de lo que me enteré después de celebrado el matrimonio con Doña Violante...”

El Promotor Fiscal destroza sus razones, que no puede probar. Además, insinúa que hubo connivencia entre Nuño y Doña Violante para lograr la disolución del vínculo. Agrega que las matronas no fueron terminantes al expedirse en su pericia y que la partera mintió...

Alega Nuño el beneficio de la Cosa Juzgada. El Fiscal lo refuta: habiendo hechos nuevos, esta queda sin validez.

Por fin, arroja sobre el tapete su propia hombría, sabiendo que servirá para escarnio del vecindario: *“Que a Doña Violante no me la devuelvan, que si el cholo peruano ha conseguido dexar expedito el conducto, será porque posee una mayor pujanza. Que si a mí me la vuelven, tampoco esta vez podrá recorrer el camino placentero, incapaz de transponer la difícil puerta, como me ocurriera antes”*.

El hábil Promotor Fiscal contesta: *“La vez anterior se prescindió de la trienal cohabitación, en derecho prevenida. Ese lapso es necesario para que, si hubiese hechizo por el que el varón no pudiese ayuntar con su mujer o ella con él, se supiese si tan mal fecho durará por siempre o fasta algún tiempo”*. Y concluye: *“No haber respetado los tres años, invalida la sentencia primitiva, que debe declararse nula y sin valor”*.

Nuño sabe que, si pierde el pleito y no acata la ley, la cárcel –de todos modos– lo separará de su familia.

Tendrá que volver a cohabitar con la odiada Doña Violante; y soportar el comentario de los vecinos, cada mañana, sobre si habrá o no logrado lo que el *cholo* alcanzó sin esfuerzo; en la ciudad nadie cree, a esta altura, que hayan existido bisturí y moneda de oro y ya ríen a sus espaldas.

Lo que más le duele es que deberá olvidarse de su Josefa; y con ella, de sus hijos, a quienes dejará en la pobreza y reducidos a la condición de adúlterinos. Ni siquiera podrán heredarlo; lo que él gane con su esfuerzo será para el hijo del *cholo*. Piensa que tampoco los volverá a ver:

Josefa, en su flamante condición de adúltera, será desterrada por el Cabildo o se irá por voluntad propia para no soportar la vergüenza pública.

Barbudo, sucio, una mañana cobra ánimo y llega hasta su casa, pero los dos soldados que el Provisor ha puesto de guardia cruzan las alabardas, impidiéndole transponer el umbral. Dentro, Josefa llora. Los niños también; no entienden por qué el padre ya no vive con ellos y la madre no acierta a explicarles lo que ella tampoco comprende. Avisado el Alguacil del audaz intento, promete que, si el incidente se repite, meterá a él y a Josefa en la cárcel. Nuño imagina a sus hijos en el asilo de huérfanos y resbalan lágrimas por sus mejillas.

Come y duerme en “El rincón del andaluz”, la fonda vecina a las casas capitulares. Sus antiguos amigos, con los que solía jugar allí a los dados, no contestan su saludo o lo hacen con frialdad. Pronto se le acabará el dinero.

Amanece con bombas de estruendo. Hoy, 25 de julio, es la festividad de Santiago Apóstol, Patrono de las Españas y de la ciudad de Santiago del Estero. Los vecinos se congregan alrededor de la plaza y tañen las campanas en el mediodía dorado por el sol invernal.

Pero esta vez Nuño Roldán, el Alférez Real, no dará la vuelta a la plaza, jinete en el caballo enjaezado y portando el Estandarte, admirado por su familia desde el estrado levantado para la gente de golilla. Ante la denuncia, los graves cabildantes le prohibieron tremolar el Estandarte Real; y anuncian que se reunirán “... *a son de campana tañida*”, para decidir quién ocupará su cargo de Alférez: no lo puede desempeñar quien ha vivido en público adulterio.

El repicar de las campanas lo acompaña hasta el “Mishky Mayu”, al que traía a pescar a sus hijos.

Conoce bien el río y sus remolinos peligrosos. Nuño elige, para arrojarse, aquél del que sabe no volverá a emerger con vida. Las aguas cubrirán su desgracia de que allá en Salta parió Doña Violante, la declarada impotente absoluta.



El verdugo

(1761)

(“... muy grandes eran los demonios, los que eran dos chibatos de color el uno pardo y el otro negro, los cuales le enseñaron el arte y le dieron cavellos en un papel para que con ellos matase...”).

DE LA DECLARACIÓN DE LA INDIA LORENZA, EN EL PROCESO POR BRUJERÍA.

La justicia capitular se ha pronunciado y Alonso Ramírez, el verdugo, está satisfecho. Las indias Lorenza y Francisca, acusadas de brujería por Joseph Martínez, el alcalde indio del pueblo de Tuama, han muerto durante la aplicación del tormento ordenado (han “quedado dormidas”, como reza el voluminoso expediente). El juez de la causa, el alcalde de Primer Voto, Agustín de Salvatierra, resolvió que las confesiones y la muerte de las acusadas son suficiente prueba de su culpabilidad. Su criterio fue compartido por el Promotor fiscal, el sargento Mayor Manuel del Castaño. El defensor, capitán de Forasteros Francisco de Paz, ha tenido que rendirse también a la evidencia. El expediente ya no será enviado en apelación a la Real Audiencia de Charcas; ha concluido y quedará en Santiago.

Sí, Alonso Ramírez, verdugo de Su Majestad, puede sentirse satisfecho ¿Acaso no se debió a su eficiencia la confesión de las indias? ¿Quién sabe utilizar como él los instrumentos de tortura? ¿Quién sabe, como él, en la cárcel del Cabildo, arrancar de la carne martirizada, pero dispuesta a resistir, la confesión que permitirá poner fin al pleito? Ni siquiera los “encantos” (los atadillos que las indias ocultaban entre sus ropas y que les permitían resistir el dolor) pudieron contra su habilidad, que él considera un verdadero arte. Si las acusadas hubieran seguido solo colgadas de la garrucha con dos arrobas de peso en los pies, quién sabe cuánto más hubieran resistido, dilatando así el proceso; pero él suplicó al juez que le permitiera agregar el suplicio del ladrillo ardiente en la planta de los pies colgantes, a la vieja usanza española, y los resultados apetecidos no se hicieron esperar. Por eso su jefe, el Alguacil Mayor del

Cabildo, lo trata con tanta deferencia. Ahora mismo, para festejar el fin del largo juicio por brujería, acaba de regalarlo con el mejor de los vinos en la fonda “El rincón del andaluz” (los dos sentados a la misma mesa, de igual a igual, como si él, Alonso Ramírez, fuera un cabildante más).

Al verdugo también le satisface que el Alcalde de Primer Voto, celoso de su competencia, sostuviera con decisión la jurisdicción capitular; los tímidos intentos del cacique Olocban –el curaca de Tuama– a favor de las acusadas se estrellaron contra su firmeza. Tampoco a la iglesia le hubiera permitido injerencia alguna: en los asuntos de indios, ni siquiera el Santo Oficio puede intervenir. El verdugo ha finalizado su misión: acaba de dejar los dos cadáveres desarticulados, casi desmembrados, expuestos en el rollo y picota, levantados en la plaza para escarmiento de aficionados a brujerías y encantamientos.

Alonso Ramírez, aún con los vahos del alcohol consumido, cabalga por el camino que empiezan a llamar “de la costa”; va bien erguido en su caballo, rumbo a su morada, a la vera del Río del Estero, dos leguas al sur de la ciudad. Atada junto a la montura, cuidadosamente doblada, lleva la capucha de verdugo, que solo él puede usar y que es como un emblema del oficio que lo distingue, que lo eleva por encima del resto de la soldadesca, oficio por el que lo temen y respetan. Gracias a su abuela india, conoce desde chico el quichua y pudo entender cada una de las palabras pronunciadas por Lorenza y Pancha, no solo en las sesiones de tormento sino a lo largo del minucioso proceso. Lo que al principio fueran solo imputaciones de haber provocado, con maleficios, la mudez y parálisis de la “china” María Antonia derivó en confesiones que, pese a la rudeza de que hace gala, asustan al verdugo ¿Quién, que no hubiera estado presente, podría haber descripto a la salamanca como lo hicieron las indias? Las consejas oídas por su padre y su abuelo allá en Castilla, y que le transmitieran en su infancia, vienen a su memoria y se confunden con el costado supersticioso de sus ancestros indios. La luna, al ocultarse, acaba de borrar la cinta de plata que se iba desenrollando a su frente y ahora solo puede adivinar el camino; a sus costados acecha el monte espeso. Alonso Ramírez teme ver salir de ese monte a los dos demonios, a los chivatos –el uno pardo, el otro negro– que otorgaron poderes a las indias para hacer el mal a sus enemigos ¿esos poderes subsistirán después de su muerte? Recuerda que las indias murieron maldiciéndolo y prometiendo que volverían a encontrarse en la salamanca ¿Qué habrán



querido decir con ese vaticinio absurdo?

Un rayo de luna que se filtra entre las nubes advierte a Alonso Ramírez sobre las dos siluetas, encapuchadas, apostadas en medio del camino ¿quién osa ponerse la capucha a la que solo el verdugo real tiene derecho? Alienta a su caballo, mientras levanta airado la fusta: castigará a los insolentes. Con terror advierte que un brazo de hierro sujeta las bridas de su cabalgadura, la que, espantada, se levanta de manos y lo desmonta; en tanto, del bosque denso que el camino bordea, brotan seres fantasmales que lo rodean, que forman un cerco cada vez más estrecho que lo va obligando a dejar el camino y adentrarse en la espesura, mientras se oyen sonos de arpa y guitarra que parten de lo más tupido de aquélla.

El caballo volvió a la ciudad sin jinete, al día siguiente, arrastrando las riendas y sin montura. Alonso Ramírez reapareció recién a los tres días, traído en una desvencijada carreta por unos indios meleros que lo encontraron errando sin rumbo por el monte. La razón ha huido de su mente; trae el pelo encanecido y el habla incoherente, apenas audible. Vivió varios años más de la caridad pública. Sentado a la puerta de la Iglesia Matriz, recibe limosna de los feligreses que salen del templo. Pero cuando cruza la plaza de tierra alguna majada de cabras rumbo a la otra plaza –la de las carretas–, al avistar al macho cabrío, entra en la iglesia y se refugia, tembloroso, junto al sacerdote; no sale hasta que ya no se oyen los balidos y la majada se pierde de vista.

Los vecinos nunca lograron que explicara qué pasó aquella noche; solo lo oían musitar los nombres de Lorenza y Francisca y suplicarles, por la Virgen Santísima, que ya no lo torturen, que no lo torturen más.



El reloj desquiciado

(1771)

“... en el que hizo relación de la Descompostura del Relox de Campana de la ciudad y la necesidad de Sujeto operario e Inteligente que assistiesse a su Compostura... y para esto propusso al Maestro Juan Calixto Mendoza, Herrero, quien tiene inteligencia en dicho arte...”.

(ACTA CAPITULAR DEL TREINTA DE ABRIL
DE 1771)

La festividad del Apóstol Santiago, Patrono las Españas y de la ciudad de Santiago del Estero, ha congregado a los vecinos alrededor de la plaza. Don Pedro, en su calidad de Alférez Real, porta el Estandarte. Le ha costado montar el caballo, enjaezado con lucimiento. Aún le dura su indignación contra los demás cabildantes, que han rechazado su solicitud –fundada en su extrema obesidad– de hacerlo a pie o que lo haga otro por él, aunque sea a su costo; de nada sirvieron argumentos y súplicas: el Estandarte Real lo llevará él, y a caballo, ha dicho el Alcalde de Segundo voto, y los demás capitulares han apoyado su decisión, ordenaron la asistencia obligatoria del vecindario bajo pena de multa, y que *“se publique el auto el domingo después de misa, a son de caja y a bos de pregonero”*.

Demasiado sabe Don Pedro lo que quieren sus pares: que haga el ridículo frente a los vecinos, ya que su pantagruélico apetito es proverbial en la ciudad. Y ahora, las autoridades, vecinos principales, de capa y golilla se han ubicado en un estrado frente a la Iglesia Matriz, en tanto el pueblo llano participa con entusiasmo de los fuegos de artificio. Imperterritito, prefiere ignorar las burlas de los irrespetuosos rapaces.

Don Pedro transpira, transpira a mares los negros ropajes. Un extraño dolor ha comenzado a insinuársele bajo el medallón que pende de la cinta purpúrea. Al iniciar su vuelta alrededor de la plaza, sus ojos se posan sobre el reloj de campana que está en la torre del Cabildo ¿Qué le ocurre al reloj? Hace casi tres meses que sus agujas estaban quietas, ni siquiera el maestro herrero Juan Calixto Mendoza había logrado componerlo. Y ahora, ante los ojos asombrados de Don Pedro, las agujas

comienzan a girar enloquecidas, como si quisieran recuperar el tiempo perdido. A pesar de que su caballo caracolea inquieto, asustado por las bombas de estruendo, Don Pedro no separa sus ojos de las manecillas de hierro, que, ahora con velocidad vertiginosa, dan vueltas y vueltas a la gran esfera y casi se superponen las campanadas que deberían anunciar el paso de cada hora. ¿Qué pasa que nadie parece advertirlo? Mientras tanto, él continúa su paseo alrededor de la plaza, portando el pendón Real. Pero un extraño cambio se va produciendo, no solo entre los espectadores sino también en los edificios que rodean la plaza. De pronto una luz espectral sale de algunos de ellos, mientras personas vestidas con extravagancia se sientan a sus puertas y lo miran con curiosidad. La Iglesia Matriz, ese modesto templo al que acudió a misa esta misma mañana, es ahora un edificio enorme, con una gran cúpula y dos altas torres, columnas y capiteles corintios y un amplio atrio con rejas. Admirado, alcanza a leer en su frontispicio: *“Instruid a todas las naciones”*. ¿Y quién es ese desconocido jinete de bronce que con actitud marcial irrumpió de pronto en medio de la plaza, mientras surge una fuente que parece lanzar chorros de agua hacia el cielo? ¿Y esa extraña alfombra de ceremonias, esa dura capa gris sobre la que resuenan los cascos de su cabalgadura y que, brotando del suelo, cubre la tierra suelta de las calles a medida que las recorre?

A Don Pedro, portador del Estandarte de Su Majestad, una garra parece haberse clavado en el pecho. ¿Qué es este dolor, Santísima Virgen del Carmen, Abogada de Santiago Estero? ¿Qué es este dolor en el pecho, que ahora parece extenderse al brazo que sostiene el pendón real?

A Don Pedro la vuelta en derredor de la plaza se le hace insoportable. ¡Las campanas! Las campanadas del reloj trastornado, del reloj del Cabildo, ya se suceden una tras otra, sin callar un solo momento, apagando las campanas de los cuatro templos principales, echadas a vuelo en honor al Santo Patrono Santiago. Don Pedro ya pasa frente al señor obispo, don Manuel Abad e Iliana -llegado desde Córdoba- y frente al Gobernador, don Gerónimo Matorras; ahora lo hace frente a los cabildantes a los que debe su martirio. Él es el Alférez Real y los saluda con gesto grave y hasta hace tremolar el Estandarte, a pesar del dolor que le muerde el pecho. Para colmo, la cuja en que encaja el mástil se incrusta en su pierna, gruesa como un jamón de Segovia. Aliviado, advierte que está por finalizar su recorrido: cuando termine de desfilar frente al Cabildo y llegue a la



esquina, podrá bajar del caballo y, a pocos metros, encontrar refugio y alivio en “El rincón del andaluz”, hacia los fondos de la casa capitular. Allí se desembarazará de estas ropas y se repondrá con un trozo de lechón y un vaso de refrescante gazpacho, que le recuerda al que tomaba con sus amigos en las tabernas de la calle de las Sierpes, en su Sevilla natal. ¿Quién iba a imaginar que muchos años después se radicaría en este alejado villorio con ínfulas de capital de la provincia del Tucumán? La boca se le hace agua, imaginando chirriante y jugoso el cuero del lechón, que se quebrará como un bizcocho entre sus dientes.

El Alférez Real, que por fin ha entrado en la fonda, la encuentra muy cambiada. Solo hay dos parroquianos: uno toca una guitarra, el otro, un instrumento que parece un fuelle que se acorta y se estira entre sus manos con un sonido que él nunca oyó. Agitado, se sienta en una extraña silla de metal, en la que no caben ni la mitad de sus asentaderas. El disgusto que le provocaron esos cabildantes hipócritas es lo que le produjo este dolor en el pecho. ¿Y Paco? ¿Qué pasa con Paco, el mesero? Quiere golpear las manos, pero el dolor se lo impide. Desde las paredes de adobe rosado, unos como pequeños retratos con rostros de expresión burlona muestran a otros ejecutantes del mismo extraño instrumento, que ahora atormenta sus oídos, en lugar de las campanadas que ya no oye.

El cuerpo del Alférez Real rodó de la silla al suelo y allí quedó hasta que una ambulancia, que entró haciendo sonar su sirena por la calle Tucumán, se lo llevó –ya cadáver– del “Rincón de los artistas”, sin que nadie (ni su dueño, don Pedro Evaristo Díaz) pudiera explicar la procedencia del forastero tan extrañamente vestido.

En tanto, la opinión de los vecinos del señor Alférez Real se mantuvo por años dividida: unos decían que, para evitar el ridículo en las siguientes festividades del Santo Patrono, había emigrado en secreto a Chile o al Perú. Otros creían que a su voluminoso cuerpo se lo había llevado el diablo, en castigo por su pecado de gula...

Al día siguiente de la fiesta del Santo Patrono, un grupo de vecinos observa con curiosidad al Maestro Mendoza, mientras este arregla el reloj de campana del Cabildo, cuyas manecillas habían permanecido inmóviles y sus campanas calladas, durante esas celebraciones del Apóstol Santiago en el año del Señor de 1771.

Un perdón para Borges

(1816)

(Trad. de Voyage en diligence de Buenos-Ayres a Córdoba et le Tucumán, par Antoine Jacque de Moussy. Imprimerie de Jules Morlent, Place de la Comédie. Le Havre, 1835).

“... y llegamos a un lugar donde abundaban los vinales, que son árboles con grandes espinas. El mayoral, antes de cruzar el río que en quechua llaman Misquimayú, decidió que pernoctáramos en una posta o posada rústica. Sería la medianoche cuando algo como el aleteo de un pájaro me despertó. Junto a mi catre (cama rudimentaria de tiento) un gaúcho o gauderio (jinete trashumante de esos países) me extendía un papel con manchas color carmín. La visión se desvaneció y la atribuí a mi sueño pesado, fruto del cansancio y del charque (tasajo) comido durante el viaje. A la mañana siguiente y de nuevo en camino, nos impresionó vivamente saber que esa noche los cuatro pasajeros habíamos percibido la misma presencia...”.

Muere el año dieciséis y en el campamento del Ejército del Norte el sol bruto de la siesta tucumana se cuelga en la carpa de su jefe.

Manuel José Joaquín del Corazón de Jesús Belgrano no imagina entonces su sino, rebajado a estatua, a medalla, a láminas escolares.

Entonces es solo un general por necesidad, un general cansado, que se acuesta vestido en su catre de campaña y se saca las botas que torturan sus tobillos, hinchados por la hidropesía. Sus soldados lo respetan; inflexible con la disciplina, al que más exige es a su pobre cuerpo enfermo.

Acaba de firmar la orden de fusilar al teniente coronel Juan Francisco

Borges, y ya partió el chasqui que la lleva de Tucumán a Santiago del Estero.

—*¡Ah, desgraciado Juan Francisco! Tan soberbio y tan díscolo, mi pariente Juan Francisco...*

Cuatro leguas al sudeste de Santiago, en la chacra de Santo Domingo, el prisionero aguarda su destino. Consciente de la gravedad de su situación, demanda la presencia de su confesor, el padre Ibarsábal. Y solo eso pide, que él, caballero cruzado de la Orden de Santiago, no implora clemencia.

El General duda.

El Congreso de las Provincias Unidas de Sud América, que meses antes declaró la independencia y continúa reunido en San Miguel de Tucumán, ordenó sofocar la insurgencia de Borges, quien depuso al teniente de gobernador Gabino Ibáñez, dependiente del Gobierno de Tucumán.

Lo sorprendieron en Pitambalá, húsares de Bustos y Lamadrid contra gauchos armados con chuzas ¡vaya hazaña!

Y él dispuso el fusilamiento del cabecilla. Pero él estudió leyes en Salamanca, no el arte de la guerra; jamás quiso ser señor de la vida y de la muerte.

Mientras el chasqui cabalga con la muerte bajo su rastra, duda el General. Borges es su pariente, por el lado de los Alba Bravo de Zamora. Sabe que siempre ha sido víctima de su carácter impulsivo; debió haber escarmentado con el fracaso de la insurrección anterior. No; él, General en Jefe, no puede actuar de otra manera, el mal ejemplo podría cundir. Sin embargo...

La lucha interior es aún más penosa que la del campo de batalla. Por fin, vence la misericordia y el General envía un segundo chasqui a Santiago llevando el perdón para el prisionero.

Pero luego piensa que no debió perdonar, que su afecto por el pariente prevaleció sobre los deseos del Congreso. Su sentido del deber le reprocha su flaqueza.

—*¡Cómo quisiera no ser señor de la vida y de la muerte!*



Envuelto en transpiración, vencido por el cansancio de la ronda nocturna y las maniobras de la mañana, el General se queda dormido.

Los dos chasquis se encuentran en la posta de Vinará, sobre el Camino Real, ya en tierra santiagueña. Uno, repuesto por un par de horas de sueño y unos amargos, se dispone a partir. El otro, recién llegado, ata el cansado reyuno al palenque y pide una sangría y un catre para tirarse un rato, solo un rato. Pero el maestro de postas los invita con un costillar asado, que ya está listo.

Junto al fogón se reconocen. Los dos son del lado de Las Trancas, en el norte tucumano. Altos y adustos, ahijados de un hacendado, el *Payo* Iramain, nadie duda de que también son sus hijos: los mismos ojos verdosos, felinos, sorprenden en sus rostros morenos, sobre los pómulos aindiados. Alguna vez estuvieron prendados de la misma china, pero esta prefirió a un pueblerito de Salta, y ellos se sintieron compañeros de desgracia. Buenos jinetes, son chasquis al servicio del general Belgrano. Parcos como todo gaucho, en el campamento se saludan con algún afecto. Sin embargo, hoy se tolean con un rencor nuevo:

—*Mozo hambreao, había resultao perro cimarrón pa' el asao.*

—*¿Y diáhi? Nomás faltaba que le pida permiso pa' comer...*

—*Y yo que creíba que solo le gustaba la carne e yegua.*

—*Yegua... tu agüela.*

El General sueña y en su sueño prosigue la lucha interior: fusilamiento o perdón, deber o misericordia, perdón o fusilamiento.

Los dos gauchos danzan ya su extraña coreografía, el brazo izquierdo protegido por el poncho, el derecho empuñando uno el perdón y otro el deber, ante el viejo maestro de postas de Vinará, impotente para separarlos.

El recién llegado se muestra diestro y, además, lo favorece su largo caronero. El otro, en desventaja con su facón corto, empareja la pelea con habilidad increíble. Por fin, este se estira a fondo y ensarta a su rival en el pecho, hundiendo la hoja entera hasta el ondulado gavilán de bronce.

El chasqui sigue viaje con la orden de fusilamiento, ante el griterío

inútil de la mujer del maestro de postas y la paciencia resignada del viejo.

El otro gaucho queda tendido, la esquila con el perdón atravesada por el cuchillo, bajo las ropas con las que allí mismo será enterrado, a pocos metros de las casas.

Allá, en el campamento de Tucumán, el General despierta de su corta siesta y de su sueño confuso, un duelo a cuchillo entre gauchos cuyas imágenes no puede retener, porque se esfuman en seguida.

Al llegar la orden, en el otro campamento, el de Santo Domingo, disponen la silla para el reo, al pie del algarrobo. Alguien menciona la posibilidad de un indulto o la conveniencia de aguardar una confirmación. El reo exige que no se haga esperar a un caballero cruzado. Suenan los cuatro tiros; por ahora no habrá autonomía para Santiago del Estero.

La sombra de Borges perseguirá al General los pocos años de vida que le aguardan. ¿Qué habrá pasado con ese perdón, de cuyo emisario nunca más supo? Pobre General, tampoco sabrá que los chasquis fueron marionetas que danzaban sujetas al hilo de su sueño.

Y también hoy lo asalta el recuerdo de Borges, también hoy, 20 de junio de 1820, que agoniza en su cama de la casa paterna, en esa Buenos Aires en la que ya no existe el gobierno central, la provincia tiene tres gobernadores y reina la anarquía.

—*Para qué todo el sacrificio. ¡Pobre patria mía...!*

Cuentan los paisanos de Río Hondo que, aún después de muchos años, a los viajeros que hacían noche en la posta de Vinará, un roce muy leve o un sonido muy quedo los despertaba, y junto a su cabecera un gaucho pálido suplicaba que leyeran un papel ensangrentado; un gaucho al que creían haber soñado, porque en seguida se esfumaba, como aquella siesta en que el General soñó que la hoja del facón entraba entera, hasta el ondulado gabilán de bronce y no llegó el perdón para Borges.



La moneda de Ibarra

(1824)

A Macarena

¿Lustre? No, yo no quiero lustre.

Que ese lujo se lo den los medallones del Primer Centenario de Mayo, esos Narcisos que gozan al verse reflejadas en el cristal de la vitrina. Les cuento que uno se hizo dar un baño de plata, como Cleopatra con la leche de burra. ¡Si será manflora!

Yo no; yo soy perfil bajo: chiquita, obscura, gastada por la vida. Sin embargo, valgo mucho más que ellos; lo dijo el numismático de Buenos Aires, que me iluminó con su lupa y aconsejó que no me quiten mi túnica patinada.

Algunos de ustedes están de visita y no me conocen. Viví muchos años en la casa de los Díaz Gallo. Ahora estoy aquí, frente a la plaza principal de la madre de ciudades, en este edificio donde mataron al hermano del gobernador José Domingo Santillán. Le dicen Cabildo, fue Casa de Gobierno y después Jefatura de Policía. Ahora es parte del Centro Cultural del Bicentenario, un orgullo para Santiago ¿no les parece? Pero les diré algo más sobre mí.

Nací en el año del Señor de 1823, acuñada en la ceca de Santiago de Chile por encargo del caudillo Ibarra. Como les dije, valgo mucho, aunque soy de un real; tengo dos ramas de laurel y un sol en una de mis caras y dos lanzas cruzadas en la otra, como símbolo de la Federación que defendió mi padre, don Juan Felipe. Estoy hecha de plata de baja ley, pero soy legítima. En cambio, tengo hermanas que son falsas –*falsas de época*, dicen los coleccionistas, casi tan viejas como yo. En la casa de los Díaz Gallo tuve por compañera a una de ellas. No conocía su condición

y les juro que yo no abrí la boca (todavía no vivía a mi lado cuando a mí me legitimó el experto). Una mañana, una mano codiciosa la hurtó, levantando apenas el vidrio del exhibidor. Brillaba más que yo y eso la perdió: el ladrón la eligió a ella. Por eso, yo no quiero lustre, a mí déjenme negrita nomás.

Estas hermanas, las impostoras, arrastran un pasado de sangre que ustedes no conocen. Les contaré. Digo, si quieren escuchar.

¿Conocen la historia del francés Sauvage, de Miguel Sauvage? Bueno, él es el padre de mis hermanas falsas. Pero todavía no lo condenen, esperen que les cuente y después lo juzgarán.

Llegó a Santiago diciendo ser químico, farmacéutico y astrónomo. Algún capital traería porque abrió una botica muy paqueta, a media cuadra de la casa del caudillo Ibarra, que era también Casa de Gobierno.

En la botica se armaba tertulia todos los días, el francés era buen anfitrión y contaba costumbres de su pago. Además, había viajado mucho y estaba siempre alegre. Un pedazo de hombre enorme, de pelo colorado, que cuando reía hacía temblar las retortas y los tubos de ensayo. Lo más granado de la sociedad de Santiago pasó por la botica, hasta el propio gobernador se dejó caer un par de veces.

Me duele confesarlo: yo fui su perdición. Escuchen. Una tarde de invierno, al terminar la tertulia, don Cenobio Figueroa le compró unos medicamentos que pagó conmigo. Yo era jovencita, recién llegada del otro lado de la cordillera, una verdadera preciosura. Creo que se enamoró de mí a primera vista. Ya no habló más; me apretó fuerte en su manaza y allí me sostuvo hasta que se fue el último contertulio. ¡Pobre! Debe haber temido perderme y concibió la idea de repetirme, de hacer copias exactas de mí, vean el antojo. Estoy segura de que lo motivó su alma de artista y su miedo de que yo lo abandonara.

Allí mismo, en el fondo de la botica, comenzó a reproducirme. Tenía todos los elementos y derritió un candelabro de plata. Tan diestro era que, cuando se supo todo, algún mal pensado imaginó que ya lo había hecho antes, en su Francia natal. Y hasta que por eso se tuvo que venir a América. ¡Habladores!

A los pocos días tenía yo ciento cincuenta hermanas, tan donosas

como yo. Pero parece que fue un delirio pasajero: solo a mí me quería. A mis hermanas las iba dejando en la mesa de juego o las daba en pago de mercadería para la botica.

Todo iba viento en popa cuando una mañana sentí en la palma de su mano una transpiración helada. ¡El caudillo lo mandaba llamar! Al parecer, algunas de mis hermanas espurias habían sido detectadas y se sospechaba de él. Me metió en el bolsillo y fuimos sin chistar. Un ordenanza nos hizo pasar y allí aguardamos más de una hora, yo siempre apretada, muy apretada en su palma, como si fuera un amuleto que le brindara seguridad.

Llegó el saladino y ni la mano le tendió. Se sentó frente a su escritorio, mirada autoritaria, pelo lacio y negro, cara larga con patillas, sin asomo de barba ni bigote, labios finos, cubría su frente estrecha con una vincha colorada, mojada en vinagre, que usaba cuando le dolía la cabeza. No quiso oír explicaciones ni aceptó verme cuando fui ofrecida como prueba de inocencia.

La advertencia fue clara. Esta vez lo perdonaba; la próxima, cien azotes. Dicho esto, se enfrascó en unos papeles y ni se dignó mirar al francés, que salió protestando, cuidando que el caudillo no lo oyera.

Por prudencia, mi dueño ya no se desprendió de mis hermanas falsas; las tenía guardaditas en lo alto de una estantería, como si renegara de ellas.

La desgracia llegó con un forastero, un cordobés. Infatuado el hombre, como todo el que venía de *la docta*, esa ciudad que era hija nuestra, pero que se jactaba de tener Universidad y haberse llevado nuestro Obispado. Con su tonadita, ofreció jugar unas manos de mus.

¡Ah!, no les conté; cuando la tertulia terminaba, en la trastienda se jugaba un poco, para *despuntar el vicio* –decía don Filemón Palacio. Pero todos vieron que esta vez la cosa sería distinta. Apenas sentado, el recién llegado sacó una moneda de ocho reales de oro; una belleza reluciente, recién acuñada en la ceca de Córdoba, explicó. La puso sobre el tapete y los contertulios se fueron yendo de a poco: la parada era demasiado alta. Con los años, se me ha dado por pensar que esa ricura era

rubia teñida. Capaz nomás.

La seductora destellaba sobre la mesa, hipnotizando a mi dueño. Si parecía que le hacía guiños, invitándolo a que la haga suya. (Algunos dijeron después que la quería para hacer copias ¡Habladores, más que habladores!)

La tentación fue demasiado grande. Aceptó el envite y puso, frente a la cordobesa, una torrecita donde se encaramaban ocho de mis hermanas falsas. Perdió.

El destino tejió su trama y al día siguiente el Gobernador recibió, del encargado de la renta de tabaco, dos de mis copias. Seguro que ellas se alegraron de contribuir a su desgracia por el abandono en el que las tuvo. Además, siempre me tuvieron celos.

Al mediodía cayó el piquete de soldados y se llevaron a mi dueño al lugar que llamaban el cuartel de Ibarra. Me contó un facón de plata, que donó don Mariano Paz, que ese cuartel estaba donde después fue la quinta de la familia Iramain Gorostiaga, y ahora se levanta la capilla de las Franciscanas, justo frente al Automóvil Club. Seguro ustedes conocen.

Me pesa recordarlo: el francés me ofreció al sargento Barraza, que comandaba el piquete, para que mintiera que no lo había encontrado. Ahí se equivocó fiero; el sargento veneraba al caudillo y fue para peor.

Ya en el cuartel, lo ataron a un naranjo y el mismo sargento Barraza le aplicó los cien azotes, sin perdonar uno. Sabrán que tenía el brazo más fuerte de la Confederación. Macho el francés: ni un quejido. La espalda le quedó como mapa trazado con tinta roja.

Los azotes no le dolieron tanto como la humillación. ¡Ser azotado él, como un esclavo o un animal! ¡Él, pariente de los Luises de la Francia!

No volvió a abrir la botica. Se lo pasaba en la trastienda, con la mirada perdida, rumiando su venganza. El odio lo consumía, hasta a su mujer y a sus dos hijas descuidó. Me daba mucha lástima.

Pero allí viene ese grupo de turistas. Suspendamos la historia hasta esta noche.

Ahora que está el museo en sombras y si no los aburro, sigo con mi

historia. ¡Ah!, si se acerca don Mariano Santillán, no se me asusten, es inofensivo y le gusta escuchar mis historias. Lo mataron aquí, abrazado a su hermano. Pero no nos distraigamos.

Les cuento que, por fin, una noche sin luna se presentó pintada para la venganza.

Se deslizó con su escopeta de caza, llevando de la rienda a su mejor caballo. Los dos soldados de guardia conversaban en el frente, donde hoy está la entrada al gran teatro, y no se alarmaron. Así llegó hasta la ventana del dormitorio de Ibarra. Sabía que los postigos no se cerraban nunca. Separó despacito las cortinas y apuntó al bulto odiado, que dormía como un angelito.

Todo el Barrio de las Catalinas despertó, con el rugido de los dos cañones de la *La Francotte*, cargados con munición para jabalí europeo. Trepó a su caballo y escapó a todo galope. Yo, desde su faltriquera, lo oí repetir todo el viaje como un loco: *Ya pagaste, indio shalaco, azotagme a mí, a mí...*

Quién sabe qué caminos tomó y por dónde cruzó el *Mishqui Mayu*, pero al día siguiente estaba en un rancho de las afueras de Tucumán, en lo que hoy llaman Banda del Río Salí. Un paisano viejo, que lo conocía de antes, lo cobijó. Para no llamar la atención, ocultaba la llamarada roja del pelo con un pañuelo, al estilo gaucho. Un par de meses, ni a la puerta del rancho salió.

Lo perdió su pasión por la caza. Unos paisanos amigos del que le daba albergue, le hablaron de las tropas de pecaríes y majanes, con que se topaban en sus correrías por el norte santiagueño. Uno había visto hasta quimileros, esos chanchos grandotes que andan en pareja.

Allá fue el francés, provisto con víveres para varios días y la *La Francotte* que le había servido para vengarse. Y yo siempre en su bolsillo; si de verdad era su amuleto, esa vez le fallé.

Se confió por estar en el monte y no se cubrió la cabeza. En un abra se topó con un piquete que traía prisionero a un unitario salteño. Tenían su descripción. Ver a ese hombrón con escopeta en bandolera y pelo colorado y detenerlo, fue una sola cosa. Eso sí, se necesitaron cuatro milicos para reducirlo.

¡Ibarra vivo! Sauvage no entendía ¿sería el Zúpay para sobrevivir a la munición para jabalí?

Por lo que conversaban los soldados, supo la verdad.

Pasó que Ibarra, la noche del atentado, tenía que reunirse con la Cirianna, la que fue madre de su hijo Absalón. Sí, ese, el que vivía en esta misma cuadra y fue dos veces gobernador; ustedes han visto su retrato. ¿Cómo? Sí, ya sé que el caudillo nunca lo reconoció. Como tantos casos en esa época; sin ir más lejos... No, no me hagan hablar, mejor sigo.

A Ibarra lo visitaba un amigo llegado de Tucumán, el doctor Damián Garro. Como él tenía la cita, le ofreció su cama más cómoda. Parece que el huésped quedó como criba: los perdigones le dieron de lleno y no se desperdió ni uno. Pasó a mejor vida sin despertar, en eso fue suertudo.

Al francés, saber que no se había vengado lo enloqueció de rabia. ¡Todavía oigo sus carcajadas!

Lo fusilaron al día siguiente, en el mismo cuartel donde lo habían azotado. Murió como un valiente, sin venda en los ojos, insultando al *indio shalaco*, como él llamaba al padre de nuestra autonomía.

A mí me encontró en su bolsillo el propio sargento Barraza, me miró con desprecio, piensen que para él yo era el real que quiso comprar su fidelidad. Me entregó al ministro Gondra y aquí me tienen, vieja, pero admirada por todos los visitantes.

¿Qué mis hermanas falsas andan por Buenos Aires y hasta por Europa, relucientes, floreándose en colecciones famosas y exhibidas en exposiciones? Que les aproveche.

A mí déjenme como estoy, negrita nomás, pero sabiendo que soy auténtica; mejor morochita que rubia teñida.

¿Lustre? No, yo no quiero lustre.



El viaje

(1840)

El Capitán se dispone a partir y lleva apuro (por finalizar su viaje lleva apuro).

La revolución contra el caudillo Juan Felipe Ibarra ha fracasado y ahora el Capitán debe emprender este viaje. Muchos fueron los brazos que en el Polvorín lancearon al coronel Pancho Ibarra, el hermano del caudillo; pero el Capitán asumió, él solo, la responsabilidad por su muerte: que se salven los que quedan, que se libren del fusilamiento, que se libren –sobre todo– del enchalecamiento (el espantoso suplicio del retobo de cuero).

Ahora el Capitán debe partir. Después de todo, el recorrido, aunque incómodo, será corto (apenas más largo que el paseo que acostumbra hacer, con su familia, los domingos de invierno, gozando del sol tibio y admirando el rosado de los lapachos en flor).

Invitado a entrar en su transporte, el Capitán lo hace, inclinando mucho la cabeza y acomodando el cuerpo para el viaje. Se introduce con aire decidido, sin ceremonias ni adioses: esta vez lleva apuro.

Cuando adivina que todo está listo, imparte al Sargento que lo conducirá, con voz marcial, la orden de partida (aunque no cree ser oído). Está en paz con Dios, pero, como le enseñara su madre desde niño y él continuó haciéndolo siempre, al partir en un viaje o antes de una batalla, reza un Padre Nuestro; esta vez le agrega un Pésame (“perdona que esta vez no me golpee el pecho”).

El caballo arranca al paso.

Con los primeros zangoloteos del viaje, se le da por pensar en su mujer y en sus dos pequeños hijos, y una ternura honda deviene en sollozos. (Se repone enseguida: cuando llegue a destino, nadie encontrará huellas de llanto en su rostro). Ya lo tiene decidido: el mayor será, como él, militar. El segundo se doctorará en Córdoba, como el abuelo.

Por el traqueteo, el Capitán se siente algo mareado, además, lo sofoca el polvo blancuzco de la calle, que se cuele por los intersticios.

El caballo se pone al trote lento.

La oscuridad y el encierro le impiden ver la edificación chata que rodea a la Plaza Mayor. Curiosamente, lo persigue una idea ¿devolvió al teniente Goncebat los diez reales que este le prestó una noche de juego? El enfadoso movimiento no le permite recordar (parecería que el jinete que lo conduce se complaciera en hacer bailar al pasajero, pero imposible asomarse y recomendarle más cuidado). El pensamiento vuelve: y si no fuera así ¿no debió encomendar que se los pagaran? Cree haber saldado esa deuda, honestamente cree haberlo hecho, quizá aquella noche en que le tocó una racha buena en la fonda del andaluz; le hubiera gustado aclararlo antes del viaje. (Además, si logra distraerse un poco, el viaje se le hará más corto y soportará mejor sus incomodidades).

A pesar del encierro y los tumbos, en la oscuridad, cree oír una voz solitaria vivir su nombre (por fin un “viva” entre tantos “muera”).

El caballo emprende un galope corto. (Las calles de tierra apisonada son tan desparejas que, por momentos, le parece viajar rodando de cabeza).

Ya recuerda con claridad: pagó su deuda al Teniente (hasta recuerda quiénes fueron testigos). Ahora solo espera que se salven los que quedan, que se libren del fusilamiento, que se libren sobre todo del enchalecamiento (el espantoso suplicio del retobo de cuero).

El Capitán lleva apuro por finalizar su viaje, lleva apuro. Intuye que está pasando frente a la Iglesia Matriz (le impiden persignarse la postura y el apuro).

A los brincos, rueda y rueda el Capitán (la cabeza entre las rodillas, los brazos muy pegados al cuerpo...). Al llegar a la esquina de la Acequia Real pierde el control de los esfínteres; la razón, a la media cuadra (solo



entonces comienzan a escucharse, muy apagados, esos gritos como aullidos).

Cuando el sargento Sofanor Barraza regresa al cuartel de Ibarra, una vez terminada su vuelta alrededor de la plaza, dos milicianos cortan los tientos de la pelota de cuero que aquel arrastró, botando y rebotando, atada con un lazo a la cincha de su caballo. En su interior, el capitán Santiago Herrera, retobado en cucullas, es un pedazo de carne sangui-nolenta, del que acaba de huir la vida, espantada.

El Capitán ya no tiene apuro.

Con el potro de su pueblo ya dócil entre las piernas, el caudillo se alborozaba: “Pancho, te estoy vengando” (y el rostro de Don Juan Felipe Ibarra es una esfinge).



El alfiler de corbata

(1840)

La revolución del 25 de septiembre ha fracasado y el caudillo, transido de dolor, ha jurado vengar a su hermano Pancho Ibarra, asesinado a lanzazos en el polvorín del oeste la ciudad. El nombre de don Baltasar, gracias a que se encontraba en Buenos Aires por sus negocios, no figura entre los cuarenta y un firmantes del acta (muchos de ellos están sufriendo destierro en el temido Bracho o han muerto, algunos fusilados y otros en el terrible tormento del retobo de cuero). Uno de los más comprometidos es su cuñado –su amigo de la infancia, casi su hermano–. Don Baltasar sabe dónde se encuentra, vaya si lo sabe, puesto que él mismo se ocupa de enviarle secretos mensajes a su estancia de Matará, adonde permanecerá oculto hasta que amaine la vigilancia en los caminos y pueda huir a Córdoba.

Don Baltasar está indignado. Esta misma mañana la soldadesca ha vuelto a irrumpir en casa, en busca del fugitivo. Como ya lo hicieran dos veces en su ausencia, ante la aterrada mirada de su esposa, de sus hijos, de la servidumbre, han llegado hasta el tercer patio del larguísimo caserón, revolviendo todo a su paso, sin importarles su presencia ni su reclamo airado.

Don Baltasar ha resuelto tomar el toro por las astas y visitar a la fiera en su cubil; allí mostrará su indignación por las irrupciones de la partida de soldados. Se mostrará digno y firme. Caramba: ¡algún respeto habrán de merecer sus canas y su sangre patricia! Si hasta parientes son, por el lado de los Paz y Figueroa. Parece mentira que este saladino bárbaro pueda llevar su misma sangre. En Buenos Aires lo consideran un verdadero indio, desde que, trece años antes, recibiera al emisario

presidencial, doctor Manuel de Tezanos Pinto, portador de la Constitución unitaria –de levita y galera en el calor de la siesta santiagueña–, vestido con camisa, calzoncillos y pañuelo colorado atado a la cabeza; “en un traje semisalvaje –informaría el escandalizado delegado– tomado de propósito para poner en ridículo al Soberano Congreso”. No solo eso, sino que se negó a recibir la Constitución y conminó al emisario a abandonar la provincia. Y ahora está a partir de un caramelo con el otro tirano, el de Buenos Aires...

¡Pero ahora lo oirá! Está dispuesto, no solo a afirmar que desconoce por completo el paradero de su cuñado, sino que, si lo conociera, ¡no se lo diría! Don Baltasar viste las severas ropas negras que no usa desde que dejara su cargo en la Sala de Representantes, hace ya muchos años. De la caja de caudales saca sus gemelos de oro y, en el fondo, alcanza a ver el alfiler de corbata que heredara de su padre, hecho con la antiquísima moneda traída de Tierra Santa por el antepasado Cruzado. Don Baltasar lo toma, nunca se lo ha puesto, pero esta ocasión lo merece.

Ya en la casa que sirve de vivienda y de Casa Gobierno a la vez, es anunciado por un ordenanza. A don Baltasar la espera se le hace interminable. Bajo el empaque forzado, para simular su desasosiego, frota y frota la moneda del alfiler de corbata; ahora la aprieta, la aprieta con tanta fuerza, que en la yema de sus dedos se marcan la efigie romana y los caracteres en latín, gastados por el tiempo. Por fin, la angustiada espera termina. El caudillo, sentado tras el gran escritorio, con un gesto, sin apenas levantar la vista, le indica una silla ubicada frente a él. Don Baltasar se sienta y habla; habla hasta que los ojillos de mirada torva del déspota se van iluminando bajo la frente estrecha; habla hasta que los labios delgados, crueles, se curvan en una sonrisa satisfecha; habla hasta que, al llamado imperioso, acude el ordenanza, que parte con la orden perentoria hacia el fondo de naranjos donde holgazanean los soldados.

Don Baltasar ha regresado a su casa; ya en su dormitorio, se despoja de sus ropas y las arroja al suelo. Sobre la mesa de luz de caoba, que hace juego con el pesado dormitorio traído con tanto trabajo y costo, desde Lisboa a Buenos Aires, y desde allí, a lomo de mula, hasta la ciudad de Santiago del Estero, tira el alfiler de corbata, que ya no volverá a usar. Su esposa, que acaba de llegar de la calle, encuentra su cadáver aún tibio, colgando de la horca improvisada. En la cara amoratada, los ojos desor-



bitados de don Baltasar parecen aún asombrados por su delación, por la traición incomprensible que acaba de condenar a su hermano político, a su amigo predilecto, al suplicio y a la muerte.

Un siglo y medio más tarde, George Handsome, conocido especialista del Instituto Numismático de Buenos Aires, observa en el Museo Histórico de la Provincia el alfiler de corbata que perteneciera a don Baltasar. Sorprendido y admirado, Handsome ilumina con su lupa la efigie romana y los caracteres latinos de la moneda solitaria y se pregunta con nostalgia cuál habrá sido el destino de los otros veintinueve denarios.



Doña Ignacita

(1841)

El jinete, extenuado, acaba de entrar en la ciudad de Santiago del Estero, apenas disipadas las últimas sombras. Ha cabalgado desde Tucumán, viajando de noche para eludir las partidas de soldados enemigos. Los ecos de la batalla de Famaillá aún resuenan en sus oídos; Oribe los ha vencido y ya todo está perdido para la Coalición unitaria. El general Lavalle, guiado por el baqueano santiagueño Alico Ferreyra, rumbea para el lado de Salta y Jujuy, procurando llegar a Bolivia; también hacia el norte intenta escapar Marco Avellaneda. Pero él ha resuelto dirigirse hacia el litoral, desde donde intentará llegar a Montevideo. Allí será más útil para la causa de la libertad; su pluma, el arma que siempre ha dominado, será más eficaz que los sables y fusiles que acaban de resultar impotentes contra el ejército federal.

En el bolsillo de la elegante casaca, que un tosco poncho oculta, guarda una carta de recomendación para una prestigiosa familia santiagueña, los Frías, que ya han ofrendado dos mártires para la causa de la libertad: los presbíteros Manuel y Felipe, fusilados un año atrás por orden de Rosas, en los Santos Lugares. La misiva, escrita por el secretario de Lavalle, Félix Frías, está dirigida a doña Apolinaria Frías de Rueda; en su casa pedirá asilo hasta que pueda seguir viaje, siempre al amparo de la noche.

Mientras se guía por el plano que le dibujara Frías, preguntar sería una imprudencia, el unitario siente que un sudor helado se suma al producido por el cansancio: tiene miedo. Sabe que su vida no valdrá un real si el tirano Ibarra llega a enterarse de su presencia en la ciudad. No le teme tanto a la muerte, como a las vejaciones, a la tortura, al horrendo

retobo de cuero utilizado por Ibarra para la ejecución de sus enemigos más enconados. Y a él, hombre de consulta de Lavalle, exministro de Rivadavia, uno de los más conspicuos proscriptos de Montevideo... ¿Qué otra suerte podría caberle, si llegara a caer prisionero? En la ciudad ya debe conocerse el triunfo federal: la caballería santiagueña ha jugado un papel destacado dentro del ejército triunfante.

Por fin, a dos cuadras de la plaza, encuentra la casa en la que espera le brinden refugio, aunque sabe que quienes lo hagan también arriesgarán sus vidas, si acceden a ocultarlo. El viaje ha durado más de lo conveniente: cuando golpea la aldaba con forma de cabeza de león, un enorme disco rojizo, que parece emerger del mismo río Dulce, comienza a iluminar las calles de la vieja ciudad, en esa primera mañana de primavera.

Doña Ignacita Frías acaba de llegar de su diaria misa en Santo Domingo, la iglesia del barrio de las Catalinas, erigida en el sitio que perteneciera a los jesuitas. El cuerpo menudo y grácil, envuelto en ropas negras, ha recorrido con paso rápido las dos cuadras que van desde la iglesia a su casa, que es la de su cuñado, don Pedro Ignacio Rueda. A su paso, las criadas de la familia Díaz Gallo la saludan con respeto. La negra mantilla de encaje contrasta con la impresionante blancura de su cara. Los ojos glaucos y vivaces, que tantos suspiros levantaran años atrás, se alarman cuando advierten al extraño que golpea el llamador con insistencia, mientras sostiene las riendas de un caballo con evidentes muestras de agotamiento.

El sargento Sofanor Barraza marcha al frente de uno de los piquetes de soldados, encargados de buscar al fugitivo, cuya presencia en la ciudad se sospecha.

La búsqueda se realiza casa por casa y comienza por las de los unitarios más reconocidos. Es el mismo sargento Barraza que luchó como bravo en Famaillá el que ha traído el rumor desde Tucumán y lo ha corroborado a medias en las postas del camino. Y es el propio Juan Felipe Ibarra, el caudillo por quien Barraza daría gustoso la vida, quien le ha recomendado su captura, vivo; en eso ha puesto énfasis: vivo. Demasiado sabe el fiel sargento por qué: la sombra del capitán Santiago Herrera, botando y rebotando dentro de la pelota de cuero, atada a la cincha de un caballo jineteado por el mismo Barraza, está viva en su memoria. Desde el cuartel de Ibarra arrastró, hace justo un año, su macabra carga,



dando una vuelta a la plaza para escarmiento de traidores. El unitario tuvo suerte: cuando regresaron ya estaba muerto. (Corajudo el mocito, debe reconocerlo).

Igual destino le espera a este otro. Y si es él quien tiene la suerte de encontrarlo, le pedirá al caudillo ser otra vez el encargado del suplicio. Y si la orden es degollarlo, también pedirá el honor para sí; su fidelidad hacia Ibarra, la confianza que este le dispensa, hacen que no haya, entre la soldadesca federal, otro más merecedor de tal distinción que él, curtido en tantas luchas a órdenes de su caudillo, a quien venera desde que, siendo poco más que un niño, peleara a su lado en las batallas de Tucumán y Salta, y a quien acompañara, a su orden, en su cargo de comandante de la frontera de Santiago del Estero, en el fortín de Abipones, designado por el mismísimo general Belgrano. Desde entonces lo ha seguido, sin decaer jamás su fervorosa admiración.

La partida de soldados irrumpe en la casa patricia. Los fuertes alda-bonazos parecen resonar aún en la siesta santiagueña con eco siniestro. Ante la ausencia del dueño de casa y de su esposa –desde hace varios días en su estancia de Matará–, es doña Ignacita la encargada de atenderlos. Ella es quien ha abierto la puerta, ella es la que los acompaña a lo largo de salones y dormitorios, donde no ha quedado rincón sin revisar, pese a sus tímidas protestas.

Perturbada, Ignacita cree reconocer a quien comanda la partida. ¿Acaso no es el mismo soldado montaraz al que más de una vez sorprendió admirándola, como si fuera un fruto prohibido? ¿Eso aumentará el ensañamiento de ese bárbaro? ¿O en el fondo de su alma oscura habrá lugar para la piedad? Las viejas criadas, aterrorizadas, se han ocultado en sus dormitorios, a la altura del tercer patio. Por fin, la partida ha llegado hasta la amplia cocina, ya en el fondo de la larga casa. Desde allí, la orden brusca del sargento Barraza:

“¡Soldados, retirada!” los vuelve disciplinadamente hacia la calle, con el sabor del fracaso entre sus labios. Pero seguirán buscando, durante el resto del día seguirán buscando.

Muchos años después, en la pulpería cercana al que todavía llaman “el polvorín de Ibarra” en el barrio de Cantarranas, y que hace cruz con el cementerio –lugar frecuentado por milicianos y exmilicianos–, el sar-

gento Sofanor Barraza, ya blanca la barba renegrida, toma una sangría en compañía de sus recuerdos. Ha muerto su idolatrado caudillo y sus sobrinos se disputan su sucesión. Hasta el otro caudillo, el de Buenos Aires, ha caído y dicen que vencido por otro federal. A él no le interesan esas cosas de la política y menos ahora, que don Juan Felipe ya no está y él se ha retirado de la milicia. Los parroquianos, que lo conocen, se limitan a saludarlo con cauteloso respeto; saben que es de mala bebida y cuando sus ojos de tigre se inyectan en sangre por el alcohol, nadie se atreve a sentarse en su mesa si no es convidado; y él no está para convites. A veces habla solo y parece que se disculpara ante alguien, hasta alguno cree haber oído la palabra traidor pronunciada por su bronca voz aguardentosa. En su mente, vuelve el recuerdo de aquel día, obsesivamente vuelve. Él, al frente del pelotón, se adelanta al descubrir la puerta de la alacena empotrada en la pared, engañosamente entreabierta; de un manotón separa los manteles colgados, convenientemente dispuestos y, tras ellos, su mirada felina descubre, encogido, hecho un ovillo, al salvaje unitario tan buscado. Su fuerte mano callosa ya lo toma del pelo para arrastrarlo fuera, cuando sus ojos tropiezan con los ojos de doña Ignacita, tropiezan con su súplica muda, desesperada... Solo él ha alcanzado a ver al unitario. Al anochecer, Julián Segundo de Agüero abandonaba la ciudad, vestido de mujer.

Los parroquianos que se encuentran en mesas vecinas y le oyen ordenar con voz estentórea “*¡Otra sangría!*”, ocultan su sonrisa cuando, a veces, confunde la orden: “*¡Soldados, retirada!*”. Pero Sofanor los ignora con desdeñoso silencio y vuelve a buscar en el fondo del vaso, del toscoso vaso de vidrio verde, los ojos verdes de doña Ignacita, que lo miran con agradecimiento infinito.



¿Qué te pasa, Mariano?

(1908)

—¿Qué te pasa, Mariano? Tu sangre me viste, me oculta, quizás me salve. Quedémonos así abrazados, Mariano, como cuando éramos chicos y en las noches de tormenta te quedabas conmigo hasta que me dormía; eras el hermano mayor.

Los revolucionarios se han apoderado de la Casa de Gobierno.

—¿Recuerdas, Mariano, cuando casi te ahogas en la represa, aquel verano en Guasayán?; yo te salvé, estabas frío, casi tan frío como ahora. ¿Qué te pasa, Mariano? También entonces pregunté ¿qué te pasa, Mariano, que no respiras? Y ahora, Mariano ¿por qué no respiras?

El grupo de choque contratado en Corrientes ha entrado a sangre y fuego. La primera víctima fue el centinela. Luego le siguieron otras tres, mientras subían la escalera de mármol. Ahora, a matar al gobernador José Domingo Santillán, que a eso han venido.

Al entrar al despacho, entre el humo de los disparos y los ayes de los heridos, el hermano del gobernador lo abraza para salvar su vida. Una bala lo hiere y se derrumban juntos.

—Abrazame fuerte, Pepe; tengo frío. Te cubriré con mi sangre, creerán que estás muerto, como yo, que casi lo estoy.

Largo rato se prolonga, sobre los encerados listones de pino que cubren el piso del despacho del gobernador, el macabro abrazo. José Domingo le habla muy quedo al oído:

—¿Qué te pasa, Mariano? No me dejes. Si salimos de esta, voy a necesitarte más que nunca, Mariano.

El humo de los disparos hace irrespirable el ambiente. Un cortinado empieza a prenderse fuego, que se propaga a las alfombras.

—*Contéstame, Mariano ¿Por qué no me contestas?*

La Casa de Gobierno es un pandemonio.

Uno de los correntinos tropieza con ellos:

—*Estos dos ya clavaron las guampas, ñamembuí.*

El que lo sigue le da un puntapié al bulto, como para cerciorarse; y siguen.

—*Creo que me salvaste, Mariano. Me cubre tu sangre, que es mi sangre.*

Algo sucede afuera. La turbamulta se acerca a las ventanas, del otro lado de las rejas; alguien ofrece parlamento.

—*Tu cuerpo se enfría, Mariano.*

Las tropas del Regimiento 19 de Infantería entran en la ciudad y se hacen cargo de la situación. La revuelta de 1908 está vencida.

El Gobernador intenta ahora separarse de ese cuerpo que se va poniendo rígido. Lo estremecen esos brazos que lo envuelven y se agarrotan.

—*Ya no me abrasces, Mariano. Suéltame.*

Por fin logra desprenderse y se pone de pie. Nunca se sintió tan cerca de la muerte (ni aun cuando lo secuestraron en el tren, tres años atrás).

El cuerpo de Mariano queda tirado en el despacho de su hermano José Domingo, allí en el primer piso de la Casa de Gobierno, frente a la plaza de la ciudad vieja. Alguien le tira encima una alfombra chamuscada.

—*No lo toquen, ya viene el médico forense.*

Cuentan que tuvieron que quebrarle los brazos para cerrar el féretro: le habían quedado extendidos, como queriendo prolongar su abrazo.

Cuentan también que cuando en el viejo edificio, frente a la plaza, se apagan las luces detrás de los últimos visitantes, algún turista rezagado

ha visto una sombra alta y delgada que cruza el patio de las palmeras y pisa, leve, el mármol de las antiguas escaleras; es Mariano Santillán que busca a su hermano José Domingo, el gobernador.



La función de gala

(1910)

Don Ignacio lleva a cabo su rito diario. Apoyado en su bastón, llega frente a su escritorio y despliega el enorme rollo. Sobre cada uno de los apellidos sonoros, escritos con tinta china, está dibujado un escudo heráldico y estos resaltan con la última luz de la tarde, a través del ventanal del primer piso, justo frente al gran Teatro que, ante su total indiferencia, se inauguró cuatro días antes y está en boca de todos. Los colores en el papel de la ejecutoria fulgen: oro, gules, plata, azur, sinople...

Es este ya el único placer en su vida solitaria de solterón maduro postrado por la gota. Y este placer no lo comparte. Ni a esos primos lejanos, que lo visitan en forma cada vez más espaciada, les ha mostrado su preciado tesoro. Afamados heraldistas se esmeraron para realizar tan magnífico trabajo, a través de la mediación del pariente que aún mora en la antiquísima casa solariega. Allí están las firmas y los sellos lacrados que dan fe de su autenticidad: el rey de armas de Navarra, las Reales Chancillerías de Valladolid y de Granada, la Junta General de Guipúzcoa. Nueve años aguardó Don Ignacio por él y su costo le llevó el resto de su fortuna. Pero en estos ratos que pasa observándolo, acariciándolo, se siente pagado con usura: vuelve a ser el señor al que el pueblo llano debe respeto, aunque no tenga ya mesnada y su señorío se encuentre reducido a este caserón con ventanal en el primer piso, frente al flamante Teatro, en el centro de la ciudad vieja.

Don Ignacio ya no sale. ¿Qué puede importarle el nuevo barrio sirio que ha comenzado a formarse junto a la plaza principal? ¿O el parque y su plantación de eucaliptos, que se inicia a dos cuadras de su casa y llega hasta el río? Sus ascendientes trazaron esta ciudad hace más de tres

siglos y medio y emparentados por sucesivos matrimonios han conducido sus destinos como capitulares, regidores, alcaldes, gobernadores... Ahora siente que la ciudad vieja le ha sido quitada, arrebatada por los gringos vocingleros, que con su hablar gesticulante han invadido las calles, ¡hasta el club! Don Ignacio ha enviado a la comisión directiva una nota de renuncia tajante, enérgica, donde advertía que si las cosas seguían así ¡en diez años más se apoderarían de la Casa de Gobierno, de los Tribunales, de la Legislatura, de la Intendencia! Ni le contestaron. Don Ignacio ya no sale, su ciudad ya no es su ciudad.

Además, debe cuidar sus gastos. Desde que murieron sus padres, todo se lo ha ido llevando el tratamiento de su dolencia. Hasta la estancia de Matará ha debido venderse y ya no recibe de allá los melones sabrosos ni la miel, la rica miel que tanto bien le hacía. Y el Gobierno ha dejado de pagarle la pensión. ¡Ingratos!, con lo que su sangre ha aportado a la ciudad durante siglos...

Don Ignacio sigue desplegando el enorme pergamino que cuelga ahora por detrás del escritorio. Ha llegado a la parte que más le atrae; aquí, sobre los coloridos escudos heráldicos que vistosos lambrequines resaltan, aparecen las coronas correspondientes a los títulos nobiliarios; y lucen las de barón, vizconde y conde; hasta la de un marqués. Don Ignacio siente que el orgullo por su linaje lo invade como un calorcito reconfortante que lo pone al abrigo del frío de mayo, que se cuele por el ventanal. Hasta de comer se olvida. Hasta de su soledad se olvida. Hasta del amor que dejó pasar una vez por sospechar en la mujer amada una veta de sangre mestiza, se olvida. Está tan reconcentrado, que no ha advertido la espléndida iluminación del gran Teatro, colmado de mujeres vestidas con lujo y hombres de etiqueta; la función de gala pronto tocará a su fin.

Don Ignacio está decidido a dilucidar el punto de una vez: en campo de plata, un manzano de sinople, sí; pero el manzano ¿es frutado de oro? Así lo afirman los autorizados heraldistas. Sin embargo, aquel escudo que se encontraba en la carpeta forrada en piel que fuera de su padre... Con mucho esfuerzo la baja del último estante de la biblioteca y sopla el polvo que la cubre. Sí, allí está el escudo que busca y también, entre la tapa y la piel que la cubre, asoma apenas la punta de un papel amarillento, un papel por el que la criada aindiada, que muriera hace



un mes y que con tanta fidelidad lo cuidara durante más de medio siglo, entregaba su hijo varón de solo un año a sus patrones, para que estos lo criaran como propio y le dieran su apellido.

Don Ignacio se explica ahora muchas cosas: sus pómulos pronunciados, su tez algo morena, su barba rala, su ningún parecido con los varones de la familia, que desde los severos retratos de las paredes lo miran ahora como a un intruso. Comprende Don Ignacio los cuidados de la anciana que lo atendiera hasta el final, aun mucho después de que no pudiera pagar su sueldo; descubre el sentido de la mirada tierna, compasiva, que le devolvió la luna del espejo cierta vez que ella se encontraba a sus espaldas y él, inclinado sobre el árbol genealógico, levantó de pronto su cabeza.

La función de gala del 25 de Mayo ha finalizado. El gobernador Manuel Argañaraz –de riguroso frac– saluda al maestro Marranti, quien ha dirigido con su batuta a la Compañía Lírica de la Scala de Milán, y besa la mano de la soprano Celestina Boninsegna. La elegante concurrencia, aún con los últimos acordes de *Aída* resonando en sus oídos, abandona el amplio foyer, baja la escalinata y colma ya la calle. En su entusiasmo no advierte que sobre ella se ha entreabierto el ventanal de Don Ignacio, hasta que por él sale, aleteando, un carcajeo largo, interminable. Al mismo tiempo, una lluvia de trocitos de papel cae sobre sus cabezas azoradas; papelitos de color oro, gules, plata, azur, sinople...



El invitado

(1911)

Ha llegado ¡por fin! la gran noche. El Maestro Francesco Guastello se pasea, impaciente, por la galería del hotelucho en el que habita desde hace casi un año. Cada tanto entra para mirarse satisfecho en el espejo; solo lamenta las deladoras arrugas y que la leonada melena, que despertara tantos suspiros entre el auditorio femenino de las principales ciudades de Europa, clarea ya en la coronilla, pese a potingues y ungüentos. Sobre la cama, en contraste con las paredes descascaradas y el pobre mobiliario de la habitación, se extiende, impecable, el frac. El Maestro Guastello no quiere vestirlo todavía, temeroso de alguna rugosidad de último momento, de alguna manchita indiscreta. Esta es su noche y nada debe empañar su perfección. No ha vuelto a usar el frac desde aquella noche inolvidable y huele un poco a naftalina.

Mientras atusa cuidadosamente sus anchos mostachos de puntas levantadas que serían grises si no fuera por la tintura que los cubre, el Maestro piensa que valieron la pena todos sus sacrificios. Desde que conociera a la mujer que ama la noche del estreno del gran Teatro, la noche de la inolvidable función de gala su vida ha girado en torno a ella. Por ella dejó partir a sus compañeros de la Compañía Lírica Italiana del Maestro Marranti, con quienes llegara a la ciudad con motivo de los festejos del Centenario, y con los que compartiera, durante años, tantas giras por el mundo. Aún recuerda el revuelo que produjo en los vecinos la llegada de músicos tan famosos. Por ella dejó ir a Celestina Boninsegna, la famosa soprano de La Scala, a la que sabía enamorada de él desde siempre y de cuyo amor nunca se dignó enterarse. Por ella se ha quedado a vivir en esta ciudad pueblerina, a cuyos habitantes no

termina de entender y que –sospecha– se burlan a sus espaldas por su jergaocoliche. Por ella –y para poder mantenerse– ha enseñado su arte a tantas niñas de familias principales. Por ella ha concurrido tres veces por semana, sin faltar un día, a dar clases a su pequeño hermano.

Pero, ¡qué recompensas ha tenido su abnegado renunciamento!: cuando ella lo recibía con su sonrisa fresca, aún aniñada; cuando a mitad de la lección le llevaba la jícara con el chocolate “*calentito, como al señor Maestro le gusta*”; cuando al despedirlo le daba la mano a la nueva moda yanqui, y él, en una ceremonia ya sobreentendida, se la besaba con embeleso, con una inclinación tan europea, tan fina... Estuvo magnífico aquella vez que ella intentara pagar sus lecciones y él se negó, encrespado, exclamando ¡que él no medía en vil dinero el inefable placer de estar cerca de tan bella signorina!, al tiempo que, garboso, terciaba la capa sobre su espalda, a la manera de un *condottiere* de su tierra natal. ¡Cómo no iba a impresionarse ella, una niña de provincia sin experiencia alguna, frente a un hombre como él, un artista, que había visto tanto mundo, y al que tantas mujeres admiraron, allá, en Europa!

Es cierto que aún no se ha atrevido a declararle su amor esta noche lo hará, pero ese abandono al entregarle su mano, el roce de sus hombros cuando acomodaban morosamente la partitura, los tiernos mimos de que lo hace objeto, la atención admirativa, arrobada, con que escucha la narración de sus exitosas actuaciones en la Scala de Milán, en la Ópera de París, en el Bolshoi de Moscú, en tantos escenarios, en tantos... El Maestro siente que pisa terreno firme y que esa noche obtendrá la respuesta que su corazón anhela. Esta invitación lo prueba: ella lo alienta, presentándolo por fin, en su casa, a parientes y amigos.

Un coche de plaza lo recoge a la hora convenida y emprende el viaje por la calle empedrada en la que el velo nocturno impide ver el color rosa de los lapachos, rumbo a la casa patricia. Lleva, por supuesto, su *Guarneri*, hermano del que tocara Paganini, puesto que ambos nacieron del mismo padre, Giuseppe, hace casi dos siglos; verdadera reliquia por la que le ofrecieron fortunas y que jamás, pese a sus apreturas económicas, pensó en vender; con él, digno complemento de su maestría, de un don que considera casi divino, siente que no hay hombre que pueda comparársele. En el bolsillo del frac, lleva la sortija que perteneciera a su madre y que ahora sellará un nuevo pacto de amor. ¿En qué momento



se la entregará? ¿Le adelantará algo cuando esté a su lado en la mesa? ¿Corresponde que ella anuncie el compromiso al grupo de invitados o lo debe hacer él? El hecho de que ella sea huérfana lo releva de pedir su mano a algún señorón engolado, de esos que lo miran entre curiosos y despreciativos cuando pasa con su instrumento por la vereda del Club, camino de sus clases a domicilio. Pero ¿la tía con la que vive? Con ánimo resuelto, zanja la cuestión: pedirá a esta la mano, después del seguro sí de su amada. El Maestro desea que pasen cuanto antes estos formalismos para poder sentarse junto a ella en el jardín umbrío, en esta noche cómplice de primavera y, olvidando a los demás invitados, valerse de la intimidad de la glorietta para oprimir sus pequeñas manos, besar su frente, quizá sus labios. Se estremece de impaciencia, de anticipado gozo, al imaginarlo.

Al llegar a la casona señorial, despide al cochero, pagándole con una esplendidez que sorprende a sus flacos bolsillos. Los hierros aguzados de la verja le parecen lanzas que, enhiestas, aguardan alineadas para saludar al futuro señor de la casa.

Esa noche tuvo lugar su mejor y última interpretación. En el amplio salón, rodeado de la elegante concurrencia, su *Guarneri* vibró como nunca. En cada *adagio* expresó la humillación de haber comido en el lugar que le había sido reservado, en la cocina, rodeado de una servidumbre cohibida por el insólito frac. En cada *largo*, el dolor que le produjo la aparición de ella, melosa, disculpándose por haberlo ubicado allí, “*en lugar tan inapropiado para el señor Maestro, pero él sabría disculpar... comensales que no esperaban...*”. En cada *adagietto*, la sorpresa ante su pedido... ¡su pedido de que distrajera con su arte a los convidados sobre todo a su intransigente tía mientras ella huía para casarse con el primo que él ya por instinto odiaba, estudiante en Córdoba y que, insolentemente joven, a pocos pasos se retorció el fino bigote engomado! En cada movimiento, el dolor de saber que esa, esa era la única razón por la que había sido invitado. Que ella jamás lo había amado, que seguramente se reiría de solo contemplar esa posibilidad.

Sí, tocó como nunca, ganando tiempo para ella, ¡para ellos! El auditorio escuchaba, solo escuchaba, hechizado.

El sol comienza a iluminar las calles de la vieja ciudad. Dos jóvenes que parten a practicar hipismo en el Zanjón, al llegar a la zona en que

comienzan las primeras quintas, ven pasar asombrados al que apodan *el viejo del violín*; viste un frac anticuado y parece hablar solo, mientras camina rumbo al sur, alejándose de una ciudad a la que ya no volverá. Al mismo tiempo, frente al sitio donde se levantará la Capilla de las Hermanas Franciscanas, un silbo entre los álamos de la antiquísima acequia parece comentar el hecho del que fueron testigos, mientras una vieja sortija y los restos de un violín destrozado comienzan a ser cubiertos por la hojarasca.



La medalla

(1916)

El riente sol de Andalucía baña los espléndidos jardines de la Alhambra aquella tarde primaveral de 1873. Un hombre joven, vestido con esmoquin blanco, señala con su bastón de puño y contera de plata una adelfa a su bella compañera. De pronto, como salida de la nada, una joven gitana se apodera de su mano, la que por fin cede, a instancias de su acompañante:

“Pobre señorito, mal te has de ver. Querrás mucho y perderás el bien querido, tienes mucho y sin perra te has de ver, sin sosiego ni alegría. Un puñal está sobre tu cabeza, y morirás en el olvido”.

Anverso

Junto al pergamino donde consta el título nobiliario –que recibe con displicencia–, a Don Fabián le es entregada la medalla; la recibe de manos de la Reina, Doña Isabel II de Borbón y don Fabián le jura que, por estar acuñada con la imagen de ella, la llevará siempre consigo. Luego lo abraza el hijo de la Reina, su amigo, quien desde ese día de 1875 –en parte gracias a la inmensa fortuna de don Fabián, que puso al servicio de la Restauración de los Borbones– será llamado Alfonso XII de España. Es la misma fortuna que paga su vida rumbosa, sus viajes por todo el mundo en el yate lujosísimo, sus aventuras galantes y sus duelos a sable y pistola, de los que se habla en todo Biarrits, en Cannes, en Enghien... Con la bandera real de España, que enarbola al tope del mástil del “En-

riqueta”, luce también el escudo con el castaño de sinople en campo de azur y un lobo pasante al pie del tronco, que le pertenece por su linajuda abuela santiagueña Doña Antonia del Castaño Salvatierra. Así, como caballero medieval que alza su pendón al frente de una mesnada compuesta por marineros y gente de servicio, arriba a los puertos, donde es saludado con honores de príncipe. Se dice también que el palacio de Faubourg Saint-Honoré, en el que vive, jamás estuvo adornado con tanto lujo, ni aun cuando lo habitaba condesa de Montijo.

Con el casamiento con Doña Catalina de Henestrosa, Don Fabián alcanza sosiego y felicidad, una felicidad calma que hasta entonces no había conocido. No es la pasión alocada que años antes le despertara la Gavotti, la bella soprano que llegara al Teatro Colón cuando solo tenía veintiún años y con quien intentara casarse ejerciendo violencia –ante el escándalo de todo Buenos Aires– sobre el Cura Jacinto Balan, párroco de la Merced, conducta que pagó con prisión. Entusiasmo amoroso por Josefina Gavotti por el que pleiteara con su abuela materna, Doña Estanislada Arana de Anchorena, quien, como su tutora y curadora, se opuso al casamiento con voluntad férrea. Don Fabián, por fin, ha conocido el verdadero amor. Sus recepciones están en boca de todos y las colecciones de arte que adquiere van llegando de todo el mundo hasta llenar su palacete. Un día, con capricho de millonario excéntrico, hace desmontar su casa y la traslada, piedra por piedra, a la ciudad de Buenos Aires, donde la vuelve a levantar en una manzana de su propiedad formada por las calles Esmeralda, Suipacha, Arenales y Sargento Cabral. Y junto a ella van las colecciones, los finos muebles, las antigüedades... hasta la lujosa berlina y los cuatro caballos ingleses encargados de desplazarla.

La muerte inesperada de su amada esposa, cuando todo parecía sonreírles, sume a Don Fabián en la desesperación. Después de su paso por un monasterio se dirige a París, en donde en compañía del Duque de Orange, gasta su dinero a manos llenas, empeñado en dilapidar una fortuna que parecía no agotarse nunca.

Pero en vano intenta calmar su dolor. Por fin logra el propósito de agotar su riqueza y, llevando la medalla, fiel a su promesa, como único recuerdo de su pasado –de un pasado del que no hablará jamás–, Don Fabián parte un día, rumbo al olvido.



Reverso

El hombre viste con aseo las prendas características de los paisanos del interior de la provincia. El sombrero negro, de ala ancha y con barbijito deja entrever el cabello, ya blanco por completo. Su atuendo o tal vez su pie amputado despierta la curiosidad del círculo de muchachones que holgazanea en la vereda de la confitería frente a la plaza, en cuyo centro brilla el bronce de un Belgrano ecuestre inaugurado cuatro años antes. No tarda en oírse la primera chanza, a la que siguen otras cada vez más subidas de tono. El grupo –integrado por hijos de profesionales y comerciantes del centro de la ciudad– considera que el paisano, al transitar por allí, usurpa un lugar reservado solo a ellos. Parece aumentar su animosidad la presencia del carricoche estacionado en una esquina, hasta el cual el hombre acarrea trabajosamente, apoyado en sus muletas, la mercadería comprada en los comercios que flanquean la plaza. El viejo no hace caso de las frases hirientes, lo que aumenta el coraje del corrillo. En el sulky espera, paciente, una mujer vestida de negro, con su rostro moreno y surcado por profundas arrugas, envejecido prematuramente por el diario trabajo al sol. El paisano rechaza un par de veces su ayuda, con gesto altivo.

El caballo parece animarse de pronto, disponiéndose para el sostenido esfuerzo. Una vez acomodada la carga, se ponen en marcha para recorrer los casi doscientos polvorientos kilómetros que distan del pequeño pueblo en el que viven, sobre el canal Rams, cerca del río Salado, al sudeste de la ciudad vieja; penoso viaje que, como un rito, realizan una vez por año.

Cuando el carro pasa frente al grupo, desde este parte otra burla, ahora dirigida a la mujer. El látigo, manejado con destreza, cruza la cara del burlón, dejándole una marca que lo acompañará hasta su muerte. Al levantar el brazo el paisano viejo, oculto por la ancha faja de tela negra, fulge por un instante el medallón de oro. Fabián Gómez y Anchorena, que acaba de castigar la ofensa inferida a su esposa Victoria Ponce, condesa del Castaño y campesina, prosigue su viaje hacia el pueblo de Icaño, hacia el olvido para que se cumpla la profecía de la gitana.

El bastón de estoque

(1953)

Estoy deshonrado. Durante casi dos siglos he sido orgullo de mis dueños, y ahora estoy deshonrado.

Recuerdo mi gozo expectante cuando mis sucesivos propietarios mostraban, bajo mi ropaje de fina caña de Malaca, mi alma de buen acero toledano. En aquel tiempo –ilusiones de juventud– me había propuesto no ser nunca desenfundado sin honor y ahora –por no haber sido desenfundado, por no haber podido ser desenfundado– terminaré mis días deshonrado.

Nací en el año del Señor de 1776, en la ciudad de Toledo, en el taller del buen maestro Giuseppe Calvancanti, tercera generación de armeros procedentes de Milán y quienes, merced a su arte, llegaron a ser designados armeros de Su Majestad (consta así en mi puño y contera de plata). Junto a espadas, puñales, dagas y misericordias, cómodamente instalados en un estante, asistíamos a la diaria labor de la fragua. Éramos jóvenes y estábamos seguros de ser, una vez lanzados al mundo, protagonistas de hechos gloriosos. Recuerdo que apostábamos sobre quien sería nuestro primer dueño. Hinchidos de vanidad, nos exhibíamos ante la distinguida clientela del Maestro; nobles personajes nos empuñaban, nos blandían, discutían sobre nuestras bondades y, casi a diario, uno de nosotros era separado del grupo para iniciar su propio camino. Lo despedíamos como a un amigo, seguros de no volverlo a ver. Nuestro buen padre sufría con cada separación y no cesaba de encomendarnos a nuestro nuevo dueño.

Una fría mañana de febrero fui adquirido –para mi desilusión, ya

que esperaba pertenecer a algún personaje célebre de la corte— por el hijo de un comerciante en paños, quien —destinado a América por su padre ante el fracaso de sus estudios en Salamanca— quiso, con mi presancia, causar buena impresión al tío indiano a quien iba encomendado; también pensó que, en un medio desconocido y que él imaginaba semisalvaje, la templada hoja de acero que ocultaba la caña sería quizá de gran ayuda. Pocos meses después, desembarcaba en la ciudad de Buenos Aires, la que, tras el trayecto en el bote y en la carreta que nos trasladaron desde el barco a tierra, se presentó a mi vista como poco más que un villorrio con ínfulas de flamante capital del Virreinato del Río de la Plata.

Mi dueño —de pocas luces, pero de buen ver— se presentó esa misma tarde en casa de su tío, en la calle De las Torres, vestido con su mejor ropa y blandiéndome con donaire. Las miradas lánguidas que destinara durante toda la velada a la más bella de sus primas, que no pasaron desapercibidas para el padre, solo lograron que este decidiera enviarlo cuanto antes a la ciudad de Córdoba, donde también tenía intereses comerciales. Pocos días después, tras un incómodo viaje en galera por caminos polvorientos, me encontraba en mi nuevo destino. Mi dueño no tardó en dejarme como prenda en una mesa de juego, donde perdió cuanto llevaba en la escarcela y el adelanto de varios salarios: nunca me recuperó.

Luego de pasar por las manos villanas del propietario de la fonda, donde mi ingrato dueño me abandonó, el posadero nunca me apreció en mi justo valor, pasé a las de un caballero de la ciudad de Santiago del Estero, donde he permanecido hasta hoy, hasta mi deshonra, hasta mi cercana muerte. Esta ha sido mi ciudad. En la misma familia, he pasado de generación en generación, siempre respetado, con mi exterior de caña lustrada con esmero, y engrasado el resorte que, ante la leve presión de un dedo, liberaba la afilada hoja toledana como lengua veloz y mortal de un áspid. Muchos caballeros, amigos de mis sucesivos dueños, me admiraron. Durante cinco generaciones acompañé a los varones de la familia. Les brindaba confianza empuñarme, en asonadas militares, en mítines políticos y, más recientemente, a la salida del gran teatro, seguros de que llegado el caso podían confiar en mí. Aún recuerdo el alboroto producido por las noticias llegadas en junio de 1810 sobre la destitución del Virrey en Buenos Aires y la llegada del ejército patrio

con los primeros calores de octubre, al que se incorporó la inexperta, pero entusiasta tropa de Borges; la familia de mi dueño incorporó dos de sus miembros, casi niños, a los Patricios Santiagueños y de buena gana los hubiera acompañado para protegerlos.

Pero creo que alcancé mi mayor notoriedad en las jornadas que desembocaron en la autonomía provincial. Acompañé a quien era entonces mi dueño, don Manuel, por las calles del barrio de las Catalinas, durante la contienda mantenida en los alrededores de Santo Domingo entre las fuerzas de Ibarra y Echauri, aquel treinta y uno de marzo de 1820 (recuerdo, con claridad recuerdo la confusión de los fieles que entraban y salían de la iglesia esa gris mañana de Viernes Santo, al oír los disparos tan cercanos); luego, al mediodía, triunfante el caudillo, su elección como Teniente de Gobernador en la vecina casa de la familia Hernández. Me siento orgulloso de haber brindado seguridad a mi dueño durante esa jornada. Pero ¡con qué prestancia me exhibió don Manuel al concurrir el veintisiete de abril a la sala capitular del Cabildo a firmar la proclama de la autonomía provincial!; me blandió con donaire hasta llegar al Cabildo y luego, sujeto con garbo bajo su brazo izquierdo mientras estampaba su firma al pie de la proclama, creo que yo fui aquel día para los presentes –todos me conocían– un símbolo de la firmeza con que el pueblo de Santiago estaba dispuesto a defender su decisión.

Reflexiono sobre el origen de mi deshonra: todo comenzó cuando ingresó Paula en la casa ¡Paula! Con su juventud y su belleza morena, de pómulos salientes. Con sus caderas rotundas y ese andar cadencioso, de movimientos lentos y con algo de felino en ellos, como si fuera una enorme gata en celo. Mi dueño, Don Manuel –chozno del otro Manuel, el de la autonomía– la aceptó como muchacha para todo servicio, para que ayudara a mantener en orden esta casona, la casa de las palmeras (como se la conoce en este vecindario apartado), y que antes fuera lugar de veraneo y quinta de fin de semana de la familia. Paula no tardó en tomar el control de todo. Manuel, solterón, misántropo, abúlico y enfermizo, siempre encerrado en la biblioteca escribiendo el cronicón familiar que le encargara un vago instituto, obsesionado por escudos nobiliarios y árboles genealógicos, se mostró indiferente ante las quejas de las criadas, aun de la que lo había visto nacer. Cuando lo advirtió ya era tarde: Paula se había introducido en su lecho y, desde él, manejaba la casa como la favorita de un sultán, con modales altaneros, con los que

reivindicaba varios siglos de sometimiento. Se apoderó hasta tal punto de la voluntad de mi dueño que, en pocos meses, había provocado el despido del resto del servicio ¡hasta de la vieja criada que lo asistiera desde su niñez y que lo quería como a un hijo! Entonces, liberada de esa influencia, el dominio de Paula fue total. Solo permanecieron empleadas un par de muchachas que le respondían incondicionalmente; estas venían por la mañana y a las seis de la tarde abordaban presurosas el colectivo en la avenida de la acequia arbolada, en la avenida por la que hace pocos días pasara la caravana que acompañaba al Presidente de la Nación cuando llegó a la vieja ciudad, que cumplía cuatro siglos de vida. También quedó, habitando el cobertizo que da sobre la calle del fondo (donde alguna vez estuvo la caballeriza), Braulio, un mocetón contratado por Paula con vagas funciones de jardinero –que jamás cumplió– y presentado como un primo recién llegado del campo.

En mi último dueño parecían haberse agotado las virtudes que desde épocas remotas adornaron a los varones de la familia. La palidez que lo acompañara desde la adolescencia y su mentón desdibujado mostraban que la energía que los caracterizara durante siglos se hallaba adormecida en él y quizá como compensación pasaba largas horas en su biblioteca rodeado de polvorientos cartapacios, escribiendo la historia de hechos famosos que dieran lustre a su nombre, en extensos folios en los que la sangre de los Alarico, los Chindasvinto y los Recesvinto de la España visigoda entroncaba con la de quienes se destacaron en esta región, desde la fundación misma de esta ciudad: Hernando, Nuño, Diego, Alonso, Joseph...

Solitario, sin parientes cercanos, Paula se encargó de alejar a los pocos amigos que aún lo visitaban y que, cansados de los pretextos con que ella los interceptaba, pronto dejaron de hacerlo. Además, él, maduro y con poca salud, con un corazón débil que ya lo había puesto dos veces al borde de la muerte, ahora dependía por entero de ella. Paula sabía sacar partido de esa dependencia y, sobre todo, de la servidumbre a la que lo aherrojaba con los placeres que le brindaba en el lecho voluptuoso. Ya habían pasado a su poder, una a una, las alhajas que pertenecieran a su madre. Pero hace poco logró su máxima aspiración: ha legitimado su amancebamiento mediante una ceremonia llevada a cabo en la misma casa, con la sola presencia de las muchachas del servicio que actuaron como testigos y el funcionario que celebró el casamiento. Era ya la here-



dera y no necesitaba canjear alhajas por placer ni obtener rendidamente lo que ahora le pertenecía por derecho.

Desde el fondo cenagoso desde el cual ¡ay! ya no saldré, en la única compañía de los nuevos amigos que pretenden consolarme con su croar, viendo sucederse los días y las noches en el círculo inalcanzable que muchos metros arriba rodea el brocal del pozo, soporto los miasmas del agua estancada y maloliente que va carcomiendo mi otrora impecable caña de Malaca. Es injusto, injusto; debí terminar mis días con dignidad, admirado en la vieja casa de los Díaz Gallo, el Museo de la calle Urquiza, cerca de donde viví tantos años y donde me hubiera reunido con amigos que pertenecieron a mis mismos dueños, con el tintero exornado por la pareja de lebreles de bronce firmado por L'isle –con el que platicara tantas noches–, con la pistola que salvó a su dueño segando una vida en Famaillá y a la que envidio ¡sí, que envidio!, porque ella cumplió con la misión para la que naciera, no como yo. Pero para mí pronto terminará todo y de lo que he sido no quedará más que una vieja hoja de metal herrumbrado en el fondo de esta mazmorra circular.

A veces creo ver asomarse por el brocal al abuelo Dámaso, el juez, que recorría la quinta con su escopeta y sus botas inglesas, azuzando a sus *terriers* ratoneros que atrapaban ratas en la copa de las palmeras, trepando con agilidad gatuna por algún tronco apenas inclinado. Entonces no existían las casitas iguales que ahora ocupan parte de la quinta, rodeando acechantes a la vieja casa de las palmeras, como si esta fuera un león moribundo amenazado por cuzcos osados, que de noche la espían a través de los ojos de sus ventanas, mientras de día van estrechando más y más el cerco al presentir que su final está próximo. (Desde mi húmeda prisión oigo quejarse a las palmeras que han perdido su copa; sus troncos, ensangrentados de sangre oscura, apuntan al cielo –colosales dedos rugosos– clamando por el abandono en que ha caído la quinta). Otras veces, me parece oír las voces de Carolina y Clotilde, las hijas de Dámaso, con sus vestidos blancos, sus sombrillas y su juventud radiante; lo primero que hacían al llegar a la quinta era venir hasta el aljibe y refrescarse entre risas con el agua entonces cristalina. Y sueño que ellas me rescatan, me llevan otra vez a la casa rejuvenecida y llena de voces amigas, como entonces, como era entonces, antes de la muerte de los padres de Manuel, antes de su encierro solitario, antes de Paula, antes de la intrusión de Paula.

Creo que el destino va entretejiendo, día a día, la trama con que nos ceñirá finalmente. Si no ¿qué hizo que mi dueño dejara esa tarde su biblioteca para buscar a Paula en el viejo cobertizo, que hacía años no visitaba? ¿Habría sospechado algo? Creo que sí, necesito creer que sí, y que por eso me tomó al salir: no era de mi apoyo del que necesitaba – innecesario para un trayecto menor a una cuadra–, sino que, como en los viejos tiempos, un varón de la familia volvía a confiar en la ayuda que podía proporcionarle la afilada hoja de acero que, disimulada por el ropaje de madera, oculta por el ingenioso dispositivo, esperaba con lealtad, agazapada y letal, la ocasión de poder ser útil a su dueño.

Las voces que por la ventana salían del cobertizo lo alertaron. Demudado, más pálido que nunca, apoyado en la pared ruinosa del aljibe en desuso, oyó la conversación infamante. Paula y su supuesto primo, desnudos y abrazados en el lecho, ¡disponían de la casa y de los muebles que habían sido de sus mayores, para cuando “*el viejo muera*” y entonces gozar juntos, en Buenos Aires, liberados por fin de su molesta presencia! Paula, con un ronroneo gatuno que él jamás le escuchara, brindaba a su amante detalles íntimos de su relación conyugal, burlándose de los seniles desahogos pasionales de quien era ahora su marido. Una risa fanfarrona, ofensivamente joven, complacida, de macho satisfecho por la comparación de la hembra, resonaba como un eco de sus palabras. Un ramalazo de orgullo herido hizo que Manuel me asiera con furia. Fue como si la sangre de tantos varones heroicos que le precedieron, aletargada en él, bullera por fin en sus venas. Yo ¡Dios me perdone!, contesté el apretón con un ligero estremecimiento dentro de su puño agarrotado, confirmándole que podía contar conmigo. Si hubiese seguido siendo solo su manceba, los hubiera despedido a ambos con unos cuantos bastonazos. Pero ahora ¡ahora era mi hoja de buen acero toledano la que debía actuar! Sentí que, después de casi dos siglos de paciente espera, mi existencia por fin se justificaba.

Mas la tensión fue excesiva para ese viejo corazón gastado. Apoyado en el brocal del aljibe, lo apuñaló el dolor que precedería a la muerte. Solo alcanzó a gritar el nombre de la infame, nunca sabré si en desesperado pedido de ayuda o como reproche postrero. Yo me balanceé un instante sobre el brocal, haciendo equilibrios, hasta que por fin no pude evitar caer por este túnel vertical, rebotando contra las paredes mohosas, ante la sorprendida alarma de la sabandija.

Creo que si Paula me echó luego de menos, no imaginaba mi paradero final. Y si lo imaginó, mi triste destino debe haberle complacido, ya que creo que yo fui siempre para ella un símbolo de lo que más odiaba, de lo que hacía que, aun después del matrimonio, no pudiera evitar sentirse una intrusa en la casa de las palmeras.



La presencia

(1948)

A la memoria de Enrique Jaime Degano Berdaguer

Con mayor intensidad que nunca, el sacerdote percibe la presencia. Con mayor intensidad que ante los innumerables hogares que ha visitado para constatar la presencia de espíritus, con mayor intensidad que ante los *pays* del Brasil, con mayor intensidad que ante los dotados a quienes somete a pruebas allá en la Facultad de Parapsicología de San Pablo, donde se ha establecido hace muchos años para desenmascarar a curanderos y falsos médiums. La presencia está allí mismo, sobre el escenario del viejo teatro, impidiéndole concentrarse en sus ejercicios de mnemotecnia. Es tan intensa la presencia, que por momentos no ve al público que colma la platea, los palcos, la cazuela. Es esta la segunda noche y durante la anterior casi fracasa en su sesión de hipnosis, tan fuerte era el influjo de la presencia que, hoy también, lo rodea como un círculo de hierro del cual su mente poderosa y entrenada no logra evadirse.

La función ha terminado y el gran teatro está vacío. Como otras veces, el sacerdote se dispone a hacer uso de ese don que signara su vida desde niño y que lo hiciera famoso en el mundo entero. Casi en la oscuridad, desde la solitaria silla que ha colocado justo en medio del escenario, convoca primero a los espíritus más antiguos, a los que habitaran ese mismo lugar desde antes de ser edificado el gran teatro. Poco a poco, una pareja vestida con antiguos ropajes va haciéndose más y más nítida; el piso es de tierra apisonada, las paredes de adobe. La mujer, bella y de facciones aindiadas, se manifiesta preocupada por la arremetida de las aguas del río, mientras él, con fuerte acento andaluz, intenta tranquilizarla. Pero una presencia más fuerte, un espíritu dominante, los va desplazando hasta ocupar su lugar; es este un hombre al que intuye todopoderoso, amado por unos, odiado por otros, temido por todos. Señor de vidas y haciendas, ha habitado ese mismo sitio durante largos años. La cara larga y afeitada, con labios finos, apretados, le recuerda al caudillo

local, cuyo retrato le mostraron el día anterior en el Museo Histórico. Lo ve sentado frente a un escritorio, atento a las palabras que pronuncia un caballero que exhibe un raro alfiler de corbata entre sus anticuadas ropas. Esta presencia es tan fuerte que se resiste a abandonar la escena; con gran esfuerzo, logra que desaparezca. No, no son estos seres –ni otros más tenues, más desdibujados, que apenas alcanzan a esbozarse en su mente para desaparecer en seguida– quienes lo perturban. Se trata de algo más reciente, sucedido –de eso ahora está seguro– no solo en el mismo lugar, sino en este mismo edificio, en este mismo teatro. Visiones de conciertos y funciones, con el salón colmado, pasan por su mente y son rechazadas de inmediato: no, no es eso, no es eso, pero ¿qué es?

Gruesas gotas caen por la frente del jesuita; jamás, durante sus largos años de experiencias similares, tropezó con dificultad semejante. Solo alcanza a percibir con alguna claridad el gran cartel, el cartel que abarca todo el ancho del teatro y que cuelga suspendido delante de las primeras filas, casi sobre el escenario; distingue su color amarillo y, borrosas, ininteligibles, las letras verdes sobre él pegadas. Lo que más lo desconcierta es el fuerte contraste que alcanza a captar; está acostumbrado a evocar presencias buenas o malas, tristes o alegres, perversas o inocentes; pero lo que se cierne sobre él desde la noche anterior es un clima festivo en el que, por alguna razón, se ha colado la tragedia como un animal maligno, como un lobo que se aproxima sigiloso hasta que hace su aparición entre las sorprendidas e indefensas ovejas. El sacerdote oye risas jóvenes, risas desprevenidas y tras las risas el llanto, un llanto desgarrado, más doloroso por provenir de las mismas jóvenes gargantas que antes reían. Agotado por el esfuerzo, derrotado, el sacerdote abandona el teatro ante la mirada distraída del único sereno, que esperaba su retiro para cerrar las puertas del teatro. De algún modo percibe que las máscaras de yeso que observa en el frontispicio, tan parecidas, pero tan distintas a la vez, simbolizan la presencia que lo distrae desde ayer.

Ha llegado, por fin, la tercera y última noche. Al día siguiente abandonará la vieja ciudad, y no ha conseguido develar el misterio. Sus conferencias son un éxito, pero a él lo invade una sensación de fracaso por no haber logrado que se manifieste la presencia, que con tanta intensidad advirtiera. Cuando está por ingresar en el escenario, algo lo detiene y queda deslumbrado. Ahora ve, ve con claridad. El teatro, que él sabe abarrotado, ha quedado de pronto vacío. Unas voces juveniles –casi de



CACCIOLATTI/01

niños– se oyen arriba, en el techo, intercambiando bromas. Abajo, otro grupo ensaya en el piano las canciones de la estudiantina que tendrá lugar en pocos días más para celebrar a los nuevos egresados. Todo es alegría, hasta que una parte del alto techo se hunde y por el hueco se desploma, marioneta con los hilos cortados, un adolescente rubio como un ángel de Raphael Santi; cae sobre el piano arrancando un fortísimo acorde, un acorde trágico que protesta contra la audacia con que se ha presentado la Muerte en ocasión tan poco oportuna. La inesperada visitante, acostumbrada a ser protagonista, se adueña con naturalidad del escenario y ante su presencia se espeluznan los adolescentes, tan poco familiarizados con el roce helado de su ala. La Muerte disfruta de su gloria efímera, mientras sobre el joven cuerpo yacente del que huyó la vida –su eterna enemiga– se agolpan, desconsolados, los amigos.

Ahora sí, el jesuita lee con claridad el cartel verde con letras amarillas: “Bachilleres de 1948”.

El teatro ha vuelto a estar colmado y el padre Francisco González Quevedo, consternado, pero aligerado de la carga que lo agobiaba porque ahora sabe, ahora por fin sabe, ocupa entre aplausos el centro del escenario.



El rescate

(1993)

Siesta de fuego en el diciembre santiagueño. La horda, luego de incendiar y saquear la Casa de Gobierno, el Palacio de los Tribunales y la Legislatura, se dispone a hacer lo mismo con las casas de los políticos.

Antenor, impelido por un impulso irrefrenable, se dirige hacia la casa del Doctor. Cuando llega, las llamas asoman ya por las ventanas del primer piso. Uno más entre la multitud se abre paso a codazos, valiéndose de su macizo cuerpo de exboxeador. Por fin, puede llegar hasta la habitación donde se encuentra el retrato del Doctor, ese donde aparece con su banda y bastón de Gobernador, su favorito.

El gran escritorio de roble es ya un trozo de madera encendida y el fuego llega casi hasta el retrato. Con esfuerzo desesperado logra descolgarlo y, protegiéndolo contra su pecho, inicia el dificultoso descenso. Mientras baja la escalera en llamas, se confunde con los saqueadores que, vociferantes, desnudo el torso y cubierta la cabeza, se llevan cuanto pueden recoger.

Un comentario sobre una prenda íntima de la Señora –que alguien exhibe a la turba que aúlla afuera– lo llena de indignación. Se contiene para no castigar al insolente, ha decidido que nada lo desviará de su propósito.

Abrazando siempre el retrato, alcanza la calle y ya en ella recarga sus pulmones, a punto de estallar. Está dispuesto a defender el retrato con su vida, pero al ser considerado un saqueador más, no es molestado.

Exhausto, Antenor se separa de la turbamulta y por calles solitarias se dirige a su hogar, en el barrio de casitas iguales cercanas al río de dul-



ce nombre. También su casa se la debe al Doctor, concedida en premio a tantos años de fidelidad, tantos años en que, cumpliendo la función de custodio a la que había sido destinado –función que de buena gana hubiera desempeñado gratis– veló su sueño.

Su mujer y sus hijos, que meriendan en la cocina, lo ven pasar callado, como enajenado, estrechando el retrato, en dirección al fondo de huerta y frutales.

Ella, que no se atreve a interrogarlo, lo sigue en silencio. Tras la puerta de alambre tejido, lo ve improvisar con ramas y maderas en desuso una suerte de precario altar, sobre el que deposita, casi con unción, el retrato del Doctor. También alcanza a observar las lágrimas que se deslizan por las atezadas mejillas, al tiempo que lo oye musitar: *Esos rateros, no. Solo yo, que lo cuidé tantas noches, tengo el derecho. Esos rateros, no.*

Antenor enciende el fuego y las llamas se apoderan del altar sobre el que está el retrato.



El trueque

(1998)

En el baptisterio de la Catedral Basílica, la Guardia de Honor se ha renovado ya dos veces; hace muchas horas que los dos sacerdotes velan junto al féretro en el que yace el cuerpo pequeño y enjuto, más pequeño que el báculo pastoral que a su lado se encuentra. Hace ya muchas horas y no han cambiado palabra entre ellos. Sin embargo, el secreto los une con un lazo sutil, como formado por una telaraña invisible y tenaz. No pueden dejar de pensar en ello, todo el tiempo: durante la misa de exequias concelebrada, presidida por el Nuncio Apostólico, durante la despedida llorosa de la feligresía y el desfile incesante de la multitud llegada desde distintos puntos de la provincia y que, consternada, colma la plaza, las calles y el templo de la Catedral Basílica, y se va renovando a lo largo del día; durante el saludo de los dieciséis obispos y treinta presbíteros que han venido desde sus lejanas diócesis a despedir los restos mortales de S.E. Revda. monseñor Gerardo Sueldo, sexto Obispo de Santiago del Estero desde que la antiquísima Diócesis fuera restaurada, del Pastor más amado por su rebaño, que ahora lo llora sin consuelo. Ellos, los dos jóvenes sacerdotes que acompañaban al Obispo en el momento accidente, no pueden dejar de pensar en él todo el tiempo, todo el tiempo.

El incienso se confunde con el perfume las flores y parece flotar sobre los fieles. Ahora, el secreto pesa sobre ellos, como un velo espeso, que los aísla de los rezos que se elevan hacia la cúpula. No han dicho nada en el interrogatorio judicial de la mañana, no han dicho nada ante las preguntas de los periodistas. ¿Cómo explicar a un funcionario uniformado y con sueño la ruptura de las leyes de la naturaleza? ¿Cómo describir el milagro en un formulario oficial? ¿Cómo contar lo ocurrido a la vera del



camino, cuando eran ellos dos los que se encontraban agonizantes, en medio de un charco formado con su propia sangre, y el cuerpo menudo que ahora está dentro del féretro entonces ileso se arrodilló junto a ellos y elevando sus ojos propuso el trueque, el trueque que Él aceptó? Las palabras llegaron hasta ellos confusamente, pero inteligibles a pesar del dolor que les laceraba el pecho y la sangre que los cubría: “Señor: una vez te ofrecí mi vida para que hagas de ella según tu Voluntad. Por tu Divino Hijo te lo ruego”; la súplica, al principio solo musitada, va elevando su tono hasta transformarse en grito desgarrador: “Por la sangre y las llagas de tu Divino Hijo te lo pido, no permitas que ellos mueran, toma en canje mi cansado cuerpo, te lo ruego, te lo ruego, toma en canje mi cansado cuerpo”. En la cara morena, las lágrimas se vuelven lágrimas de sangre, sangre que se va extendiendo al cuerpo menudo, el mismo cuerpo que, luego de que el mundo pareciera haberse detenido por un instante, aparece ahora tendido sobre el camino, lacerado, quebrado, roto. Las primeras luces del alba, al iluminar la ruta de entrada a la ciudad, encontraron –junto al automóvil destrozado– los cuerpos ya dispuestos según lo impetrado.

Por la mirada serena, agradecida, los dos beneficiados por el trueque supieron que, por añadidura, también le fue dado al Pastor conocer que la petición le había sido concedida.

Tampoco lo hablarán entre ellos ni entonces ni después, cuando sus destinos los separen para siempre, pero el lazo continuó uniéndolos en la distancia, con la fuerza del tremendo secreto compartido, solo por ellos compartido.



El cuaderno

(2000)

*A mis contertulios del café de Los Cabezones.
A los que están y a los que se han ido*

*“... pasamos a considerar la remisión al Perú
engrillado y con custodia del forastero que
vestido en forma estrafalaria apareció en esta
ciudad...”.*

ACTA CAPITULAR DE SANTIAGO DEL ESTE-
RO, DEL CINCO DE ENERO DE 1608.

El río no devolvió su cuerpo. Hace más de un mes que José Bravo Figueroa, mi amigo, desapareció en el río desbordado y este no devolvió su cuerpo. Ahora sé que no podría haberlo hecho. No puedo evitar pensar que, si no hubiéramos sostenido esa polémica, tal vez seguiría entre nosotros. Acabo de llegar a su casa. Su viuda ¿su viuda? me ha hecho pasar al que fuera su refugio, en el que tantas veces hemos conversado y discutido. Me ha dejado a solas, respetando mi estado de ánimo. Todo está intacto, pero una capa de polvo va tornando fantasmales los lomos de cuero de los libros, los grabados de D'Hastrel, la colección de medallas, el escritorio mismo. Aún se percibe el olor del tabaco de nuestras pipas.

He traído el cuaderno (el cuaderno absurdo, el cuaderno inverosímil) con sus anotaciones de los días anteriores a su desaparición. Transcribiré aquí lo apuntado en él, sin cambiar una letra.

10-11-2000:

Cada día me convenzo más: mi postura es la correcta. Mi amigo Raúl Lima es un lector concienzudo, pero como diría Walt Whitman es de los que se contentan con “nutrirse del espectro de los libros y mirar por los ojos de los muertos”; carece de criterio propio. Yo también les concedo razón

a los historiadores que ubican el antiguo emplazamiento de la ciudad de Santiago del Estero a la altura de la calle Alsina, pero lo que me interesa probar es que la vieja ciudad la trasladada en 1553 por Francisco de Aguirre desde la tercera ciudad del Barco ya no “duerme su sueño eterno bajo las blancas arenas del río”, como expresara algo poéticamente uno de ellos ¿Acaso no se ha ganado mucho terreno al río desde entonces? Creo que la ciudad vieja debió estar emplazada en lo que ahora son terrenos de la Universidad Católica, o tal vez bajo la nueva plaza “Añoranzas”. Mañana volveré a caminar sobre la costa del río Dulce. Confieso que no sé bien lo que busco.

11-11-2000:

He salido temprano para escapar del sol de noviembre. Durante mi recorrido a lo largo de la costa, conocí a un curioso personaje, un hombre joven que supongo proviene de las carpas de gitanos que se asentaron hace varios meses en La Banda, al otro lado del río. Solo así se explica su lenguaje singular, en el que abundan los arcaísmos y me recuerda al que escuchara en Andalucía. Vestía ropas extrañas y no cesó de hablarme de una tal Mencía, que supongo será su novia. Me acompañó en mi paseo y prometió hacerlo también mañana. Su nombre es Pedro, Pedro Flores, y dice que se ocupa de vender ropa, lo que parece confirmar que se trata de un gitano.

15-11-2000:

Han caído fuertes chaparrones. Durante dos días no he podido continuar con mis caminatas y el río está tan crecido que ha avanzado sobre el barrio que llaman La Católica; hay muchas familias evacuadas. El gitano, mi nuevo amigo, ya lo considero así, parecía estar colaborando en las tareas de auxilio a los inundados: cuando lo avisté, manejaba con destreza los remos de un viejo bote. Me hizo una seña con la mano y descendí la ahora minúscula barranca. Charlamos. Me pregunta una y otra vez si no he visto a Mencía (creo que su mente no funciona bien). Me equivoqué sobre su auxilio a los inundados: se dedicaba a la pesca, provisto de un extraño aparejo, ajeno a todo lo demás, como si nada de lo que ocurría cerca de él le concerniera (es cierto que nadie requería su auxilio ni reparaba

en su presencia). En cambio, le interesan mucho mis indagaciones sobre el antiguo emplazamiento de la ciudad de Aguirre, raro en una persona que no debe ser de aquí. Sin embargo, afirma tener tienda en la calle de los merceros. ¿Habrán abierto calles en la zona donde se asentaron los gitanos? Su conversación me atrae como un imán: los términos castizos, anacrónicos, le brindan a su charla un sabor particular. Por su parte, él parece fascinado por todo lo que yo le digo. A veces actúa como un niño; hoy pareció tan interesado por mi encendedor, que no pude menos que regalárselo. Tanto le gustó la baratija que puede obtener por centavos en cualquier kiosco que me ofreció a cambio un cuchillo con cabo de bronce; ante su insistencia, no tuve más remedio que aceptarlo. Supongo que para los gitanos estos trueques significan una especie de rito amistoso.

20-11-2000:

El río continúa crecido y se cree que en el dique de Río Hondo el agua alcanzará su cota máxima, por lo que ha cundido la alarma en la población. Esto ya parece la inundación del año 1972. Mi nuevo amigo se ha ofrecido para llevarme en su bote, mañana, hasta el medio del cauce. No quiso dar explicaciones, pero insinuó haber descubierto algo que me ayudaría mucho en mis investigaciones sobre el antiguo emplazamiento de la ciudad. He aceptado por no desairarlo, pero ¿qué vestigios pueden haber quedado, después de varios siglos? Y si el lugar está cubierto por las aguas, menos aún...

Aquí termina lo escrito por mi amigo, por quien fuera mi amigo José Bravo Figueroa, en su cuaderno de apuntes, especie de diario que siempre llevaba consigo (su letra es inconfundible). Creo que es hora de que aclare cómo llegó a mis manos, lo único que puedo explicar racionalmente. Hace una semana, estando yo reunido con mis amigos en la tertulia del café de *Los Cabezones*, se presentó un individuo que manifestó su deseo de hablarme en privado; nos ubicamos en una mesa alejada. Allí me dijo que conocía mi gusto por la historia de Santiago del Estero

y que tenía algunos papeles que podría interesarme comprar. Volvimos a reunirnos ayer. Dentro de un maltratado cartapacio se encontraban algunos documentos. Los rastros de fuego en las tapas delataban su origen espurio: el incendio y saqueo del Archivo de la Provincia, ubicado en el subsuelo del edificio de Tribunales, el 16 de diciembre de 1993. Los documentos que contenía la carpeta, además de mal habidos, eran de relativa importancia: Una merced de tierras otorgada en 1583 por el Licenciado Hernando de Lerma, otra merced otorgada por D. Felipe de Albornoz en 1629, el padrón de la acequia principal de la ciudad de Santiago del Estero de 1756. Iba a rechazar la oferta, cuando algo me hizo pagar sin retaceos ¡Dios me perdone!, los papeles hurtados: allí, perdido entre esos extensos folios de anticuada grafía, ajado, enigmático, inexplicable, deteriorado y amarillento, con ese olor característico del papel viejo, ignorado durante cuatro siglos, con la figura del Gral. San Martín en su tapa, asomaba el cuaderno de apuntes que tantas veces viera en manos de mi amigo desaparecido.

Sí, el cuaderno en el que escribiera hace poco más de un mes, emergía ahora desde el fondo de la historia de la ciudad, adherido a sus tapas el polvo que acumulara durante los cuatrocientos años que dormitara, confundido entre los otros papeles, a resguardo de la mirada escudriñadora de archiveros e investigadores.

Lo adiviné en seguida, cuando asocié las anotaciones del cuaderno con el Acta del Cabildo de Santiago del Estero, del cinco de enero de 1608, a la que nunca, hasta ahora, había encontrado explicación. La transcribo: *“En la ciudad de Santiago del Estero, Cabeza de la provincia del Tucuman, en la víspera de la Festividad de los Reyes, Aviendonos Juntado a esta nuestra Sala de aiuntamiento a son de campana tañida, a tratar y conferir las cosas tocantes al pro y util de esta nuestra republica y sus abitadores como lo avemos de uso y costumbre, hoi con la presencia de S.E. Alonso de Ribera gobernador y capitan general justicia maior de las prouincias de tucuman, juries, diaguitas y comechingones desde la cordillera para aca hasta la del rio de la plata y chile, pasamos a considerar la remision al Peru engrillado y con custodia del forastero que vestido en forma estrafalaria aparecio en esta ciudad antiyer, e interrogado sobre su lugar de origen, intento engañar a este Honorable Cuerpo con historias sin sentido al punto de dudar este Cuerpo estuviera cuerdo dicho suxeto. Y al que se le secruestro un livro con anotaciones, livro que será enviado*



junto con el preso al Tribunal del Santo Oficio de la ciudad de los Reyes para que este Tribunal diga si hai herexia en sus dichos y escritos, con el agrabante de que en la tapa del libro aparece la imagen irreverente de un falso Santo, llamado San Martin, con extravagante uniforme o avito y armado de una espada como nuestro Santo Patrono San Iago. Convocado al respectivo el Rvdo. Padre Suárez, atestigua que este no es San Martín de Tours, ni San Martín de Braga, ni otro santo alguno del Santoral de nuestra Santa Religion. Preguntado el sujeto delincente sobre ese falso santo, amenazado de tormento termino por confesar que este no era santo sino un general revelde que abia convatido en Chile y Peru contra españoles leales subditos de Nuestra Majestad el Rey, noticias que creemos no an llegado aun a esta republica debido al atraso del Correo Real, por lo que pudiendo tratarse de una Conspiracion y verse ultragada la Maxestad del Soverano, se enbiará tanvien copia de la presente a la Real Audiencia de Charcas para que esta se sirva decidir si ademas de herexia ai delito de lesa Mayestatis. El suxeto delincente pretendio recurrir al testimonio del vecino Pedro Flores, mercero, para que sostubiera sus mentiras, negando este todo conocimiento o relacion con el mismo y dixiendo que el mismo devia hestar privado de la razón”.

Con horror, sabiendo lo que encontraría, confirmo la increíble verdad; leo en el “Censo de vecinos, moradores, residentes y otros habitantes de Santiago del Estero en 1608”, descubierto por el investigador Gastón Doucet en el Archivo de Sucre: “nº 31. Nombre, Pedro Flores. Edad: 33 años. Natural de Alba de Tormes. Soltero. Tiene tienda en la calle de los merceros”. También figuran en este censo Rodrigo Nuño Roldán, Don Fernando de Toledo Pimentel, Alonso de Vera y Aragón y Pedro Ximénez, los cuatro cabildantes que firman la hasta ahora enigmática acta.

Sentado ante el escritorio de mi amigo, reflexiono. Él encontró, por fin, su Santiago antigua, la ciudad que lo obsesionara; siempre sospeché que él pertenecía más a esa Santiago que a la actual. Los archivos de Lima conservarán la clave de su último destino. ¡Pobre amigo! Algún día quizá encuentre, en los Anales de la Inquisición, su desesperado alegato para probar lo que los capitulares de su ciudad, comprensiblemente, no le creyeron. Pero me consuela pensar que es probable que, después de todo, no haya sido enviado al Perú, ni procesado por el Tribunal de la Inquisición, ni juzgado por la Audiencia de Charcas: el Joseph Bravo de Figueroa que firma las actas capitulares durante la mayor parte del año

1615 como Alcalde de Segundo Voto, y vuelve a rubricar las de todo el año 1617 en su calidad de Alférez Real ¿no será el mismo José Bravo Figueroa que desapareció en el río? Conozco bien su firma, y la otra es exacta, sobre la complicada rúbrica. Más aún: las once primeras firmas (mi fiel lupa de numismático no me engaña) están hechas con bolígrafo.

Pienso, además, que si el cuaderno permaneció en la ciudad, es porque él también lo hizo y, olvidado el episodio inicial, fue aceptado como vecino respetable. Esto plantea otro interrogante: según los registros parroquiales, dicho Joseph Bravo de Figueroa casó en 1613 con doña Petronila de la Cerda y engendraron cuatro hijos varones, dos de ellos con descendencia en Santiago, hasta nuestros días; en ese caso ¿habrá sido mi amigo descendiente de sí mismo?

Finalmente, no puedo dejar de preguntarme ¿habrá sido su deseo obsesivo, el causante de que se abriera esa bisagra en el tiempo? ¿O habrá en el cauce del río Dulce, del viejo Mishky Mayu de los indios, un corredor que comunica con el pasado? No lo sé, pero desde hoy yo también recorreré sus orillas, procurando escuchar el tañido de unas campanas que, como seductoras sirenas, me convoquen desde el fondo del río; intentaré escuchar el ajetreo de la ciudad incipiente, aguzaré el oído para alcanzar a percibir las graves conversaciones de los cabildantes incrédulos. Tal vez me tropiece con Pedro Flores, el Pedro Flores obsesionado por doña Mencía, el mismo que, para no tener problemas con la Inquisición, negó conocerlo ¿Él también habrá sentido el canto del gallo mientras, por temor, negaba a su amigo? Sobre el escritorio veo el puñal con cabo de bronce; no necesito tomarlo para saber que es muy antiguo.

Antes de abandonar el cuarto, deslizo en un cajón el cuaderno que realizara tan increíble viaje, ya que he decidido no contar la verdad ¿Quién me creería? Pero, por si en algún albardón se halla el secreto túnel y me es dado también recorrerlo, al menos dejaré un testimonio escrito. Lo titularé *El cuaderno* y parecerá uno más de mis cuentos sobre esta ciudad con duende.

Me despido y salgo. Cruzo el parque Aguirre y ya a orillas del río un hombre extraño sale a mi encuentro: ¿No vio Vuesa Merced a Mencía? ¿No vio a Mencía?

El Congreso de Numismática

(2008)

A Richart Varone

En su reunión sabatina, la comisión directiva del Círculo de Numismática está abocada a la organización del congreso que tendrá lugar en la capital provinciana. El Ing. Ricardo Falcone presidente en campaña para su reelección se reserva lo mejor para el final: *Gracias a mis gestiones ¡contaremos con el Museo Histórico!*

Calurosos aplausos saludan la noticia. Hasta se oye un ¡Viva!, que le fue adjudicado al Dr. Pérez García, secretario de la Comisión siempre a la expectativa de la codiciada Vicepresidencia y al que las malas lenguas tildan de obsecuente.

Por fin, la noche anterior a la apertura del acontecimiento, el vocal Dr. López (Vocal *titular* segundo, aclara su tarjeta) se dirige al Museo Histórico, vieja casona del siglo XVIII en la que se desarrollará el congreso. La amistad con el Director del Museo explica la llave que pende de su llavero y le permite esta privilegiada visita anticipada.

En las habitaciones solitarias del ala izquierda luce el material a exponer, dispuesto sobre caballetes y en bandejas con los nombres de expositores locales y visitantes. Las colecciones son importantes y las monedas a subastar ocupan un lugar de privilegio ¡Qué ganga! Esta visita le permitirá al Dr. López considerar con tiempo y tranquilidad sus ofertas en la subasta que dará inicio al congreso.

Luego de un par de horas de cuidadosa inspección, se dirige a ordenar sus anotaciones al recoleto refugio del entrepiso del fondo, habitación cerrada al público y reservada para biblioteca y depósito; él es su único usuario gracias al Presidente amigo. Mientras camina a lo largo

de los antiguos patios alumbrados solo por la luna y en lo que constituye ya un movimiento inconsciente, constata la presencia en su bolsillo de las pastillas diagnosticadas por su cardiólogo; saberlas allí le brinda una sensación de seguridad después de su infarto de meses atrás, como si la muerte estuviera obligada a llamar dos veces antes de llevarlo.

Al subir la escalera le sorprende ver luz por debajo de la puerta. Pien- sa indignado que alguno de los renombrados numismáticos, llegados para el congreso, habría obtenido autorización para usar lo que él consi- dera su *Sanctasanctórum*.

Como lo temía, hay un extraño. Este levanta la vista y contesta a su saludo con un movimiento de cabeza que al Dr. López no le parece lo bastante deferente para su calidad de Vocal *titular* de la comisión direc- tiva de la institución anfitriona. Molesto por lo que considera una des- cortesía, pasa a su lado y se sienta en el sillón del fondo (*mi sillón, ¡solo falta que también me lo ocupen!*, piensa indignado); se dispone a anotar en el catálogo el tope que ofrecerá en la subasta por las monedas que le interesan. Hay un *Carolus* de plata del año 1808 (8 Reales, acuñada en la seca de Potosí) que le lleva el alma; para adquirirlo bien vale restringir sus gastos en los próximos meses.

El intruso ahora lo mira en forma insistente y él lo atribuye a que desea reparar su poco deferente recibimiento; le pagará con la misma moneda y no hará caso de su presencia.

El catálogo confeccionado por el Banco de Buenos Aires que es el principal expositor está impreso con verdadero lujo (otro logro del Pre- sidente en campaña). Todas las monedas a subastar figuran con foto de anverso y reverso, con su precio de “base” y una referencia a su estado de conservación. Su codiciada presa figura con un “*Muy Bueno +*”, que él acaba de constatar con su lupa en el salón de la planta baja. “*Eso es casi un “Excelente”*”, piensa satisfecho.

Antes de hacer sus anotaciones, decide darle un vistazo a todo el catálogo, impreso en papel ilustración y profusamente ilustrado. Con satisfacción, corrobora que está su foto, así como la de los otros miem- bros de la Comisión Directiva de la entidad anfitriona. Además, en las primeras páginas y con una orla negra en la parte superior de la hoja, la publicación rinde homenaje a los numismáticos fallecidos en el último

tiempo; en lugar destacado, con su barbita blanca y sus anteojos de carey, figura su compañero de pieza, muerto un mes antes del congreso.

Al Dr. López el corazón le salta en el pecho. *El ordenanza no abrirá hasta mañana a las siete.* Una puntada se insinúa en su pecho. ¿Qué hace él aquí? Si está... Pone bajo su lengua una pastilla sublingual. *No puedo salir sin pasar a su lado; lo rozaré o me detendrá con solo extender la mano ¿Qué sentiré si me toca?* El dolor se hace más agudo. *Si pudiera llegar a la calle... ¿Qué hace? Se ha parado; viene hacia aquí y... sonrío.*

Intenta detenerlo extendiendo sus brazos y alcanza a gritar ¡atrás, atrás!, antes de que la obscuridad se apodere de él.

Al día siguiente, uno de los primeros en dar el pésame a la dolida viuda fue el licenciado Yanson, presente cuando sufrió el infarto masivo y numismático tan autorizado como su difunto hermano gemelo.



Mi dotora

(2010)

Olorcito a rosas, mi dotora.

¿Se acuerda? Va hacer tres años en julio, pa' la fiesta de Santiago. Yo estaba rellenando una zanja cuando usted se acercó; me contó que era arcóloga y buscaba algún rastro de la fundación de la ciudad. Necesitaba un pocero y le contesté: ¡claro, dotora! A mí, Leoncio Ponce, preguntarme si me animo a pocear. *Si lo hi hecho toda mi vida ¡Mire estas manos, toque estos callos!*

Ya no me acuerdo pa' qué universidad gringa trabajaba, si usted también es gringuita.

Al día siguiente empecé esos pozos como tumbas, aquí en el parque. A los bordes quedaban los montones de tierra negra y fresquita, que usted pasaba por el cernidor. Después yo rellenaba los pozos con la misma tierra, bien cuidadito, y ya no se notaba nada, como querían esos mañeros de la municipalidad; si los conoceré yo, que trabajé pa' ellos.

Antes de que empezara a cavar, me llamaba: *Don Leonciou, ya está calentita su infusión* ¡Qué mi dotora!, decirle así al mate cocido. El sol que se asomaba sobre el Dulce le doraba el pelo y usted olía mismito que las rosas del parque.

Al mediodía yo preparaba la carne; dejuro nunca probó asao tan lindo. Yo lo asentaba con mi tetrablí de tinto, la cajita entera; después la siesta bajo un eucalito y otra vez a cavar hasta llegar al metro y medio. Nunca lo pasé tan bien. Pa' el verano usted se iba y ¡me agarraba una tristeza! Ni los carnavales me gustaban como antes.

¿Y cuando encontramos ese botón de uniforme? ¡Qué contenta se puso! Parecía chico con juguete nuevo. Lo limpió con mucho cuidao con su pincelito y lo guardó con los pedazos de platos que encontramos cerca de la Alsina, esos que eran del siglo 18, de cerámica de Calavera; así me dijo usted ¿se acuerda? Y que m' iba a sacar arcólogo ¡a mí, que a gatas tengo segundo grado!

Usted bajaba al pozo, tan jovencita, con esos pantalones muy cortos y sus piernas largas de potranquita. Ahí yo le espiaba el pelo de la nuca: ¡pelusita e totora!, paio y delicaio. Y cuando nos sentábamos en el piso fresquito a tomar mate, usted me mostraba las fotos del Machopicho ese, que tanto le gustaba. Yo me hacía el que miraba, pero me mareaba su olorcito a rosas y usted tan cerquita. Me aguantaba pa' no abrazarla, si no después quién me para.

Hasta que hace un par de meses bajó muy seria. Me vino con que este era el último pozo y que lo cerrara nomás; la universidad la mandaba pa'l Machopicho. Agregó que ya no volvía a Santiago y que gracias por todo.

Los diarios ya no la nombran, pero hablaron que allá usted se habría desbarrancao o algo, porque nunca la encontraron; que así pasa con mujeres que viajan solas y se acordaron de las francesas que encontraron muertitas en Salta. Y con fotos suyas y todo, aunque usted es más linda; en una aparecía con un barbudo que decían era su novio y lo estaban investigando. Todo eso hablaron.

¿Le conté cuando me caí de la bicicleta y di la cabeza con un adoquín? ¡Igualito que sus palabras!, se me nubló la vista. Eso sí, le apreté el cogotito de a poco, pa' que no sufra. Usted me miraba, muy agrandaos los ojos como pedacitos de cielo. La acosté con cuidado en el fondo y rellené el pozo, como tantas veces.

Ese mismo día arrimé este banco; juntitos y pa' siempre. ¿Vio cómo ha crecido el rosal?, lo planté pa' usted. Se me hace que así la huelo mientras le converso, aunque los changos de la Industrial ¡si serán zonzos!, crean que hablo solo.



RAÚL JORGE LIMA

Abogado y exMagistrado. Profesor universitario. Escritor. Historiador. Obtuvo numerosos premios literarios a nivel provincial, nacional e internacional. Declarado *Ciudadano Distinguido* por el Honorable Concejo Deliberante de Santiago del Estero por su aporte a la Historia, a las Letras y al Derecho. Miembro fundador y actual vicepresidente del Centro de Estudios Genealógicos, Históricos y Heráldicos de Santiago del Estero. Miembro de número y vocal de la Academia de Ciencias y Artes de Santiago del Estero.

Ha publicado los siguientes libros: *Cuentos de lesa literatura*, *Ciudad con duende*, *A vuela pluma*, *Cuentos pendientes*, *Rosendo Brid*, *del pago de Areco* y *La fundación de Santiago Del Estero*.

Además, sus cuentos integran varias antologías: *Cuentos de la ciudad vieja*, *La narración histórica en Santiago del Estero*, *Narradores de Santiago del Estero*, *Cuentos del Noroeste*, *Microrrelatos del Noroeste Argentino*, entre otras.

Índice

Plano	6
Prólogo	8
Introducción	13
Antiguo Escudo de la Ciudad de Santiago del Estero	15
Escudo de la ciudad de Santiago del Estero	17
El hidalgo azorado (1555)	18
La estatua velada (1580)	23
El compañero de celda (1581)	30
El pueblo viejo (1608)	36
Mi niña de Ibatín (1660)	41
¡Parió doña Violante! (1710)	49
El verdugo (1761)	56
El reloj desquiciado (1771)	61
Un perdón para Borges (1816)	66
La moneda de Ibarra (1824)	72
El viaje (1840)	79
El alfiler de corbata (1840)	84
Doña Ignacita (1841)	89
¿Qué te pasa Mariano? (1908)	95
La función de gala (1910)	99
El invitado (1911)	104
La medalla (1916)	110
El bastón de estoque (1953)	115
La presencia (1978)	124
El rescate (1993)	129
El trueque (1998)	133

El cuaderno (2000) 137
El Congreso de Numismática (2008) 145
Mi dotora (2010) 149
Jorge Raúl Lima 152





interiorio
ejejo

Basílica

Monumento al
Gral. Belgrano

Bar de
Los Cabezas

Sarmiento

San Martín

Pedro León Gallo

